

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Aniversario atómico, vol. 1 y 2

Masao Yoshimura representa a unos científicos japoneses que afirman haber inventado la «gragea anti-A». Es decir, la gragea antiatómica. Pero para poder probarla, necesitan que Estados Unidos les proporcione una bomba atómica.



Lou Carrigan

Aniversario atómico, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 60

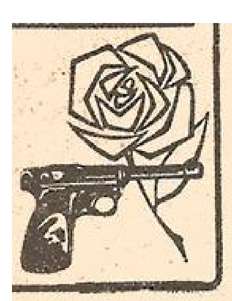
Brigitte en acción - 61

ePub r1.0
Titivillus 02.07.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

La agente Baby, de la CIA, dobló la esquina a toda prisa, corriendo con firme agilidad sobre sus zapatos de altísimo tacón. La oscuridad era casi absoluta. Solo, las mortecinas luces de algunos viejos faroles de pared permitían ver apenas el contorno de las cosas…

Y en el gran silencio, las pisadas del hombre resonaban tras ella, a mayor velocidad. Era inevitable que la alcanzara; el hombre era alto, fuerte, de hombros anchos… Un completo atleta, armado de un gran cuchillo que brillaba en espaciados destellos bajo aquella mortecina luz.

Brigitte Montfort se volvió, tenso el rostro. El hombre estaba alcanzándola inevitablemente. Apenas diez o doce pasos los separaban. Resonaban las pisadas de ambos en el empedrado, y los jadeos de la veloz carrera. Completamente desarmada, la espía de lujo de la CIA, la más astuta agente secreto femenino del mundo, solo disponía de un arma para escapar de la persecución. A la izquierda se veían las negras aguas del muelle. A la derecha, las húmedas casas sin luz, siniestras, silenciosas. Sobre las aguas, una diminuta lancha blanca, que destacaba en la oscuridad.

La salvación de Baby Montfort. Si conseguía llegar a la lancha, todo acabaría bien. Pero para ello tenía que correr todavía no menos de cincuenta yardas, sin que el hombre la alcanzase… y sin que le lanzase el cuchillo para clavarlo en su espalda. Más aún: si quería llegar a la lancha, tenía que deshacerse de aquel enemigo, ya que, aun suponiendo que consiguiera correr lo suficiente para mantener la distancia, había que tener en cuenta la posibilidad de que, tras lanzarse al agua, el hombre lo hiciese también. O bien, esperase a que saliera a la superficie para lanzarle entonces el cuchillo.

Cualquiera de las dos opciones podía resultar mortal. Si el cuchillo se clavaba en su espalda, evidentemente ella se iría al

fondo, y moriría sin ninguna duda, o bien por los efectos de la herida del cuchillo, o ahogada. Si el hombre saltaba tras ella, la alcanzaría, porque bien claro estaba que era un deportista completo, un atleta polifacético. La alcanzaría antes de que ella llegase a la lancha…

Y entonces, Brigitte Baby Montfort, irremisiblemente, moriría. Desvió la veloz carrera hacia la izquierda, hacia el muelle. Y entonces el hombre lanzó un grito, en francés, una llamada, un aviso. Y dos hombres más aparecieron en escena, estos delante de la agente Baby, junto a las húmedas, siniestras casas. Corrieron hacia el borde del muelle, con la clarísima y lógica intención de cortar el paso a la espía internacional más peligrosa del mundo hacia la lancha blanca que se veía en las aguas tenebrosas.

Mientras tanto, el hombre armado de un cuchillo estaba cada vez más cerca…

Seis pasos… Cinco… Cuatro… Tres…

Baby se detuvo en seco, entonces, tras volver la cabeza. El hombre lanzó un respingo de sorpresa, y pareció querer detener su veloz carrera. Pero Brigitte Montfort, alias Baby, no solo había detenido su marcha, sino que acudió al encuentro del enemigo, como si todo fuese una película que ahora se estaba pasando al revés El encontronazo entre ambos parecía inevitable, siempre con la peor parte para Brigitte Montfort.

Y, sin embargo, todo ocurrió al revés de la más estricta y elemental lógica.

No solo no hubo encontronazo, sino que el hombre tuvo ayuda para detenerse, una ayuda que le brindó la espía internacional, en forma de un violentísimo puntapié en las ingles. El hombre lanzó un aullido de dolor, dio un salto hacia delante, soltando el cuchillo. Cayó rodando por el duro empedrado, con las manos en el vientre… Se puso casi inmediatamente de rodillas, alzando la cabeza hacia la espía internacional…

Y de nuevo Brigitte Montfort le ayudó, golpeándole con la punta de su zapato en la barbilla. El hombre se curvó hacia atrás, pareció rebotar en los adoquines húmedos, se puso en pie y cruzó los brazos ante él, rígidas las manos, en la defensa del karate… Solo que para entonces la mano derecha de la más peligrosa y eficaz espía del mundo ya le había golpeado en el vientre, y el hombre se dobló

hacia delante, mostrando su nuca.

El golpe allí fue seco, duro, brevísimo. Fue como un chasquido en el silencio del solitario muelle. Y el hombre se vino de bruces al suelo.

Los otros dos corrían hacia allí, cada uno armado también con una navaja de enormes proporciones. El más adelantado gritó en francés a su compañero que rodease a Brigitte, que la atacase por la espalda mientras él la entretenía por el frente.

Al parecer, ambos ignoraban que la agente Baby entendía el francés a la perfección, igual que el italiano, el ruso, el alemán y el español…

Pero Brigitte los puso en antecedentes de sus conocimientos idiomáticos, por el simple procedimiento de volverse hacia el que pretendía rodearla. Y mientras se volvía, inclinada, recogía del suelo el cuchillo del enemigo que la había estado persiguiendo, y lo lanzaba con toda su fuerza hacia el hombre.

Brilló brevemente el acero, que fue directo hacia el pecho del enemigo, chocó allí, y el hombre dio un grito, sujetó el mango del arma blanca con ambas manos y se vino al suelo de bruces.

El otro se detuvo a menos de seis pasos de Brigitte, echó el brazo hacia atrás y lanzó la navaja. Se oyó el silbido, se vio el destello, directo hacia el pecho de la espía internacional…, mientras esta se dejaba caer de rodillas. La navaja pasó por encima de su cabeza, hacia una pared, y pareció arrugarse allí, cayendo de un extraño modo al suelo.

Todo esto, mientras Brigitte, apoyándose en las puntas de los pies, saltaba hacia el hombre, le aferraba por la cintura, crispaba su mano derecha en la muñeca izquierda y tensaba los brazos, pillando entre ellos, en centelleante presa, al tercer enemigo, que lanzó un grito y alzó ambas manos, dispuesto a golpear con ambas juntas la cabeza de la espía internacional.

Mas, efectivamente, Brigitte Montfort continuaba siendo una espía de acción fuera de serie. Mientras el hombre alzaba sus manos, ella soltó su cintura, y lanzó la mano derecha hacia la garganta del hombre, que soltó un ahogado ronquido y llevó a toda prisa sus manos a la garganta. Entonces recibió el golpe de karate en el lado derecho de la cara, sobre su oreja, y cayó al suelo, tan fulminado como el primero de los enemigos.

Detrás de Brigitte, por las bocacalles del muelle, aparecieron luces de linternas, se oyeron más voces, pisadas…

La espía se lanzó hacia el borde del muelle, y desde este saltó al agua sin vacilar, en un salto largo, poco profundo, aprovechando al máximo la fuerza del impulso. Mientras en el empedrado muelle se oían voces y se veían haces de luz, Brigitte nadó hacia la blanca lancha, con brazadas rápidas, expertas. En pocos segundos, sus manitas se crispaban en la borda. Luego, una flexión, y se encontró a bordo de la lancha.

Desde el muelle llegaban ya, todavía un poco desorientadas, las luces de algunas linternas.

—*Voilá!* —gritó alguien—. *Dans le bateau!*

Había tres hombres en la lancha, pero Brigitte no hizo el menor caso de ellos. Saltó hacia los mandos, puso la lancha en marcha, arrodillada, y la dirigió hacia la salida del muelle, en el cual se veían ya todas las luces de las linternas, apuntando hacia allí. Y se oían algunos apagados «plops», de disparos con silenciador… Pero ya nadie podía impedir que la espía internacional escapara en la lancha, directa hacia la abertura del malecón de rocas. Y mientras las luces de las linternas iban quedando atrás, la espía más hermosa y astuta del mundo accionaba la radio de la lancha.

—¿Simón? —jadeó.

—Adelante, Baby. La escucho.

—He conseguido salir del muelle. Todo está en orden. Solo queda su parte.

—¿Lanzo las bengalas?

—Hágalo ahora mismo. Señale el emplazamiento exacto. No debe quedar ni una sola astilla de ese muelle y esas gentes.

—*Okay*, Baby. Hasta luego. Y enhorabuena.

—Gracias, Simón. Ya nos veremos.

Cortó la comunicación y se volvió hacia los tres hombres que estaban en la lancha, mirándola fijamente, atentos al menor detalle. El muelle estaba ya muy atrás…

—¿Y bien, caballeros? —sonrió.

—Perfecto —sonrió uno de ellos—. Tan perfecto como siempre, Baby.

—Muy amables. ¿Alguno tiene un cigarrillo?

Le dieron un cigarrillo. Uno de los tres hombres se ocupó de la

lancha, mientras ella aspiraba gustosamente el humo, con los cabellos pegados a la cabeza, al lindo rostro…

—Yo creo —dijo uno de los tres hombres— que hay agentes que ni siquiera precisan entrenamientos: siempre están en forma. Ese es el caso de usted, Baby.

—Lo sé —sonrió la divina espía—. De todos modos, siempre va bien un cursillo de actualización… ¿Volvemos ya?

—Desde luego.

La lancha viró en redondo, regresando hacia el muelle. Cuando llegó allí había muchas luces, y mucha gente esperando la lancha. Los tres enemigos de Brigitte, incluso el que había sido alcanzado por el cuchillo, estaban allí, tan campantes.

El del cuchillo apretaba la punta de la hoja contra la palma de su mano…, y la hoja se hundía.

—¡Baby! —gritó—. ¡Lo ha hecho muy bien!

—¡Gracias! Ha sido una emocionante pelea, ¿no es cierto?

Se oyeron risas en el muelle. Una docena de manos se tendieron hacia la espía internacional, ayudándola a salir de la lancha. El que estaba jugando con el cuchillo se acercó a Brigitte y se lo clavó en el vientre. Brigitte se encogió, lanzando un dulce gemidito que hizo reír a todos. Luego, haciéndose cargo del cuchillo, se dedicó a clavárselo varias veces en el pecho, ante la hilaridad de los entrenadores de la CIA.

—Estos cuchillos de película me encantan —sonrió la divina—. Lástima que no los usen nuestros verdaderos enemigos.

—En esas condiciones, sería una ganga ser espía —dijo uno. Se oyeron más risas.

—¿Por qué no se quita las ropas mojadas? —propuso otro.

—Es una buena idea —sonrió la espía.

Y se quitó las ropas, excepto las dos prendas más íntimas. Un expresivo silbido unánime recorrió el muelle antes de que otro hombre se acercase a Brigitte con un albornoz y se lo pusiera en los hombros.

—Han llamado de la Central de Servicios —dijo—. La están esperando allá, Baby.

Súbitamente, todos los rostros se ensombrecieron. Menos el de Brigitte Montfort, que continuó fumando tranquilamente, sonriendo con aquella dulzura que reservaba para sus compañeros de vida y

muerte: los agentes en activo de la CIA.

—Bien, muchachos… Parece que han decidido que mi entrenamiento ya ha durado bastante… Hasta dentro de seis meses.

* * *

Desde el campo especial de entrenamiento, el helicóptero negro la llevó directamente a Langley, a la Central de la CIA, en cuya zona de aterrizaje se posó. La espía saltó a tierra, y una vez en el enorme edificio, un hombre se colocó a su lado, en silencio, y la acompañó por los corredores llenos de puertas, letreros, luces rojas…

Por fin, Brigitte entró en la oficina de su jefe directo, míster Cavanagh. El hombre que la había acompañado quedó fuera, cerrando la puerta.

Y la espía se quedó mirando a míster Cavanagh.

—Hola —sonrió—. ¿Cómo está, señor?

—Bienvenida —casi gruñó míster Cavanagh—. ¿No quiere sentarse?

—Con gusto. Todavía estoy fatigada de los entrenamientos.

Se sentó, siempre mirando a Cavanagh, que se esforzó en conseguir una sonrisa amable.

—Esto… Emmm… Bueno, tengo entendido que ha realizado unos entrenamientos magníficos en el campo de actuación para agentes…

—Como siempre —sonrió Brigitte.

—Desde luego.

—Solo que esta vez las órdenes eran cazarme a toda costa. Hubo un momento en que me pareció que, más que un entrenamiento con compañeros de la CIA en el campo especial, eran tres hombres absolutamente decididos a matarme.

—Pero salió con bien de todo, consiguió llegar a la lancha, llamar a su compañero de misión por la radio… Ha sido un simulacro perfecto, Baby. Me place mucho convencerme de que está tan en forma como siempre.

Brigitte encendió un cigarrillo, sin dejar de mirar irónicamente a su jefe directo en la CIA.

—Los entrenamientos han durado esta vez una semana menos de lo normal, míster Cavanagh. ¿Por qué? Se supone que los cursillos

de actualización para agentes secretos duran cuatro semanas, y…

—La necesitamos en activo.

—Ah… ¿Sin simulacros?

—Sin simulacros. Cuando salga de aquí, se estará jugando la vida en serio.

—Cosa nueva… Muy importante ha de ser el asunto cuando recurren a un agente que está en pleno cursillo de entrenamiento semestral, señor.

—Queremos que usted se haga cargo del caso.

—¿Por qué?

—Mmm… Nos parece que una mujer es el agente más indicado cuando se trata de vigilar a un hombre.

—Entiendo. Sobre todo, si esa mujer tiene gran facilidad para el… contacto personal. ¿No es cierto?

—Pues… no estaría de más que intimara con nuestro hombre. El asunto es muy serio, Baby. En principio, deberá solamente vigilar al hombre. Pero, naturalmente, sabemos que usted hará mucho más que eso. Su modo de… convencer a los hombres no tiene fallo.

Brigitte frunció el ceño.

—¿Hasta dónde puedo llegar?

—Decídalo usted sobre la marcha. Bien entendido que queremos saber el máximo del asunto. O sea, que su…, ejem…, tolerancia femenina no deberá tener… límites.

—Entiendo.

—Lamento que las órdenes sean esas…

—No importa —musitó Brigitte—. Estoy acostumbrada. ¿Quién es mi hombre?

—Se llama Masao Yoshimura.

—Japonés, naturalmente.

—Sí.

—Vaya… ¿Debo ir a Japón…?

—No. Masao Yoshimura está ahora en Miami, esperando la respuesta del Departamento de Guerra, el cual, a su vez, está esperando la decisión del Senado.

—¿La decisión del…?

—Del Senado. Bueno, en realidad, todos están esperando las decisiones de todos. El asunto es de una envergadura tal que ha movilizado a políticos, militares, economistas… La CIA, por su

cuenta, ha decidido… husmear en el asunto.
—Lo cual es tanto como decir que el FBI debe de estar pisándonos el terreno.
—Posiblemente. Y, por esta vez, me encantaría que el FBI metiera sus narizotas en el asunto. Cuantos más seamos a pensar y a investigar, mejor para todos.
—¿Se sabe a quién ha movilizado Edgar Hoover para este asunto?
—No… Pero calculamos que no puede ser otro que Clarence Hadaway.
—¡Clarence! —exclamó quedamente Brigitte—. ¡Entonces, eso es muy importante[1]! ¿De qué se trata?
—Mrnmm… Supongo que a usted le parecerá un disparate tan grande como nos ha parecido a todos. Sin embargo, se parte de la base de que todas las cosas, hasta ser demostradas, fueron consideradas, en principio, como… disparates.
—No sé si comprendo, señor.
—Bueno… Me refiero al hecho de que todos los descubrimientos del hombre fueron combatidos en sus principios… ¿Usted sabe quién, fue Miguel Servet?
—Pues… ¿No fue un español que descubrió que la sangre no estaba quieta en el cuerpo humano, sino que circulaba…?
—Exactamente. Hoy, esto es sabido por todo el mundo, y aceptado con naturalidad. Sin embargo, cuando Miguel Servet dijo eso, en Italia, fue quemado vivo, por… brujo.
Brigitte asintió con la cabeza, seriamente, muy atenta a la conversación.
—¿Ha descubierto algo «increíble» ese hombre llamado Masao Yoshimura?
—Él no. Es solamente un intermediario, que se ha dirigido al Departamento de Guerra de los Estados Unidos, para ofrecer un… una… No sé cómo llamar a ese invento o descubrimiento.
—Dígame para qué sirve, y le buscaremos un nombre.
Míster Cavanagh frunció el ceño, apretó los labios, gruñó algo sordamente y luego se rascó furiosamente la coronilla.
—Todo esto es absurdo… Me pregunto cómo podemos ni tan siquiera haber escuchado a ese hombre…
—Pero si se le ha escuchado, y el Senado está deliberando

respecto a su oferta, nosotros debemos seguir el juego… ¿Qué es lo que ha ofrecido el señor Yoshimura?

—¡Ejem…! Unas… unas grageas…

—¿Unas grageas?

—Sí… Bueno, unas píldoras… Unas grageas, esa es la palabra exacta. En principio, se las denomina «Grageas AntiA».

—Pero…

—Supongo que está al corriente de… del funcionamiento general de las bombas atómicas.

—Por supuesto.

—De todos modos, le mostraré unas fotografías. Todas ellas han sido obtenidas en campos de experimentación norteamericanos, en pruebas de diversas bombas atómicas de varias potencias de megatones y todo eso que ya sabe… ¿Quiere, por favor, mirar a la pared?

Brigitte se volvió hacia la pared señalada por Cavanagh, en verdad intrigada.

Cavanagh había sacado un proyector, y tras apagar la luz del despacho puso aquel en marcha, lanzando hacia la pared ya preparada como pantalla, la diapositiva de una explosión atómica.

—Vea esto… El clásico hongo. Se produce la explosión, parece que todo se va a llenar de fuego, surge la nube…, y poco a poco va apareciendo esa forma de hongo gigantesco, que es como… el foco de la muerte. Dudo que haya una sola persona en el mundo que haya dejado de ver una fotografía como esta. Es universal… A veces, pienso incluso que si los marcianos no nos han atacado es porque tenemos esta clase de armamentos.

Brigitte miró sonriente a su jefe.

—Buen chiste, señor.

—Ejem… Vea ahora estas otras fotografías… Pocas, porque no se precisan demasiadas para una demostración de este tipo… Eso, aparte de que usted, sin duda, conoce los efectos de la bomba atómica.

—No personalmente —sonrió de nuevo la espía.

—Claro… Y quizá nunca los conozca. Veamos ahora estas otras fotografías… Van mostrando… Vea…, vea… Van mostrando, como digo, los diversos procesos del hongo atómico… Es decir, del centro productor de contaminación radiactiva. ¿Exacto?

—Sí, desde luego.

—Fíjese bien… No importa cuántos megatones tenga una bomba atómica. Supongamos que es una bomba pequeñita… Muy pequeñita.

Más que la potencia de su explosión propiamente dicha, son de temer sus radiaciones atómicas… ¿No es así?

—Claro.

—Quiero decir que si a una bomba atómica se le quitase el poder destructor de sus radiaciones letales, quedaría convertida en un simple explosivo, como la trilita, nitroglicerina, dinamita… Supongamos que una bomba atómica sin radiaciones explota a cuatro o cinco millas de este despacho… Aquí no pasaría nada. Los afectados por esa bomba serían, simplemente, los que hubieran estado al alcance de su poder explosivo.

En cambio, si esa misma bomba lanza sus radiaciones atómicas de modo normal, el radio de acción llegaría hasta unas… cincuenta millas, pongamos por ejemplo. Es decir, que todas las personas situadas a cincuenta millas de la bomba atómica estallada serían afectadas por esa explosión, si no por los efectos simples de la explosión, sí por los efectos térmicos y atómicos… Quedarían contaminadas o abrasadas… ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

—Pero, si esa bomba atómica no tiene efectos radiactivos, su poder no sería de cincuenta millas, sino de cinco. O sea, como he dicho antes, que su poder sería exclusivamente el del radio de acción de su… capacidad explosiva. Una bomba cualquiera, más o menos grande, sin radiaciones, sin contaminación de atmósfera, sin envenenamiento de sangre, sin llagas o úlceras que pueden aparecer cinco o diez años más tarde… No atacaría solapadamente el organismo humano, sino de un modo directo e inmediato, igual que otra bomba no atómica. Quien muriese, mala suerte. Pero quien no muriese, sabría que no tenía nada que temer en el futuro respecto a contaminaciones, llagas, deformaciones óseas… Tampoco debería temer con respecto a la salud de sus descendientes en gestación, por ejemplo.

—Si me permite resumirlo, señor, diré que usted está hablando de quitarle el poder atómico a una bomba atómica.

—¡Exactamente!

—Bien, pero… ya existen esa clase de bombas, llamadas «limpias». ¿No es cierto?

—Las bombas «limpias», en efecto, tienen escasísimo poder radiactivo. Por eso es de suponer que, en caso de una guerra, no serían utilizadas por los beligerantes, los cuales, sin duda, utilizarían las atómicas de más potencia, las más devastadoras Y yo pregunto: si esas bombas atómicas que lanzasen no tuvieran efectos atómicos, sino los de un simple explosivo más o menos potente…, ¿qué ocurriría?

Brigitte permaneció pensativa durante casi un par de minutos. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No lo sé, señor —admitió—. Lo que sí sé es que sería bueno para la humanidad que las bombas atómicas no tuvieran efectos atómicos. Pero eso, claro está, es imposible…

—Ahí está su caso, Baby.

—¿Cómo?

—La gragea.

—¿La qué?

—La gragea que nos ha ofrecido Masao Yoshimura. Yoshimura asegura seriamente, formalmente, que todas aquellas personas que ingiriesen su gragea quedarían inmunes a los efectos radiactivos de las bombas atómicas. Volvamos a lo de antes, es decir, que quien fuese alcanzado por la explosión moriría, desde luego, igual que muere el soldado a cuyos pies cae una granada de mano. Pero, así como actualmente el verdadero y terrible poder de la bomba atómica está en su contaminación radiactiva que se extiende a centenares de millas alrededor de la explosión, esos efectos no causarían la menor molestia a quien hubiera ingerido una de las grageas de Masao Yoshimura.

Brigitte quedó estupefacta. Por fin pudo murmurar:

—¿Es una broma señor? —pudo musitar por fin.

—El Senado no lo considera así. Están… deliberando.

—¡¿Deliberando… qué?! —casi gritó Brigitte.

—Respecto a si hacen o no hacen caso de la oferta de Masao Yoshimura.

—¿Acaso se han vuelto todos locos? —se puso en pie Brigitte—. ¡No pueden hacer caso de semejante tontería! ¡Una… píldora que anula los efectos radiactivos de las bombas atómicas…! ¡Patrañas!

—Quizá todo quede en eso. Pero supongamos que no… Supongamos que esas grageas son… efectivas, y que quien las toma queda inmunizado contra la radiactividad… ¿Cree que a Estados Unidos pueden interesarle esas grageas, Baby? En veinticuatro horas, la producción industrial alcanzaría los doscientos cincuenta millones de grageas… Con lo cual, todo el país quedaría inmunizado de un posible ataque atómico. Solo morirían los directamente afectados por la explosión genuina. Es decir, que las bombas atómicas de los otros países quedarían convertidas, para nosotros, en simples bombas de mayor o menor potencia. Sin radiactividad, sin llagas, sin deformaciones o degeneraciones hereditarias… Solo nos lanzarían… simples bombas. En cambio, si nosotros adquirimos la… fórmula de esas grageas y, naturalmente, no la comunicamos a nadie, los demás países quedarían a merced de nuestras bombas atómicas, sin defensa posible. Para ellos, las bombas atómicas seguirían siendo atómicas, con todos sus efectos… Y en esas condiciones, ¿quién sino Estados Unidos podría… regir el mundo, gobernándolo en beneficio de la paz mundial? Seríamos los amos, mandaríamos, ordenaríamos, dispondríamos… No más guerras; ni rencillas, ni discusiones… Habida cuenta de que podríamos anular la radiactividad de las bombas de nuestros posibles enemigos, y ellos estarían a merced de nuestras bombas, la voz de Estados Unidos sería Ley en la Tierra.

Brigittte se dejó caer de nuevo en el sillón, aturdida, muy abiertos los ojos, fijos en Cavanagh.

—Creo… creo que me está tomando el pelo, señor —musitó.

—¿Por qué?

—¡Usted no puede creer todo eso! ¡Una gragea antiatómica! ¡Por el amor de Dios…!

—Bien… Eso es lo que nos ha ofrecido Masao Yoshimura.

—¡Está loco!

—No él, si acaso, sino el… «descubridor» de la gragea.

—¡Pero no es posible que nuestros gobernantes hayan tomado en serio esa oferta!

—Pues… Bueno, en principio la cosa causó algunos chistes en el Capitolio. Pero… alguien muy sesudo dijo que Estados Unidos no perdía nada escuchando al señor Yoshimura. Se le escuchó…, y se está estudiando su oferta. Y su demanda. Es decir, la demanda del

inventor de la gragea antiatómica…

—¿Quién es ese… genio? —ironizó fríamente Brigitte.

—Masao Yoshimura no lo ha dicho. Ni piensa revelarlo.

—Ah… ¡Qué discreción y modestia la de tan insigne y admirable sabio! ¡Descubre nada menos que una gragea antiatómica, y no quiere que su nombre sea dicho…!

Cavanagh sonrió.

—Cosas de sabios —dijo.

—Sin duda. Bien… ¿Qué pide el señor Yoshimura a cambio de la gragea, de su fórmula? ¿Cien millones de dólares? ¿Un billón, dos…?

—No pide nada.

—¡Nada! ¡Ahora sí que hay que llamarle loco!

—Solo pide una bomba «A».

—¡Solo pide u…! ¿Cómo? ¿CÓOOMOOOO…?

—Pide una bomba atómica al Gobierno de Estados Unidos. Para que él entregue la fórmula de la gragea antiatómica con garantías, parece ser que antes es preciso probarla. Y para probarla precisan una bomba atómica. La lanzarán en determinado lugar, cerca de una isla, en la que habrá diversos animales. Si esos animales no resultan afectados por las radiaciones, querrá decir que la «Gragea AntiA» es un éxito, y entonces nos la cederán, a fin de que Estados Unidos domine bondadosamente el universo mundo, imponiendo paz y buenas costumbres. Sería como si en todo el mundo hubiese un solo cañón… y lo tuviésemos nosotros.

—¿El senado… está… estudiando la posibilidad de entregar una bomba atómica a Masao Yoshimura? —preguntó incrédulamente Brigitte.

—Se habla sobre esa posibilidad.

—No es posible… ¡No es posible que los hombres que gobiernan mi país sean tan… tan necios!

—No se muestre tan intransigente, Brigitte.

—¡Intransigente! ¡Oh, vamos, todo esto es una broma de fin de cursillo para una espía, ¿no es cierto, señor?!

—No. Lo cierto es que nadie cree en esa gragea. Pero, como no hay por qué precipitarse, se estudia el asunto bajo el siguiente punto de vista: ¿qué pasaría si esa gragea existiese y la poseyera Rusia, o China…? Hay que tener en cuenta que quizás estos países,

u otros, no se negarían a escuchar a Masao Yoshimura, el cual, según dice, ha elegido a Estados Unidos. Pero, claro, si no aceptamos, pedirá la bomba atómica a Rusia, o a cualquier otro país… que quizás acepte.

—¡Ningún país puede ser tan… estúpido como para entregar una bomba atómica al primer japonés que le ofrece una… una gragea! ¿Estamos todos locos, por desdicha?

—Todos estamos un poco locos —sonrió Cavanagh.

—¡Pero no hasta ese punto!

Míster Cavanagh encogió los hombros.

—Vaya a Miami, vea a Masao Yoshimura, intime con él si le es posible…, y a ver qué logra averiguar.

—¡Será un placer! ¡Menudo… sinvergüenza, caradura…! ¿Cómo pide que se le entregue la bomba? ¿A domicilio?

—Lo ignoramos. Primero, el Departamento de Guerra debe contestar respecto a si aceptamos o no el trato. Cuando él sepa si aceptamos o no, nos diría el modo de entregarle la bomba atómica.

—¿Y cuándo debemos darle la respuesta al señor Yoshimura?

—Tenemos todavía algunos días. Mientras tanto, está usted invitada a pasar esos días como una reina en Miami. Supongo que querrá alojarse en el mismo hotel que Masao Yoshimura…

—Desde luego. Espero que tenga buen gusto… ¡Está loco! ¿A quién se le ocurra pedir una bomba atómica, como si fuese un… cigarrillo?

—Pues… se le ha ocurrido al señor Yoshimura. Tengo aquí una carpeta con todos los datos que tenemos sobre él, fotografías, toda la información que precise… Como sé que tiene buena memoria, estoy seguro de que podrá aprenderse todo esto muy rápidamente, y salir en busca de ese… vendedor de grageas. Sea delicada y astuta con él.

Brigitte Montfort sonrió angelicalmente.

—Estoy segura de que el señor Yoshimura quedará muy satisfecho por haber conocido a una linda damita de ojos azules llamada… ¿Cómo tendré que llamarme?

—Puede llamarse Brigitte Montfort, simplemente.

—Estupendo. No me gustan los nombres falsos… Me dan la impresión de poca categoría. ¿Puedo ver una foto del señor Yoshimura?

Capítulo II

Tenía un rostro muy notable, muy hermoso, apenas inclinados los ojos, despejada la frente, inteligente la expresión, bondadoso el gesto de sus finos labios. Sin duda de ninguna clase, Masao Yoshimura era un hombre atractivo, viril, y, al mismo tiempo, suave, quizá por aquel gesto de sus labios, de su mirada amable, casi tierna.

Los negrísimos cabellos, casi cortos, eran lisos, brillantes. Sus manos eran muy hermosas también, finas, llenas de sensibilidad. Y sus hombros eran anchos, su cintura delgadísima, su cuello bien musculado… Tenía ese aspecto clásico del gimnasta japonés, que parecen hechos de bronce, como estatuas perfectas, bien modeladas. Y eso era sin duda Masao Yoshimura: un magnífico gimnasta japonés… que había llegado a Estados Unidos a pedir una bomba atómica.

Estaba en la terraza del Atlantic Motel, junto a la piscina de agua salada. Llevaba unos *shorts* blancos y una camisa negra, de manga corta, y unas zapatillas de paja japonesa. Rebosaba salud, higiene y dulzura… Esa era la palabra exacta: dulzura.

Al menos, así le parecía a la agente Baby, quien, por entre los listones de la persiana de su apartamento en el motel estudiaba, acercando la imagen por medio de unos diminutos prismáticos, el rostro de aquel hombre cuya fotografía había visto el día anterior en Washington.

La espía internacional estaba ya de vuelta de todo en este sucio mundo, pero, al ver personalmente a Masao Yoshimura, tomando plácidamente el sol en la terraza del Atlantic, tuvo la misma sensación que cuando vio la fotografía. Sí… Esa era la palabra exacta para definir a Yoshimura: dulzura. Pero el estar de vuelta de tantas y tantas suciedades del mundo del espionaje, ponía una escéptica sonrisa en los hermosos labios de la divina espía mundial.

Aquella dulzura que parecía emanar de Masao Yoshimura podía muy bien ser una treta de tantas como se utilizan en el espionaje. Ella misma, por ejemplo, como tantas veces había pensado para no fiarse de los demás, era capaz de sonreír dulcemente… mientras le clavaba una navaja en los riñones, por detrás, a un enemigo al que estaba abrazando «amorosamente».

¿Por qué tenía que ser Masao Yoshimura mejor que ella? Y, sin embargo, la dulzura de Yoshimura parecía… emanar espontáneamente, brotar con la misma fuerza y naturalidad que la lava de un volcán. Con la misma fuerza, con la misma naturalidad, con la misma espontánea sinceridad. Un volcán que no engaña: si escupe lava, todos saben que es lava, barro ardiendo. Igual…, exactamente igual, emergía aquella dulce expresión en los ojos de Yoshimura…

Brigitte bajó los pequeños prismáticos, los plegó y los dejó caer dentro de su bolsito playero. Tenía fruncido pensativamente el ceño. Por supuesto, no se llamaba a engaño respecto a las posibilidades perversas de Masao Yoshimura, pero la conclusión a que había llegado tras media hora de observación era que el japonés merecía un… tratamiento a fondo, antes de tomar decisiones sobre él.

Todavía fruncido el ceño, la espía volvió a sacar los prismáticos.

Pero ahora no miró a Yoshimura, sino alrededor de este. Había mucha gente en la terraza, tomando el sol de agosto, ardiente y húmedo. Chicas en bikini, señoras en maillot, muchachos jóvenes, algunos niños…

Era notable aquello, quizá como un reflejo de Masao Yoshimura: este habíase alojado en un motel que admitía niños, y que, además, tenía servicio de niñeras. Así era el Atlantic Motel, en el 16 501 de Collins Avenue, en lo alto de Miami Beach… Un lugar bucólico, amable y pacífico. Mineras, juego de tejo, diversos entretenimientos, muelles para pescar, playa privada, piscina, salón de cócteles, aire acondicionado, baño privado en las *rooms*, televisión también en algunas de esas *rooms*, a petición del cliente… Se veían, en efecto, algunos niños en la pequeña piscina anexa a la de nadadores, jugando al sol, gritando en sus juegos… Las señoras leían o hacían labor de punto, los caballeros maduros miraban a las chicas en bikini, y las chicas en bikini reían con los bronceados

muchachos de ancha sonrisa…

Bien… A veces, los espías escogen los más insólitos lugares para sus actividades. Pero no cabía duda de que Masao Yoshimura se encontraba de verdad a gusto en aquel motel risueño y acogedor. Miraba a los niños, sonreía de cuando en cuando, fruncía simpáticamente el ceño en ocasiones… En algún momento, Brigitte había tenido la impresión de que el japonés era un niño más allí, en la terraza. Un niño grandote, de hombros rebosantes de músculos, de apostura admirable, sano, limpio de cuerpo, de mente, de espíritu…

—Tonterías —masculló Brigitte, molesta consigo misma—. Solo tonterías. Ese hombre tiene alguna sucia jugada en marcha.

Había vuelto a enfocarlo, sin darse cuenta. Y de nuevo molesta consigo misma, apartó del japonés los prismáticos, para continuar mirando a quienes le rodeaban.

Como único ejemplar digno de un cierto interés, estaba aquel tipo alto y delgado, esbeltísimo, muy moreno, de ojos brillantes, que paseaba por el borde de la piscina de los niños, diciéndoles algo, moviendo mucho las manos… Tenía dos lunares junto a la boca, y eso le daba un extraño, desconcertante aspecto delicado al bronceado rostro…

Eso parecía ser todo.

Muy bien: había que ir ya a estudiar más de cerca a Masao Yoshimura, y, si era posible, entrar en contacto directo con él.

Suerte, Baby.

Se puso un diminuto albornoz rojo sobre el rojo y brevísimo bikini, recogió el bolsito y un par de revistas y salió de su cabaña o apartamento con entrada propia. Había diez cabañas o apartamentos en cada nivel de la construcción. Ante ellas, una gran galería, alzada sobre columnas. Unas escaleras volantes, de piedra granulada, llevaban al nivel normal del suelo, marcado por parterres, setos, palmeras… Al fondo, el mar refulgía, azul, con crestas blanquísimas de espuma. Aquel era el ambiente que le gustaba a la agente Baby: sol, el mar, gaviotas, parasoles de colores, balandros, yates…

Naturalmente, cuando cruzó la terraza hacia la playa privada del motel, todas las miradas fueron hacía ella. Era inevitable, lo sabía, y ya se había acostumbrado a ello. De modo que, sin hacer el menor

caso a los estupefactos gestos de admiración, cruzó la terraza ágilmente, deslizándose con aquel ritmo de caderas tan personal y elegante hacia la ardiente arena.

Todo lo que hizo, al pasar, fue mirar a Masao Yoshimura directamente, fijamente, sin disimulos, con la curiosidad natural de quien ve, quizá por primera vez, una persona de otra raza al natural. Yoshimura ni siquiera parpadeó. Aceptó la mirada, con aquel gesto suyo tan amable, casi risueño, sin alterarse. Desde luego, no parecía tener el menor complejo por encontrarse entre personas de otra raza, ni hacía el menor caso a miradas de curiosidad discreta como las de Brigitte.

Esta se volvió cuando estaba descendiendo los escalones que desde la terraza llevaban a la arena, pero miró rápidamente de nuevo al frente cuando su mirada se cruzó otra vez con la del japonés.

Llegó a la playa, extendió una toalla multicolor bajo uno de los parasoles de paja, y se dirigió al mar. Desde el agua, veía a Masao Yoshimura, que estaba mirando de nuevo hacia los niños que jugaban en la piscina pequeña. Al parecer, se había olvidado de ella… Desde luego, habría sido demasiado fácil que el japonés se sintiera inmediatamente necesitado dé abordarla, de enamorarse, de ser él quien buscase el contacto. Tal cosa podía igualmente ocurrir con el resto de los hombres que se hallaban en el motel.

Habría que tener paciencia.

Estuvo nadando unos minutos. Luego, tomó el sol durante casi media hora. Después, se tendió bajo el parasol, cogió una revista… y se dedicó a mirar hacia Masao Yoshimura…, que ahora estaba en lo alto de la palanca superior, en slip, abiertos los brazos, listo para el salto.

Magnífico. Sencillamente magnífico aquel cuerpo oscuro y prieto como bronce, bien musculado, enjuto. Saltó, efectuó un «ángel» impecable… y desapareció de la línea visual de la espía, que se dedicó a mirar a otras personas.

El hombre de los dos lunares había estado mirando a Yoshimura, y ahora, evidentemente, miraba hacia el agua, con una expresión un tanto… hosca. En la palanca desde la cual se había lanzado el japonés había ahora tres de aquellos muchachotes bronceados, bromeando respecto a cuál de ellos se lanzaba primero al agua

desde aquella impresionante altura… La decisión final fue que los tres descendieron a la palanca inferior, riendo, y se tiraron juntos, de pie, cogidos de la mano…

Los azules ojos de Baby iban de un lado a otro, moviéndose lentamente, como un visor implacable, que no pasaba nada por alto. Masao Yoshimura salía de la piscina en aquel momento, y se acercaba indiferente al hombre de los dos lunares junto a la boca. Se quedó allí, sin mirarlo, contemplando una vez más los juegos de los niños…

Un hombre estaba en un rincón de la terraza, junto a una palmera enana, muy frondosa. No lo había visto antes porque, mirando desde su apartamento privado, la palmera ocultaba al hombre.

Llevaba pantalones blancos, camisa de colores, zapatillas blancas y una gorra de *yachtman*. Era pelirrojo, y tenía una frondosa barba… Sus ojos, muy grandes y separados, estaban ahora fijos en Yoshimura, por encima del periódico que tenía en las manos…

Era como si los ojos de Baby tuviesen la capacidad de fotografiarlo todo, ya para siempre. Lo que veían sus ojos. Jamás sería olvidado por su mente…

Desvió la mirada…, y un hombre se colocó en aquel momento tras otra de las palmeras enanas.

¿Casualidad? Lo Cierto fue que Brigitte solo pudo ver un hombro, fugazmente. Durante no menos de cinco minutos, mantuvo la mirada fija allí, pero el hombre no se movió de detrás de la palmera. No se movió ni siquiera una pulgada.

Por fin, la espía se puso en pie, recogió sus cosas y regresó hacia la terraza. Si el hombre continuaba allí, ella le vería cuando hubiera rebasado la palmera enana.

Pero, a medida que ella se iba acercando, el hombre fue girando alrededor de la palmera, interponiendo esta en todo momento entre él y la espía de lujo de la CIA.

¿Casualidad?

Brigitte dejó de mirar hacia allí, comprendiendo que aquel hombre no estaba dispuesto a dejarse ver Y ella no quería ponerse en evidencia, por el momento. Su objetivo principal consistía en tomar contacto con Masao Yoshimura. Y quería hacerlo pronto. Yoshimura estaba de nuevo sentado a su mesita, fumando. Cuando

estuvo cerca de él, la vio, y se quedó mirándola, con la clara y limpia expresión de quien no quiere perderse un magnífico espectáculo, de ninguna manera.

Y quedó unos instantes petrificado cuando la bella chica de los ojos azules y el bikini rojo, al pasar por su lado, sonrió un poco y saludó:

—*Sayonara.*

Para cuando Masao Yoshimura reaccionó, poniéndose rápidamente en pie, Brigitte estaba ya a no menos de media docena de pasos, continuando su camino con aquella gracia inimitable de movimientos.

—*Sayonara* —musitó Yoshimura.

Brigitte continuó hacia su cabaña-apartamento, sin volverse. Entró, cerró… y se movió entonces a toda prisa. Sacó los prismáticos del bolsito playero, los desplegó, corriendo hacia la ventana, y miró por entre los listones verdes, hacia la palmera que el desconocido había utilizado para ocultarse…

No había nadie allí.

Todo seguía igual, excepto aquello: el hombre había desaparecido. Pensativa, la espía guardó los prismáticos, y se quedó junto al ventanal, fija la mirada en el suelo. De pronto, alzó la mirada, girando los ojos hacia todos lados… La conclusión era sencilla: cuando alguien se oculta, es porque teme ser reconocido. Y cuando teme ser reconocido, es porque es conocido. Y si Brigitte conocía a aquel hombre, era evidente que aquel hombre la conocía a ella. La conocía como espía, como la agente Baby de la CIA, naturalmente. No a Brigitte Montfort la periodista, sino a Baby, la espía. Si solo la hubiera conocido como periodista, se habría acercado a saludarla. Escondiéndose, demostraba que sabía a qué se dedicaba ella realmente… y a qué se dedicaba él.

¿Estaba aquel hombre allí, en Miami, por el mismo asunto que ella? Todavía estuvo pensativa durante un par de minutos más. Luego, se dedicó a registrar su cabaña, sin prisas, concienzudamente…

Tardó casi un cuarto de hora en encontrar el micrófono magnético, apenas del tamaño de una judía, con una antena pequeñísima, de apenas un quinto de pulgada. Parecía un guijarro corriente, y había estado sobre la tierra de uno de los grandes

tiestos que contenía, junto al ventanal, una palmera enana. Lo habían dejado allí, como una piedrecita inofensiva, simplemente. Para fijarse en aquella piedrecita se requería, sin duda, una auténtica categoría de espía.

Estuvo unos segundos contemplando el diminuto transmisor. Por fin, sonrió secamente, y lo dejó donde lo había encontrado. Luego, pensó que sería una buena idea ducharse y refrescarse antes de ir a almorzar. En el Atlantic Motel tenían plan europeo de hospedaje, es decir, que se admitían huéspedes sin que comieran allí, pero Brigitte no tenía el menor interés en salir del motel mientras permaneciera en este el japonés Masao Yoshimura.

Se duchó, se perfumó, se puso un delicioso vestidito azul, miró otra vez el diminuto micrófono que le habían colocado en el apartamento, y salió de este.

Tenía que intentar algo mejor que saludar en japonés a Yoshimura, para entrar en contacto con él.

Sayonara era poca cosa.

Capítulo III

Masao Yoshimura estaba ya sentado ante una mesita redonda, individual, cuando ella entró en el comedor. Alzó la cabeza, mirándola vivamente, casi ansiosa la expresión. Brigitte simuló no darse cuenta de ello, y se sentó a otra mesita, junto al ventanal que daba vista a la playa. Tomó la minuta y pareció enfrascarse en su lectura.

Pediría… Oh, primero un *martini*, desde luego. Con aceitunas españolas, naturalmente. Después, una ensalada de…

Notó perfectamente los pasos, que se detuvieron junto a la mesita. Percibió la presencia. Oyó la voz…, pero no entendió absolutamente nada.

Alzó la cabeza, y se quedó mirando «muy sorprendida» a Masao Yoshimura, que estaba en pie junto a ella, correctísimo, a la expectativa. No solo parecía muy educado, sino que, evidentemente, era bastante tímido.

—¿Perdón? —musitó Brigitte—. No entiendo…

Yoshimura volvió a decir algo, en japonés, con sus ojos negros fijos en los inmensamente grandes y azules de la espía.

—Perdone, señor… —sonrió ella, turbada—. De veras que no le entiendo…

—Le pregunto, señorita, si habla usted japonés.

—¿Jap…? ¡Oh, no! ¡Claro que no!

Yoshimura quedó francamente confundido. Se mordió el labio inferior, y una de sus cejas se alzó.

—Bien… Me pareció que… Le ruego que me perdone.

Parecía dispuesto a dar media vuelta y volver a su mesa. Lo cual, por supuesto, no iba a permitir Baby de ninguna manera.

—Espere… Por favor, espere… Creo… creo que es usted quien debe perdonarme a mí…

—¿Sí?

—Yo… he sido un poco… estúpida, ¿verdad?

—Bueno, no es tan grave la cosa como para…

—Usted me oyó decirle «adiós» en japonés, ¿no es cierto?

Yoshimura asintió con la cabeza, amablemente, siempre fijos sus negros ojos en los de Brigitte.

—Eso me pareció. Y… me sorprendí tanto que no respondí al saludo a su debido tiempo. Luego, pensé que sería… muy hermoso para mí poder hablar en japonés con alguien, y puesto que usted…

Baby Montfort mostró su más dulce, angelical y encantadora sonrisa de niña mimada.

—Es que… Tendrá que perdonarme, señor. Soy un poco… traviesa, y al ver a un japonés de carne y hueso… Bueno, no pude resistir la tentación de decirle la única palabra que conozco en ese idioma: *Sayonara*… O sea, «adiós». Pero le aseguro —dijo precipitadamente— que no lo he hecho para molestarle.

Yoshimura parpadeó.

—No me ha molestado —susurró.

—¿Tengo su perdón, entonces?

Masao Yoshimura miraba con una penetrante atención cada vez más intensa los azules ojos, rebosantes de ingenuidad y arrepentimiento. De pronto sonrió, mostrando una dentadura blanquísima, sana, fuerte. Su oscuro rostro pareció iluminarse, casi como el de un niño. Era sorprendente ver aquella sonrisa en un rostro hermético y viril, en un hombre de hombros durísimos y potencia de atleta.

—Tiene mi perdón, desde luego. Estoy acostumbrado a las… travesuras de los niños.

Brigitte fue quien parpadeó esta vez, sorprendida.

—No creo ser una niña…

—Físicamente, no. Pero la niñez puede durar mucho más allá de los diez o doce años, señorita… Y creo… ver todavía… una cierta expresión infantil en sus ojos. Perdonada la travesura.

—Es usted tan amable… De veras que lo siento. Oh, mi nombre es Brigitte… Brigitte Montfort.

El japonés inclinó la cabeza.

—Masao Yoshimura. A sus pies.

—Gracias… Emmm… Señor Shimoyura, ¿dice usted…?

—Yoshimura —corrigió amablemente Masao—. Yoshimura, no

Shimoyura, señorita Montfort.

—Yomi… No… Misoru… No, no…

—Yoshimura —casi rio el japonés—. No es tan difícil, me parece a mí.

—Emm… Yoshi… ¡mura! ¡Yoshimura! ¿Está bien así?

—Así está bien.

—Siempre se está a tiempo de aprender japonés, ¿no es cierto? —rio la divina—. Le preguntaba, señor Yomi… Ejem… Le preguntaba, señor, si realmente ve usted una expresión… infantil en mis ojos.

—Bueno… Digamos que todavía tiene esa luz aún no… marchita por la dureza de la vida. Una luz capaz de iluminar todo lo bello del mundo, de captarlo. Eso solo lo consiguen los niños.

—Pues… Oh, por favor: ¿no quiere sentarse, señor Mishi…? Soy una calamidad, ¿no es cierto?

—Gracias. —Yoshimura se sentó ante Brigitte, al otro lado de la redonda mesita, y se quedó mirándola amablemente—. Reconozco que los nombres japoneses no son precisamente fáciles de aprender. Pero se puede conseguir. ¿Yoshimura?

—Yoshimura —sonrió Brigitte.

—Perfecto. De todos modos, quizá le resulte más fácil por el nombre. Masao.

—Masao. Oh, sí, es mucho más fácil… Pero si yo le llamo Masao, usted tendrá que llamarme Brigitte… ¿*Okay*?

Masao Yoshimura soltó una breve y discretísima carcajada.

—¡*Okay*! —exclamó—. Respecto a esa expresión infantil de que hablamos… Bueno, quizá sería mejor… hablar de esto en otra ocasión. Parece que usted se dispone a almorzar…

—¿Usted no?

—Sí… Sí, desde luego. Mi mesa…

—¿Tiene algo de malo la mesa donde estamos ahora?

—Pues no —volvió a reír Yoshimura.

—¿Detesta los *martinis*, Masao?

—No, no…

—Entonces, ¿por qué no se queda aquí, toma un *martini* conmigo, charlamos, y almorzamos juntos…? Usted es simpático.

—Hace ya rato que estoy pensando lo mismo de usted.

—¿A pesar de haberle… engañado con una sola palabra en su

idioma?

—Eso está perdonado ya. Y olvidado.

—¿Sabe una cosa? —musitó Brigitte—. Me alegro mucho de que, al menos, usted pueda hablar en mi idioma. Y… me alegro mucho de haberle dicho *Sayonara*. De no ser por eso, ahora no estaríamos juntos.

—Sin duda. De todos modos, quizás he sido demasiado atrevido al venir a su mesa para hablarle en japonés…

—¡No! —rio Brigitte—. ¿A eso llama usted ser atrevido?

Un camarero estaba esperando hacía algunos segundos. Brigitte le encargó dos *martinis* con aceitunas españolas, así como su almuerzo. Tendió la minuta a Yoshimura, pero este la dejó sobre la mesa y pidió «lo mismo que la señorita».

El camarero se alejó, Brigitte apoyó la barbilla en la palma de la mano y se quedó mirando graciosamente a Yoshimura.

—Sigamos con eso de la mirada infantil… Pero le advierto, Masao, que no tengo nada de infantil, y que… he visto ya bastantes cosas feas en la vida.

—Eso es inevitable a medida que se crece. Generalmente, las personas, a medida que van viendo cosas feas, van endureciendo la mirada, y ya se les queda así para siempre. Ya, ni siquiera ante algo hermoso o dulce consiguen que sus ojos muestren esa expresión infantil, clara, limpia, llena de curiosidad alegre. Pero algunas personas, a pesar de haber visto muchas cosas feas y sucias, conservan… su bondad infantil, su ingenuidad, para las grandes ocasiones. Digamos que esas personas miran con dureza lo feo y malo y con dulzura lo bueno y hermoso…

—¿No lo hacemos todos así? —musitó Brigitte.

—No, no… Ya le digo que algunas personas endurecen para siempre su mirada. Ni siquiera pueden dulcificarla ante un niño recién nacido, o un pájaro, o una flor, o un arco iris… Pierden esa hermosa mirada…, y ya jamás la recuperan.

—¿Y yo no la he perdido?

—No. Supongo… supongo que en ocasiones su mirada será dura, como la de cualquiera. Pero todavía puede conseguir la expresión dulce. Eso quiere decir que usted es…

—¿Un bicho raro?

—No, no —volvió a reír Masao—. Digamos que es una persona

en verdad buena y tolerante. No es un bicho raro, desde luego, pero sí es un poco… excepcional.

—¡Qué cosas tan bonitas dice usted! —exclamó Brigitte—. ¿Todo eso significa que yo no puedo hacer cosas malas?

—Ah, eso es diferente… Supongo que sí puede hacer cosas malas, como todo el mundo. Pero usted seguirá siendo buena.

—Ahora, es como si me hubiese hablado en japonés: no me he enterado de nada.

Masao rio una vez más. Llegaron los *martinis*, los dos bebieron un sorbo, y el japonés ofreció un cigarrillo a Brigitte. Ya fumando los dos, Yoshimura aclaró:

—Quiero decir que usted no es de las personas que hacen las cosas malas porque son malos. Si usted hace algo malo, lo malo es lo que ha hecho, pero no usted. Digamos, para resumir, que cuando usted haga algo malo será porque no puede hacerlo mejor. ¿Lo entiende ahora?

—Creo que sí. Si, por ejemplo, yo matase a un hombre, eso es una cosa mala. Pero usted dice que yo solo mataría a ese hombre cuando no pudiese hacer nada mejor.

—O bien, porque a usted le parecería que ese hombre estaba mucho mejor muerto que vivo. Es un ejemplo un poco… salvaje el que ha puesto, pero algo así quería decir yo.

—Vaya… Bueno, yo he venido a Miami a divertirme, Masao. Pero me gusta escucharle.

—Soy un pesado, ¿no es cierto? —sonrió Yoshimura.

—Estoy segura de que también sabe divertirse.

—¿Divertirme?

—Claro. Bailar, pescar, ir de juerga, besar a una chica… ¿No?

—La verdad es que no he tenido mucho tiempo para eso.

—¿Qué me dice? ¿Pues a qué se ha dedicado usted en sus… treinta años de vida?

—Treinta y dos —corrigió Masao, sonriente—. Me he dedicado a estudiar. Y a trabajar.

—¿Y qué ha estudiado? ¿En qué trabaja?

Masao Yoshimura pinchó una aceituna, y se quedó mirándola nostálgicamente.

—He estudiado muchas cosas. Y, por fin, soy lo que quise ser.

—¿Y es…?

—Pediatra.

—Oh… Un médico especialista en niños… ¿Le gustan los niños?

—Mucho. En general, la gente deja de interesarme en cuanto rebasan los quince años.

—Eso quiere decir que no siente interés por mí, Masao.

—Oh, sí… Por usted, sí, porque todavía puede conseguir, en ocasiones, la expresión de los niños.

—¿Piensa tratarme en todo momento como a una… niña?

—¿Le disgustaría?

Brigitte se quedó mirando sonriente al japonés. Lo cierto era que estaba desconcertada. Hasta cierto punto, claro. Conocía el truco del espía bondadoso, y otros miles de trucos más. Pero su primera impresión de que Masao Yoshimura era una persona fundamentalmente buena se afianzó aún más.

—Creo que sería una experiencia nueva para mí —musitó.

—Pero ¿no le disgustaría?

—No lo sé.

—Bien… Quizá sea atrevido otra vez, pero… Bueno, yo estoy solo en este lugar, y…

—Yo también estoy sola.

—¡Magnífico! Bueno, quiero decir…

—Sé lo que quiere decir. Y me parece, Masao, que usted es aún más niño que yo.

—Gracias —sonrió el japonés—. Usted también es amable. Quizá no le disgustaría que volviésemos a hablar en otras ocasiones.

—Me parecerá maravilloso, Masao.

* * *

La lancha se mecía suavemente sobre las olas.

A lo lejos, casi a una milla, se veía la costa, los blancos edificios, diminutos, casi como simples manchas blancas, refulgentes, cegadoras al sol ya rojo del ocaso.

—Quizá deberíamos volver ya —musitó Masao.

Estaban los dos tendidos sobre una gran toalla, en la cubierta de la lancha. Masao tenía puesto el slip, y Brigitte un bikini de color azul turquesa, que destacaba en su piel dorada por el sol, resaltando las armoniosas líneas de su magnífico cuerpo fino y delicado.

—¿Volver? —murmuró ella.

—Sí.

—Pero… Masao, no tenemos prisa ninguna… ¿Por qué volver allá? ¿No estás bien aquí, conmigo?

—Demasiado bien, Brigitte.

—¡Demasiado! ¿Qué quieres decir con eso?

—Yo… temo que soy… un hombre… normal.

—¿Y…?

—Y tú eres… tan hermosa… No quisiera que dejases de estimarme.

—¿Por qué habría de dejar de estimarte?

—Porque si seguimos aquí yo… pediría demasiado.

—Nunca se pide demasiado. Además, si no se pide, no se sabe si obtendremos una negativa… o una aceptación, un consentimiento.

Masao Yoshimura rodeó la esbeltísima cintura femenina con una mano, atrayendo hacia él aquel magnífico cuerpo dorado de sol.

—Creo… que voy a decidirme a… a besarte…

Brigitte entreabrió sus dulces labios sonrosados, frescos, húmedos de agua salada.

—Por fin… —susurró quedamente.

Se abrazó al cuello de Masao Yoshimura, ofreciéndole sus labios… En realidad, entregándoselos.

El japonés solo tuvo que besar, no buscar. Y posiblemente fue una grata experiencia para Yoshimura, que apretó con fuerza en aquel beso con sol de crepúsculo, con sabor a sal en los labios femeninos…

Fue él quien cortó el beso. Brigitte quedó con los ojos cerrados, todavía abrazada al cuello del japonés, sonriendo dulcemente.

—Masao…

—Tenemos que irnos —insistió él.

—¿Y eso… es todo?

—Sí.

—Bien. —Ella abrió los ojos, que mostraron una gran luz de sonrisa desconcertada—. Efectivamente, parece que me estás tratando como a una niña.

—Me pregunto si podría tratarte de otra manera.

—Hay… muchos otros modos.

—No para mí.

Brigitte se sentó sobre la toalla y se quedó mirando cariñosamente al japonés.

—¿Sabes, Masao? —musitó—. No es corriente esto… No para mí, al menos. No estoy acostumbrada a un trato tan… especial.

—Supongo que estás diciéndome que conoces buena parte del lado feo de la vida.

—Más o menos, así es.

—Lo siento —se condolió Yoshimura, con acento sincero—. Siento que todo lo bello llegue tarde a la vida de las personas.

—Peor es nunca que tarde —sonrió débilmente la espía—. ¿Por qué no eres sincero conmigo, Masao?

—¿Crees que no soy sincero? —exclamó él.

—No sé Por lo menos, admite que eres bastante irreal. Tu comportamiento no es frecuente en un hombre, sea de la raza que sea. No es corriente, no.

—¿Quizá te he decepcionado?

—Al contrario. Bueno, debo admitir que me has sorprendido, en primer lugar… ¿Decepcionarme? Oh, no… No. La verdad es que casi me siento como fracasada.

—No digas tonterías.

—Masao, ¿quién eres, adónde vas, de dónde vienes?

—Pues… —el japonés sonrió como divertido—. Ya te he dicho quién soy: Masao Yoshimura. No voy a ninguna parte determinada, y vengo de Tokio. Es simple.

—¿No vives en Estados Unidos?

—No. Tengo… una pequeña casita en Tokio. Y un hermoso consultorio para niños.

—¿Eres un buen médico?

—No sé Pero creo que soy un excelente pediatra. Como especialista en niños estoy muy bien considerado en Tokio… En todo Japón, realmente.

—¿Y por qué no estás en tu consultorio?

—Porque… porque estoy aquí.

—Claro —sonrió Brigitte—. Eso lo sé muy bien. ¿Vacaciones?

—No exactamente.

—¿Entonces…?

—Este viaje es muy importante para mí.

—¿Más que tus niños enfermos?

—Mucho más.

—¿Por qué es más importante? ¿A qué has venido a Estados Unidos que sea más importante que cuidar de tus pequeños amigos?

Masao sacó un cigarrillo del paquete, lo encendió, y se quedó mirando al mar, a lo lejos, hacia el horizonte.

—Está mal que haya dejado solos a mis pequeños pacientes… ¿No es cierto, Brigitte?

—Eso parece. A menos, que lo que tengas que hacer o estés haciendo en Estados Unidos sea más importante.

—Ahí está la cuestión… Lo hablamos a la hora del almuerzo… El hecho de dejar a mis pacientes es malo. Pero yo no soy malo.

Brigitte simuló no ser demasiado inteligente, dedicando unos cuantos segundos a reflexionar, antes de decir:

—Creo entender que estás haciendo algo no muy bueno…, pero que resultará, a la larga, más beneficioso que atender a tus niños enfermos… ¿Es eso, Masao?

—Es eso exactamente.

—¿Y qué estás haciendo que sea tan importante?

—Pues… Bueno, quizá no lo entenderías.

—Tú explícamelo. Yo haré lo posible por entenderlo.

Yoshimura abrió la boca. La revelación pareció a punto de brotar de sus labios.

Pero, de pronto, cerró la boca, se quedó mirando a Brigitte con aquella bondadosa y seria fijeza, y musitó.

—Es demasiado largo. Pero si todo sale bien, te prometo volver a Estados Unidos, para contártelo todo.

—No volverás. Cuando te vayas, sé que no volverás.

—Volveré.

—No. No lo harás. Pero si me dices dónde puedo yo encontrarte en Tokio, iré a buscarte… cualquier día.

—Yo vendré a por ti. Es decir, vendré a verte. No tengo la pretensión de… apoderarme de ti para siempre.

—¿Por qué no?

—Las estrellas siempre están lejos, por cerca que creamos tenerlas de la tierra.

—¿Yo soy una estrella? —rio Brigitte.

—Para mí, sí.

—Pues… Yo diría que, en ese caso, tú tienes una estrella al

alcance de tu mano… ahora mismo, si quieres.

Masao miró al cielo, que empezaba a mostrar el tono negro de la noche.

—Llegaremos de noche al embarcadero… ¿No empiezas a sentir un poco de frío?

—No.

—De todos modos, creo que debemos volver. Y será mejor que te pongas el albornoz. Aunque tú no lo notes, la noche esté refrescando.

* * *

Brigitte estuvo mirándolo atentamente mientras Yoshimura abría la puerta de su cabaña-apartamento. Luego, el japonés le tendió el llavín.

—¿No quieres entrar? —ofreció ella.

—Quizás en otro momento…

—¿Esta noche? ¿Después de la cena?

—Brigitte… Un golpe no basta para derribar un abeto… Pero tú estás golpeando demasiadas veces.

—¿Vendrás? Podemos cenar juntos, y luego…

—No. Respeto demasiado a los niños… y a los adultos que tienen esa expresión en los ojos.

—Supongo que te das cuenta de que me estás despreciando, Masao.

—Al contrario: te estoy apreciando en todo cuanto vales. Hace ya mucho que aprendí… muchas cosas. Una de ellas indica que no se debe desperdiciar la arcilla en las manos de una persona que no está capacitada para ser escultor.

—Te estás menospreciando a ti mismo.

—Tengo la impresión de que tú eres capaz de comprender… todas las cosas, Brigitte. Yo tengo algo que hacer. Algo que es muy importante para mí y para muchas otras personas. Hasta que haya dado término a ese trabajo, no quiero dedicarme a nada más… ¿No harías tú lo mismo exactamente?

—No sé… Solo soy una chica caprichosa y atolondrada. No… Creo que no haría lo mismo.

Masao Yoshimura se quedó mirándola de aquel modo fijo,

penetrante. De pronto, sonrió, y su rostro color pergamino pareció rejuvenecer, retroceder hacia la infancia.

—Estás mintiendo —acabó por decir—. Lo sé muy bien: estás mintiendo. Creo que soy un poco… bobo para algunas cosas, pero muy astuto para otras. Tú estás mintiendo, y sé que me comprendes. Buenas noches, Brigitte.

La abrazó por la cintura, con fuerza, y la besó en los labios. La soltó de pronto y se alejó hacia la escalera de piedra granulada que le llevaría al suelo raso, camino de su cabaña, en otro escalón de la construcción del motel.

Brigitte estuvo allí hasta que dejó de verlo. Luego, entró en su cabaña, cerró la puerta y quedó apoyada de espaldas en la madera… Masao Yoshimura era de la clase de hombres que pueden conseguir que una mujer empiece a vivir como si nada hubiese ocurrido anteriormente en su vida. Igual que… Sí… Era igual que si una mujer fuese ciega y de pronto pudiera ver todo lo bello del mundo; igual que un sordo que, de pronto, recobra el sentido auditivo y lo primero que oye es el canto de un ruiseñor; igual que…

Demasiado romanticismo.

Oyó el rumor a su lado demasiado tarde. Cuando quiso ladearse, cuando quiso aprestarse para la defensa, o para la lucha a muerte, ya todo estaba en marcha, adelantándose a ella…

Recibió el golpe en la base del cuello, hacia el hombro derecho. Cayó de rodillas, casi desvanecida, pero todavía comprendiendo que aquel descuido podía costarle la vida.

Quiso ponerse en pie, presentar batalla…, y entonces recibió el segundo golpe, en el mismo sitio. Fue como si todo su cuerpo se agarrotase, como si las tinieblas se convirtiesen en algo definitivo. Notó el zumbido agudo en sus sienes, la angustia del desvanecimiento inminente…

Luego, nada.

Capítulo IV

Y, por fin, la sensación dolorosa del despertar. Le dolía el cuello y la espalda. Y, al abrirlos, los ojos, que se cerraron instintivamente, en protección contra la luz. Por un instante, había visto el suelo, al nivel de su mejilla, de sus ojos. Comprendió que aquel fresco consolador era el del mosaico en su mejilla. Notaba una opresión en el pecho, de modo que se movió hacia un lado; los senos dejaron de estar aplastados contra el suelo por el peso de su propio cuerpo, y pudo respirar mejor.

Entreabrió los ojos. Vio sombras y luces ante ella. Los abrió un poco más… La cama, el techo, la luz, una puerta, el ventanal del dormitorio…

—Si lo cree conveniente, le tiraré un jarro de agua encima.

La voz era fría e irónica. Y despiadada. ¿O era que, simplemente, no tenía matiz alguno?

Se sentó en el suelo y volvió la cabeza. El hombre que había hablado estaba sentado en un silloncito del dormitorio, con un cigarrillo… No. Era una boquilla, y en ella un cigarrillo de plástico, con cartucho de mentol. El hombre tenía la pierna derecha sobre la rodilla izquierda, de modo que el pie quedaba paralelo al suelo. Y en ese pie se veía una enorme pistola, provista de silenciador.

En cuanto al hombre, era el pelirrojo barbudo que había estado vigilando a Masao Yoshimura por encima de un periódico… ¿Vigilándolo o… protegiéndolo?

—¿Quién es usted? —musitó Brigitte.

—Si le sirve de algo saberlo, se lo diré: Piotor Stalinov, de la MVD. Es decir, del espionaje soviético, señorita Montfort. ¿Puedo preguntarle quién es usted?

—Brigitte Montfort, periodista del Morning News, de New York.

—Mentira —sonrió fríamente el barbudo pelirrojo—. Esa es una tonta, estúpida y sucia mentira impropia de una dama de su…

categoría.

—¿Puedo sentarme en la cama?

—¡Cómo no!

—Gracias…

—De nada —rio el ruso.

Brigitte se sentó en la cama. Se sentía completamente bien, a excepción de aquel dolorcillo inevitable cuando se han recibido un par de expertos golpes de judo en la base del cuello. Con la mano izquierda se dio allí un ligero masaje, sin dejar de mirar a Stalinov, el cual, su vez, la miraba aprobativamente.

—Eso la aliviará pronto —dijo—. Parece que no es la primera vez que la golpean con judo, señorita Montfort.

—Asisto a un gimnasio en Nueva York donde practico este deporte, señor Stalinov.

—Oh, claro… Un gimnasio en Nueva York… Es asombroso, ¿verdad? Hoy día, casi cualquiera conoce el sistema de aliviarse por sí mismo el dolor y agarrotamiento que producen un par de golpes de judo… ¿No está de acuerdo conmigo?

Brigitte frunció el ceño.

Por supuesto, el pelirrojo barbudo no estaba mintiendo: era un agente soviético, y sabía muy bien que la técnica del masaje personal para aliviar los dolores y agarrotamientos de la pelea con judo estaba solo al alcance de unos pocos expertos en esta clase de lucha. Expertos totales, muy bien adiestrados. Tan bien adiestrados como si cualquier método de defensa personal fuese cuestión de vida o muerte.

—De acuerdo, Stalinov: soy un agente secreto, igual que usted ¿Y ahora?

—¿Para quién trabaja?

—Soy norteamericana.

—Eso no significa nada. He conocido a muchos norteamericanos que se dedicaban a practicar el espionaje como un deporte que les rendía buenos beneficios… Y no siempre a favor de la CIA, sino a favor de quien mejor les pagase… ¿Ignora usted eso?

—No. ¿Puedo fumar?

—¡Naturalmente! Estamos entre caballeros —sonrió amablemente—. Es decir, entre dama y caballero. Usted ya sabe: si no me gusta lo que pase aquí, la mataré. Pero, por el momento, la

respetaré, porque a mí me gusta que me respeten. Seamos espías…, pero no muertos de hambre. Lo menos que merece un espía es poder hacer lo que le dé la gana antes de morir.

—¿Está decidido a matarme?

—Lo estoy pensando. Pero, claro, no soy un estúpido atolondrado, señorita Montfort. Antes de matarla, le preguntaré algunas cosas de interés para mí; si las contesta todas, es posible que no la mate.

—¿Es ese el nuevo chiste soviético?

—¡Tiene razón, es un chiste…! —rio Stalinov—. Como veo que es inteligente, no hay inconveniente en decirle que debo matarla… Estoy seguro de que me perdona por anticipado. Gajes del oficio, ya sabe… ¿No decía que quería fumar?

—Sí… Iré a por mis cigarrillos.

—Buena idea. Pero si piensa que en su maletín color rojo con florecillas azules va a encontrar alguno de sus trucos, está en un error. Ya he revisado ese maletín… Lo he revisado todo, en realidad. Su corto periplo de placer en una lancha con el japonés me ha dado tiempo para todo eso.

Brigitte frunció hoscamente el ceño.

—Supongo que todo esto es una sucia jugada soviética, Stalinov.

También el ruso frunció el ceño.

—¿Qué es todo esto? —inquirió.

—¿Está trabajando Yoshimura para ustedes? Piotor Stalinov frunció aún más el ceño.

—Pensándolo bien, creo que ni siquiera voy a dejar que fume, señorita Montfort.

—Puedo pasar sin fumar.

—Pero no sin respirar. ¿Qué se trae entre manos la CIA?

—¿Qué está tramando la MVD? —preguntó a su vez Brigitte.

—Le sugiero que no abuse de mi paciencia.

—Le advierto que no sé de qué me habla, Stalinov.

—¿No?

—Positivamente, no.

—Pues se lo aclararé. Ustedes tienen una bomba atómica de fabricación rusa… ¿Para qué la quieren?

Brigitte quedó boquiabierta un par de segundos.

—¿Cómo? —murmuró.

—Le pregunto que para qué quieren ustedes nuestra bomba atómica…

¿Acaso han perdido los planos para su construcción?

—Usted está loco… ¿Está dando a entender que nosotros, los americanos, tenemos una bomba atómica de ustedes, los rusos?

—Ni más ni menos.

—Mire, Stalinov…, soy una chica con mucho trabajo. Si quiere usted matarme, abrevie. Si no quiere realmente matarme, déjeme tranquila, para que pueda seguir trabajando.

—Señorita Montfort: Rusia puede permitirse el lujo de perder una bomba atómica. Y muchas más. Está claro que Estados Unidos puede permitirse también ese lujo, y quizá con mayor holgura. Ustedes tienen nuestra bomba… Muy bien: no vamos a reclamarla. Solo quiero que me diga para qué la quieren… ¿Qué diferencia hay entre una bomba atómica rusa y una bomba atómica americana? ¿Por qué han tenido que hacer esa sucia jugada para quitarnos una de nuestras bombas?

—Stalinov: puede creerme o no, pero le juro que no sé de qué está hablando.

—Mire… Uno de los hombres que conseguimos matar cuando lo de la bomba, fue identificado. Era un actor de esa productora cinematográfica. Un actor llamado expresamente a Japón. Cuando supimos que otro hombre tomaba rumbo a la productora de cine, decidimos vigilarlo. Pero, como usted comprenderá, no convenía pasar directamente a la acción…

De modo que esperamos. Hemos estado vigilando a Masao Yoshimura, el último hombre del eslabón. Usted se ha puesto en contacto con él.

Como en la ocasión anterior, es un japonés el que ha dado la cara con sus mentiras y cuentos… japoneses. Ahora, dígame qué se propone Estados Unidos con el asunto de las bombas. Solo dígamelo, y la entrevista terminará pacíficamente. Palabra de espía, señorita Montfort.

Brigitte estaba por completo estupefacta. No entendía absolutamente nada de nada. Pero sí sabía que si decía eso a Piotor Stalinov, este no la creería. En consecuencia, era más que posible que se irritase seriamente, y la matase y se fuese tan tranquilo. No tenía la menor idea de nada, pero no podía admitirlo. Si quería

conservar la vida el máximo posible de tiempo, solo había una solución: seguir el juego dialéctico de Piotor Stalinov.

—¿De modo que han estado vigilando a Masao Yoshimura? —murmuró.

—Naturalmente. Ya le digo que por el cadáver de aquel hombre llegamos a la productora, vigilamos esta, y vimos llegar a Yoshimura… Hemos tenido paciencia…, y usted ha aparecido en escena.

—Ya entiendo… ¿Y ahora quiere que yo le diga qué pensamos hacer con la bomba atómica rusa?

—Exactamente.

—Bien… ¿Me creerá usted si insisto en que no sé de qué está hablando?

—No.

—Lo temía. Y en ese caso…

—¿Qué ocurre con las atómicas? ¿Acaso los americanos creen que las bombas rusas están más perfeccionadas? ¿Querían una para estudiarla y convencerse?

—Bueno… —Brigitte estaba cada vez más desconcertada—. Esa podría ser una de las soluciones.

—¡No quiero una de las soluciones, sino la verdadera solución! ¿Para qué quieren nuestra bomba ustedes, los americanos?

—Es una simple cuestión de espionaje rutinario —mintió la desconcertadísima Baby—. Siempre es conveniente estar al corriente de los adelantos de los demás países, Stalinov.

—¿Eso es todo? —gruñó el ruso.

—Sí.

—¿Y tanto aparato y despliegue de efectivos para conseguir una bomba atómica de la URSS?

—Pues… sí. El espionaje es siempre muy caro, Stalinov… ¿No está de acuerdo?

—Por completo, señorita Montfort. Muy caro… Sobre todo, en vidas humanas.

—Oh, vamos, Piotor, no sea usted rudimentario… ¿Qué va a conseguir matándome?

—Quizás una pequeña satisfacción personal.

—Absurdo… Los espías no tenemos satisfacciones personales. Por otra parte, si me mata, varios miles de agentes de la CIA lo van

a buscar a usted por el mundo entero. Hasta el momento de su muerte, Piotor, va a sudar de angustia día y noche. En la CIA no le perdonarán mi muerte.

—La CIA ha perdonado muchas muertes —replicó sarcásticamente el ruso.

—Muchas. No la mía. Quiero decir que esos miles de agentes no actuarían bajo órdenes directas de la CIA, sino por cuenta propia, como un pequeño trabajo extra que les proporcionaría una enorme satisfacción personal. En verdad le digo que si mata usted a la agente Baby, no quisiera estar en su pellejo.

Piotor Stalinov quedó petrificado, muy abiertos los ojos.

—No… —musitó—. ¿Usted es la agente Baby?

—Exacto, Piotor.

—No la creo.

—¿Por qué? —alzó las cejas Brigitte.

—Hay… rumores acerca del aspecto físico de Baby en la MVD. Y debo decirle que esos rumores no se adaptan en lo más mínimo a usted.

—¿Cómo he sido descrita en la MVD?

—Más alta, más voluminosa, nariz gruesa, manos enormes, como de cuarenta años, ojos pequeños, pechos grandiosos, pies grandísimos…

Brigitte se echó a reír, divertida a pesar de su peligrosa situación.

—¡Por favor…! —exclamó—. ¿De dónde han sacado esa descripción de la agente Baby?

—Deducciones… Deducciones obtenidas de acuerdo a los resultados de sus actuaciones en Europa y América del Sur. Una mujer como usted no ha podido… hacer todo que ha hecho la agente Baby de la CIA.

—Bueno… Entonces, resulta que soy mucho más alta, gorda, nariguda, manos y pies grandes, pechos gigantescos, ojos pequeños… ¿Está de acuerdo con esa descripción, Piotor?

—No.

—Hagamos un trato.

—¿Qué trato?

Yo le perdono la vida, y formamos una amistosa alianza para descubrir…

—¿Usted me perdona la vida a mí? —gruñó Stalinov.

—Eso he dicho… Ay, estos zapatos de playa nuevos… —Se los quitó; la suela y el tacón eran de corcho pintado de amarillo, igual que la paja del resto del calzado—. Créame, Piotor, tal como están las cosas y por lo que usted ha dicho, entiendo que sería interesante y conveniente una alianza.

—Para usted, no para mí.

—Voy a insistir de nuevo, a riesgo de precipitar sus malas intenciones, en que no sé de qué me habla. No obstante, si me lo explica bien…

—No es necesario. Estoy seguro de que Masao Yoshimura sí sabe de qué le están hablando mis compañeros.

Brigitte se quedó mirando fijamente al soviético.

—¿También a Masao lo estaban esperando en su cabaña? —musitó.

—Por supuesto. Yo diría que ese japonés es un tipo duro, capaz de resistir muchos malos ratos. Pero vamos a llevarlos a los dos a un lugar tranquilo, y quizás el uno, por favorecer al otro, se decidan a hablar, a decirnos qué están tramando entre los americanos y los japoneses.

—Hable claro ahora y llegaremos a un acuerdo, Stalinov.

—Póngase en pie, vuélvase y arrodíllese, señorita Montfort.

—¿Va a golpearme otra vez, para llevarme luego a algún sitio?

—Exacto. Usted y ese japonés serán llevados a un lugar donde los podremos convencer de la conveniencia de hablar. Vuélvase.

—Stalinov, tiene cinco segundos para guardar esa pistola y escucharme.

—Y usted tiene tres para ponerse en pie y arrodillarse de espaldas a mí. Uno, dos…

Piotor Stalinov dejó de contar cuando Brigitte se puso en pie. La espía se dejó caer de rodillas…, pero sin volverse de espaldas al hombre de la MVD. Lo que hizo fue oprimir el tacón de uno de sus zapatos playeros, y en el acto un fogonazo rojo brotó de allí, con apagado siseo de bengala, lanzando menudas y candentes chispas hacia los lados.

Precisamente entonces fue cuando Brigitte se dejó caer de rodillas, de modo que la bala disparada por el ruso pasó por encima de ella y se clavó con sordo choque en la madera del ventanal, a

menos de dos pulgadas del gran cristal. Mientras tanto, la bengala explosiva de señales daba de lleno en el rostro de Stalinov, estallando apenas entró en contacto con un pómulo. Un surtidor de luces azules, rojas y blancas se esparció por todos lados, mientras el ruso, gritando su espanto, caía hacia atrás, por su propio impulso, huyendo de aquel impacto abrasador en su rostro.

Cayó de espaldas, pero sin soltar la pistola. Cuando se dio cuenta de que aquella herida no era mortal, sino un recurso desesperado que no estaba destinado precisamente a ser utilizado como arma mortífera, quiso incorporarse, alzando la pistola, buscando con el único ojo útil en aquellos momentos a la mujer que, según los informes de la MVD, era alta, gorda, nariguda y de pechos enormes…

La vio.

No a la mujer gorda y nariguda, sino a aquella delicadísima muchachita de ojos azules, que parecían congelados en aquel momento. La vio…, pero solo un instante antes de que el talón del piececito derecho diese de lleno en su ojo sano, aplastándolo, hundiéndolo en la cuenca, llenándoselo de puntitos de todos los colores, echándolo de nuevo de espaldas al suelo.

Supo que tenía que disparar, y lo hizo, convencido de que nada iba a conseguir.

Y así fue.

La bala dio en el techo, mientras el descalzo pie de Brigitte golpeaba de nuevo, ahora justo en el centro de su estómago, verticalmente. Otro golpe arrancó la pistola de su mano, y Stalinov oyó el golpe del acero contra la pared, junto a la puerta. Intentó incorporarse de nuevo, y, tal como esperaba, recibió otro talonazo, ahora en plena boca…

Solo que, ciertamente, lo estaba esperando. Brigitte no tuvo tiempo de retirar el pie antes de que las manos del ruso lo atrapasen justo en el momento del impacto. Y así, Stalinov caía una vez más hacia atrás debido al fortísimo golpe de *capoeira*, arrastraba en su caída a la espía internacional, derribándola encima de él.

Inmediatamente, sus brazos rodearon la esbelta cintura, apretando fuertemente. El gemido de la agente Baby dio de lleno en el rostro del ruso, que lanzó una exclamación de triunfo. De acuerdo: no veía, tenía media cara quemada, un ojo ciego a

consecuencias del feroz talonazo, los labios partidos de otro golpe…, pero la presa que tenía entre sus brazos no podría escapar.

—Te… romperé… la espalda —jadeó, en ruso.

Brigitte tenía la impresión de que sus riñones estaban siendo prensados por una espantosa máquina de incontenible potencia. Los fuertes brazos de Stalinov apretaban allí con fiereza, con una presión tal que, en efecto, la femenina espalda podía romperse de un momento a otro, como un simple lápiz.

Casi ahogada de dolor y miedo, Brigitte consiguió pasar una mano entre su pecho y el de Piotor Stalinov. Los dedos índice y corazón se dirigieron temblorosamente hacia la yugular del ruso… Y, de pronto, las agudas uñas esmaltadas en color rosa perla se hundieron allí, con la fuerza de la desesperación.

En el acto, un hililllo de sangre brotó del cuello de Stalinov, que se crispó, aflojó la presión en una sacudida de dolor. Brigitte se echó a un lado, quedó de rodillas junto al soviético, lívida de dolor, casi sin respiración… Stalinov, con el rostro y el cuello llenos de sangre, todavía intentaba incorporarse.

Entonces, la espía de lujo de la CIA le golpeó en la sien con el canto de la mano derecha, en un golpetazo horizontal, con toda la fuerza de los finos músculos diariamente entrenados. Se oyó el seco chasquido de golpe, Piotor Stalinov cayó hacia atrás otra vez…, y ya no se movió.

Baby se puso en pie, tambaleándose, todavía sin respiración, aún con la sensación de que su espalda, su columna vertebral, sus riñones, estaban siendo prensados brutalmente.

Dio un par de pasos y estuvo a punto de caer de bruces. Con suerte, solo cayó de rodillas. La angustia oprimía su garganta, y la cabeza empezó a darle vueltas, de pronto. Cerró los ojos, se dejó caer de espaldas y separó los brazos y las piernas, utilizando el sistema yoga de recuperación; es decir, la completa relajación, la anulación de sí misma.

Evidentemente, utilizó lo mejor de sus conocimientos, porque en menos de un minuto estuvo en condiciones de ponerse en pie, casi en plenitud de facultades.

Y, por tanto, pensó enseguida en Masao Yoshimura.

Y en muchas otras cosas. En menos de tres segundos, la agente internacional supo lo que tenía que hacer durante todo el cuarto de

hora siguiente. E incluso llegó más allá: aquella podía ser una buena oportunidad para unirse a Masao Yoshimura de tal modo que este no tendría más remedio que aceptarlo con naturalidad y confiar en ella.

Lo primero que hizo fue ir al gran tiesto de la palmera enana. El micrófono continuaba allí, de modo que era fácil comprender que no había sido obra de Piotor Stalinov, y que otra u otras personas habían estado escuchando toda la conversación. Eso la disgustó y la preocupó, lógicamente.

Cogió el micrófono, luego la pistola de Stalinov, y con ella aplastó el pequeño aparato. Luego, registró a Stalinov, encontrándole encima, efectivamente, algunas de sus cosas; la radio de bolsillo, la pistolita de cachas de madreperla, la polvera-micrófono, la boquilla que lanzaba dardos envenenados o somníferos, según fuese necesario… Lo recogió todo, lo metió dentro del maletín, guardó este en el armario y se quedó con la pequeña radio de bolsillo, que accionó:

—¿Simón?

—¿Cómo ha ido el paseo?

—El paseo, bien. Pero acabo de matar a un agente de la MVD llamado Piotor Stalinov, que estaba esperándome en mi cabaña. Quiero que escuche atentamente…

Estuvo hablando durante un minuto escaso, a toda prisa. Cerró la radio, frunció el ceño y optó por guardarla en el maletín, junto con la pistola de Stalinov, recogiendo la suya, que cabía en el hueco de su mano.

Por fin, a toda prisa, salió de la cabaña-apartamento. Si se estaban reclamando bombas atómicas, era seguro que Masao Yoshimura lo estaba pasando francamente mal.

Capítulo V

Masao Yoshimura ocupaba la cabaña número veintisiete. Y, en efecto, él estaba dentro. Lo pudo ver a través de los listones de la persiana, que apartó cuidadosamente con dos deditos. La ventana estaba abierta, de modo que, al parecer, todo se presentaba de modo muy conveniente para ella.

Por supuesto, Yoshimura no estaba solo. Había dos hombres con él, que Brigitte no había visto antes por el motel. Uno de ellos estaba amenazadoramente plantado en pie delante del japonés, que estaba sentado en un sillón, lívido el rostro; en el parietal derecho se veía una zona oscura, desde la cual un hilo de sangre resbalaba hacia la mejilla…

El hombre que estaba ante Yoshimura hacía gestos amenazadores y exigentes. Yoshimura movía negativamente la cabeza.

El otro hombre estaba sentado, vuelto de espaldas a Brigitte y dando frente al japonés, sin duda apuntándole con una pistola. No debían de estar en modo alguno impresionados por la potencia muscular que resultaba evidente en Masao Yoshimura.

Este insistía en mover negativamente la cabeza. El hombre que estaba ante él se irritó, eso estuvo claro. Alzó la mano derecha, de modo que Brigitte pudo ver la pistola en ella, y la descargó otra vez sobre la cabeza de Yoshimura, que intentó esquivar el golpe. Lo consiguió a medias, encajándolo en un hombro en lugar de en plena nariz, lugar al que iba destinado; un punto no mortal, pero sí dolorosísimo. El que le había golpeado tenía clarísimas intenciones de ensañarse con el japonés, porque estaba alzando nuevamente la mano…

Brigitte sostuvo los dos listones de la persiana con dos deditos de la mano izquierda. Metió la punta de su pistolita silenciosa entre ellos y apretó el gatillo.

El hombre que se disponía a golpear de nuevo a Yoshimura dio un extraño salto, como si hubiese recibido un violento golpe en la nuca. Cayó de bruces, sin un gemido, sin aspavientos o gestos extraños. Simplemente, recibió un balazo en la nuca y murió al instante.

El otro se envaró, quedó un instante desconcertado. Pero no fue ni siquiera un segundo. Se puso en pie de un salto, dando la vuelta hacia la ventana, adelantando la pistola, vigilantes los ojos…

Recibió la pequeña bala en el centro de la frente, y, al contrario que su compañero, saltó hacia atrás, soltando la pistola.

Pero Brigitte ni siquiera esperó a ver el resultado de su disparo, que sabía infalible. Apenas apretado el gatillo, se apartó de la ventana, escondiendo la pistolita bajo el albornoz, en un sobaco, y sujetándola con el brazo a pesar de la primera sensación ardiente que experimentó.

Se alejó de la puerta, descendió unos cuantos peldaños, y volvió a subir, mirando a todos lados. Parecía que no había nadie por allí. En cambio, había mucha gente en la terraza, y en la piscina…

Llegó a la puerta de Yoshimura, y llamó con urgencia. El japonés dejó oír su voz algunos segundos después, sin abrir la puerta.

—¿Quién es?

—¡Masao! ¡Soy Brigitte! ¡Por favor, ábreme, ha ocurrido algo…! ¡Te lo suplico, ábreme…!

La puerta se abrió, y Masao apareció en ella, todavía en albornoz, como Brigitte. Había una luz de comprensión en sus inteligentes ojos.

—¡Masao, un hombre…! —se quedó mirando la sangre que resbalaba por el rostro de Yoshimura—. ¡¿Qué te ha pasado?!

—Entra deprisa.

Naturalmente que Baby ya lo estaba haciendo. Masao cerró la puerta tan deprisa que casi la golpeó. Brigitte parecía a punto de decir algo, pero «de pronto» vio a los dos hombres tendidos en el piso, y se volvió hacia Yoshimura, mordiéndose los labios.

—¿Qué… qué…? —tartamudeó.

—¿Por qué estás aquí? —musitó el japonés.

—Pe-pero, hay ahí dos… dos hombres que…

—¿No has sido tú quien ha disparado? —se alarmó Yoshimura.

—¿Yo? ¡Yo…! ¡Pero qué estás diciendo…! ¡Yo nunca…!

—Cálmate. Te lo suplico, Brigitte… Y te aseguro que ni yo mismo sé cómo han ocurrido las cosas…

—¡Un hombre ha querido matarme! —casi gritó histéricamente la hipócrita y bellísima espía—. ¡Estaba en mi cabaña, quería golpearme… y… y de pronto… cayó de… de cabeza…!

Masao miró los cadáveres de los dos hombres que le habían estado golpeando a él, desconcertado. Se llevó una mano a la frente…, y la retiró vivamente al tocar la sangre.

—No sé… ¡No comprendo nada…! —exclamó.

—¡Tú tienes la culpa! —gritó Brigitte—. ¡Aquel hombre dijo que me vigilaban porque estaba contigo, que querían una… una bomba atómica y que yo…!

—Cálmate… Te lo ruego, te lo ruego…

—¡Dijo que era ruso, que… que yo le había robado una bomba atómica y… y… y que…! —la «asustada» jovencita parecía a punto de echarse a llorar o a gritar, su voz se ahogaba—. ¡Dios mío, no sé qué ha pasado…! ¡Han querido matarme! ¡HAN QUERIDO…!

¡Plaf!

La bofetada de Masao Yoshimura le alcanzó de lleno en una mejilla, casi derribándola. Brigitte se tambaleó, y se quedó mirando con ojos desorbitados al japonés, súbitamente silenciosa. Masao se acercó a ella, y la abrazó cariñosamente.

—Lo siento… Pero no vamos a ganar nada con tu histerismo. He tenido que golpearte.

—Aquel… aquel hombre está… muerto en mi cabaña…

—Está bien, no te preocupes… Pensaré algo. No quiero complicarte en esto.

—¿En qué? ¿Qué está pasando, Masao? ¡Tú eres un espía!

Masao Yoshimura se la quedó mirando atónito.

—¿Por qué dices eso? —murmuró.

—¡Aquel hombre dijo que era un espía ruso…! ¡Tú eres un espía japonés, le has quitado una bomba atómica…!

—¡No digas más tonterías!

—Pero…

—¡Cállate, de una…! —se mordió los labios—. Perdona… Estoy perdiendo la serenidad, y eso no puede ser. Te aseguro que yo tampoco sé nada de esto, Brigitte. ¿Tienes dinero?

—Sí… Bueno, un poco…

—Tendrás que marcharte de Miami… Oh, no sé… ¡No sé qué debo hacer! ¿Te ha visto alguien? Quiero decir si alguien sabe algo de lo ocurrido…

—¡No lo sé!

—Creo que lo mejor será que de momento regreses a tu cabaña. Yo pensaré algo…

—¡No quiero estar allí con aquel hombre muerto!

—Está bien, está bien… Iré contigo… ¿Dices que te hablaron de una… bomba atómica?

—Sí… Decía que yo la tenía, o que la tenías tú… ¡No entendí nada de nada!

—Vamos a ver a ese hombre… ¿Ruso? ¿Dijo que era un espía ruso? ¿Estás segura?

—Sí, sí… ¡No lo sé! ¡Ya no estoy segura de nada!

—Yo tampoco. Pero creo que te he complicado la vida, de modo que veré de arreglar el asunto. No sé cómo… Vamos a ver a ese hombre. Espera un momento.

Fue al baño, metió la cabeza bajo el grifo, limpiándose la sangre, y luego, del armario botiquín sacó una cura preparada de gasa y esparadrapo; se la colocó sobre el corte producido por la culata de la pistola, y se secó enérgicamente.

Tomó a Brigitte de un brazo, salieron de la cabaña y caminaron a toda prisa hacia la de Brigitte. Al llegar ante la puerta, Masao tendió la mano.

—¿Tienes la llave, supongo?

—Creo… creo que… la dejé… abierta. Masao empujó la puerta.

En efecto, estaba abierta. Se apartó, dejando paso a Brigitte, que tras dar un paso se detuvo en seco, y se quedó mirando al japonés, con expresión asustada.

—Está bien; yo entraré primero —susurró Yoshimura.

Empujó la puerta, entró y se volvió hacia Brigitte, tendiendo una mano.

—Pasa. Los muertos no pueden…

¡Clock!

Masao Yoshimura recibió el culatazo en la nuca. Un culatazo seco, bien aplicado, definitivo, que lo derrumbó sin conocimiento instantáneamente.

Brigitte entró, cerró la puerta, y dijo:

—Ya puede encender la luz, Simón.

Se encendió la luz, y un hombre alto, atlético, de cabellos rubios y ojos claros de fría mirada quedó visible ante Brigitte, todavía con la pistola en la mano.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó.

—Perfecto. ¿Y Simón II?

—Tal como usted indicó, debe de estar ya haciéndose cargo de la gente de la otra cabaña… ¿También los mató?

—No tuve más remedio. Quiero conservar vivo a Yoshimura, para que me lleve hasta… hasta el foco de todo esto. ¿Conoce a ese hombre que dijo ser ruso y llamarse Piotor Stalinov?

Simón se volvió hacia el cadáver del hombre de la MVD, moviendo negativamente la cabeza.

—No. Es decir, lo hemos visto por el motel mientras estábamos vigilando a Masao Yoshimura antes de recibir instrucciones de la Central respecto a la llegada de usted y que debíamos ponernos a sus órdenes. Es un placer ser llamado Simón por usted.

—A todos los que…

—Lo sé: a todos los agentes que colaboran en sus trabajos, los llama Simón. Bien, ¿qué hacemos? Emmm… Una pregunta, antes, si me lo permite: ¿le disparó a Stalinov una de las bengalas que tenía preparadas para avisarnos si Yoshimura intentaba algo contra usted durante el paseo en lancha?

—Así es. ¿Nos estuvieron viendo bien?

—No tanto como habríamos querido —sonrió irónicamente Simón—. La distancia era excesiva. Pero algo vimos. Usamos buenos prismáticos.

Brigitte sonrió también.

—Pues enhorabuena. ¿Tienen ya pensado cómo llevarse a los tres hombres del motel?

—Nos las arreglaremos. Aunque de momento tendrán que permanecer algunas horas en la cabaña de… Simón II. No se preocupe por esos pequeños detalles.

—Magnífico. Tendrán que ir con mucho cuidado, Simón. No olvide que alguien me colocó un micrófono. Lo dejé, para confiarlo, y debido a eso, se ha enterado de que Stalinov me reclamaba una bomba atómica.

—Parece que Masao Yoshimura se está dedicando a coleccionar

bombas atómicas, ¿no es así? —musitó sombríamente Simón.

—Sí… Eso parece. Aunque… no acabo de entenderlo bien. Masao Yoshimura fue seguido y vigilado a raíz de llegar a una productora cinematográfica, según he entendido… Por tanto, no lo conocían de antes. No comprendo esto, Simón.

—Ni yo. ¿La ayudo a algo?

Dijo esto mirando fijamente a Brigitte, que estaba abriendo su albornoz. Pero todo lo que la espía hizo fue sacar su pistolita del sobaco, con lo que recuperó el movimiento normal del brazo izquierdo. Fue al dormitorio, tras una amable mirada a Simón, y guardó la pistola en el maletín.

Cuando se volvió, Simón estaba en la puerta, mirándola con evidente agrado.

—Bueno, tal como ordenó, he golpeado a Yoshimura. ¿Y ahora?

—Seguiremos el juego. Esperemos que nuestros amigos del micrófono no nos fastidien demasiado. La verdad es que me inclino a creer que son amigos.

—¿Amigos? —exclamó Simón.

—Me colocaron el micrófono antes de que yo entrase en contacto con Yoshimura. Es decir, que me conocían, de un modo personal, no por mi relación con Masao, que aún no existía. Todo lo que pretendían era vigilarme, saber por dónde llevaba yo mis… investigaciones.

—Eso no quiere decir que sean amigos suyos.

—Quizá no. Pero así lo creo yo. Incluso —sonrió de pronto—. Sí, incluso me atrevería a decir el nombre de esa persona.

—¿Quién es?

—Pues… Un buen amigo. Sigamos con nuestra comedia, Simón. Luego, llévese de aquí a Stalinov.

—Bien… ¿De veras quiere que lo haga?

—No hay más remedio.

Simón encogió los hombros, no muy convencido, ni, desde luego, feliz con aquella parte del plan. Salieron los dos del dormitorio, Brigitte se colocó junto a la puerta, como si estuviese entrando mientras esta permanecía abierta, y de pronto se detuvo, se tocó la parte superior de la cabeza con un dedito.

—Aquí, Simón; me fastidia que se me vean chichones.

—Entre el pelo no se notará —sonrió acremente el espía.

Sacó la pistola, hizo un gesto como pidiendo disculpas, y, de pronto, golpeó a Brigitte en la cabeza, con la pistola, sin emplear demasiada fuerza, pero sí con la suficiente para conseguir un convincente chichón. Brigitte se tambaleó un instante, pero permaneció en pie, mirando sonriente a su compañero de espionaje.

—¿Repito? —musitó este.

—No sea bárbaro —casi rio Baby—. Ahora, haga su parte… Y buena suerte. Apártese un poco…

Simón se apartó.

Entonces, Brigitte se dejó caer al suelo, de cualquier manera, como si el golpe recibido la hubiera dejado sin conocimiento instantáneamente, Quedó de lado, con el albornoz abierto, mostrando las piernas, las caderas adornadas con el bikini azul turquesa, y parte del brevísimo vientre…

Simón se acuclilló junto a ella.

—¿Está confortable?

—No. Pero él no tardará en recobrarse. Dese prisa.

—*Okay*.

Le dio una palmadita amistosa en la sensacional cadera, sonriendo. Luego, se incorporó, fue hacia el cadáver de Piotor Stalinov, y lo cogió por los sobacos…

* * *

Masao Yoshimura parpadeó, lentamente. Cuando por fin los ojos quedaron abiertos, tenían el techo ante ellos. De nuevo parpadeó el japonés.

Movió la cabeza, gimió quedamente… y se quedó mirando a Brigitte, tendida cerca de él, con los ojitos cerrados, la boquita entreabierta…

Yoshimura quiso ponerse en pie, y la cabaña entera pareció volcarse sobre él, girando, saltando. Cerró los ojos y estuvo unos segundos de rodillas. Cuando volvió a abrirlos, la cabaña ya no se movía. Se acercó a Brigitte y le dio una suave palmadita en una mejilla.

—Brigitte.

La pobrecita espía se agitó, gimiendo lastimeramente. Yoshimura le dio otra palmadita.

—Brigitte… Despierta, Brigitte.

Los rasgados párpados se agitaron, como lindas mariposas. Hubo un par de destellos azules antes de que Masao pudiera ver a sus anchas los maravillosos ojos de la dulce espía. Fantástica en su papel, Baby se quedó mirando, con expresión incierta, la mano del japonés. Luego, movió la cabeza, gimió, se llevó la mano allí y la retiró vivamente, gimiendo de nuevo, Masao la ayudó a incorporarse, dejándola sentada, manteniéndola abrazada por los hombros.

—¿Qué… ha pasado…?

—¿Estás bien? —se interesó Masao—. ¿Te sientes bien?

—¿Donde…? —de pronto, los azules ojos cobraron todo su brillo y se desviaron hacia un punto de la cabaña—. ¿Te has llevado el hombre ruso que…?

—No me he llevado nada. Nos han golpeado a los dos.

Brigitte volvió a gemir al tocarse la cabeza. Por entre los finos deditos miró a Yoshimura, muy abiertos los ojos.

—¡Me dieron un golpe en…!

Volvió a llevarse la mano a la cabeza, y palpó cuidadosamente el discreto chichón que, efectivamente, se había formado. Se quedó mirando unos segundos a Yoshimura, asustada, alarmada. Se puso en pie, ayudada por el nipón, y caminó hacia su dormitorio. Miró allí, en el baño…

—No está… No está el hombre ruso… ¡No está! Eso quiere decir que ha venido la Policía, que…

—No quiere decir nada de eso —murmuró Yoshimura—. Ven conmigo.

—¿Adónde?

Fueron hacia la cabaña del japonés, en la cual entró este con mucho más cuidado que en la de Brigitte minutos antes. Pero no ocurrió nada Todo lo que ocurría era que los dos cadáveres no estaban.

—También se los han llevado —murmuró Yoshimura.

—Pe-pero… ¿quién?

—No lo sé. Pero quien lo haya hecho parece que, de un modo u otro, ha pretendido ayudarnos.

—¡Nos han golpeado…!

—Pudieron matarnos.

Brigitte se quedó mirando a Yoshimura como si aquella posibilidad no se le hubiese ocurrido. De pronto, abrió la boca, como dispuesta a gritar… Pero la cerró bruscamente. Solo un instante, porque enseguida dijo:

—Tenemos que llamar a la Policía…

—¡No!

—Pero…

—Por favor, Brigitte: no. Mira a tu alrededor… Parece que aquí no ha pasado nada…

—Pero ¡han querido matarnos…, y volverán a intentarlo…!

—Tenemos amigos cerca de nosotros… Amigos que nos ayudan. Mataron al hombre que te atacó a ti, a los dos que me atacaron a mí… Se han llevado los cadáveres…

—Si eran amigos… ¿por qué nos han golpeado?

—Porque… porque no deben querer que los veamos.

—¿Por qué? ¿Tú tienes amigos… que matan, Masao? Oh, Dios mío, quiero marcharme de aquí… ¡No volveré jamás a Miami, no…!

—Por favor, calla… Nos iremos de aquí. Cada uno por un lado, desde luego. Ya te dije…

—¡Quiero ir contigo! ¡No me dejes sola!

—Brigitte, los ataques se han producido por mi culpa. Si te separas de mí, nada te ocurrirá.

—¡Pero tú tienes amigos, y yo no…! Y… y… ¡y todo esto es espantoso y absurdo! Masao, tengo mucho miedo… ¡Tenemos que avisar a la Policía! ¡Quiero contarle a la Policía…!

—Te ruego que no insistas en eso.

Brigitte retrocedió un paso, mirándolo horrorizada, de pronto.

—Tú… tú eres un espía… No eres persona buena, Masao… Han muerto tres hombres, tengo que decírselo a la Policía…

Yoshimura se quedó mirándola pensativamente.

—Comprendo lo que sientes, y sé que tienes razón… Pero debo rogarte que no llames a la Policía, Brigitte.

—¡Eres un espía!

—Te aseguro que no es cierto. Sé tanto como tú de lo que está ocurriendo… Pero yo… tengo algo que hacer, y no puedo aceptar que la Policía intervenga… Se han llevado los hombres muertos, todo está en calma…

—¡Querrán matarnos otra vez! ¡Por tu culpa! ¡Tú me has metido

en esto…, en este asunto tan… horrible!

—Tienes razón —murmuró Yoshimura—. Y, por tanto, te sacaré de él. No debería marcharme de aquí, de Miami, de este motel… Estoy esperando algo muy importante… Pero tendremos que marcharnos los dos. Ya me las arreglaré para notificar mi nueva dirección.

—¿A quién? ¿Por qué tienes que dar tu dirección a nadie? ¿Para que vengan a matarnos otra vez? ¡Vámonos sin decirle nada a nadie, Masao!

—Bien… Yo arreglaré eso dentro de un par de días, cuando te haya dejado a salvo. Ve a buscar tu equipaje. Tenemos que marcharnos del motel con toda naturalidad.

—Verán que nos vamos juntos…

—¿Te importa lo que piensen?

Brigitte pareció sorprenderse. Estuvo unos segundos mirando al japonés. De pronto, se acercó a él, y le echó los brazos al cuello, abrazándole.

—Tengo miedo, Masao —murmuró temblorosamente—. Tengo mucho miedo… Pero no me digas que me dejarás sola aunque… aunque…

—Buscaré un sitio seguro para ti —sonrió débilmente él—. Sé de una persona que podrá aconsejarnos debidamente. Ve a buscar tus cosas.

—¿Adónde iremos?

—De momento, a Los Ángeles. Desde allí, ya veremos.

—¡A Los Ángeles! ¡Pero… eso está muy lejos!

—Llegaremos esta misma noche, en un vuelo nocturno. Antes de que amanezca estaremos en Los Ángeles. Y… cuanto más lejos, mejor. ¿No te parece?

—Sí… Es verdad. ¡Voy a hacer mi equipaje ahora mismo!

* * *

Tuvieron que esperar casi una hora antes de que los altavoces anunciaran por todos los rincones del Miami International Airport que el avión del vuelo 712 estaba esperando a los señores pasajeros en la primera pista.

Para entonces, Brigitte había visto ya al hombre de los dos

lunares junto a la boca, el que había estado aquella mañana paseando por la terraza y mirando a los niños…, al mismo tiempo que se dedicaba a vigilar a Masao Yoshimura.

—Vamos —dijo Masao—. Tenemos que ir por la puerta número…

—Oh, espera, creo… que me duele la cabeza…

Yoshimura volvió a sentarse junto a ella, le cogió una mano y sonrió cariñosamente.

—Eso es el golpe —aseguró—. También a mí me duele. Si no nos damos prisa, perderemos ese avión, Brigitte.

—Sí… Un momento… Es que… casi me siento mareada…

Masao la miraba con solícita atención, mientras ella, simulando cerrar los ojos buscando alivio al «intenso dolor de cabeza», veía al hombre de los dos lunares, el guapo y esbelto caballero que había estado con ellos alojado en el Atlantic Motel… ¿Era posible que Masao no se hubiera dado cuenta de aquella «coincidencia»?

Porque, sin lugar a dudas, el hombre de los dos lunares se disponía a tomar el vuelo 712, precisamente. Estaba claro que los había seguido, que se había enterado de su punto de destino, y que había adquirido un pasaje…

—¿No te sientes mejor?

—Sí… Me siento mejor, gracias.

—El bus está esperando para llevarnos al avión.

—Si no te importa, prefiero… ir a pie a la pista. Así me despejaré del todo.

—De acuerdo. Pero para eso tenemos que ponernos en marcha ahora mismo…

Brigitte se puso en pie, aferrando fuertemente su maletín; las dos maletas habían sido ya cargadas en el avión, así como el equipaje de Masao Yoshimura.

Cuando salieron del vestíbulo, hacia las pistas, los pasajeros del vuelo 712 estaban subiendo al bus que los llevaría al pie de la escalerilla.

El hombre de los lunares se había vuelto un instante, mirándolos sin poder contener una expresión de desconcierto.

Un empleado del aeropuerto se acercó a ellos, indicándoles que no se podía circular por los servicios de la pista, pero, puesto en antecedentes, se ofreció a acompañarlos, asegurándole a Brigitte

que una vez a bordo la azafata la atendería debidamente.

Cuando llegaron al aparato, el resto de los pasajeros ya lo había abordado... Y lo primero que vio Brigitte al entrar fue el inquieto rostro del guapo y esbelto moreno de los dos lunares junto a la boca. Estaba hacia el fondo del aparato, y Brigitte comprendió que se tranquilizaba al verlos abordar el avión. Sin duda, había estado temiendo que le hiciesen una fea jugada, dejándolo marchar a Los Ángeles mientras ellos se quedaban en Miami...

—Llamaremos a la azafata para que te traiga algo que alivie...

—Se me ha pasado ya —sonrió Brigitte—. El aire fresco me ha sentado bien.

Estaban en el primer grupo de asientos, algo más adelante del centro del aparato. La gruesa puerta se había cerrado ya. Se oía el rugir de los motores. Se encendió el luminoso indicando la prohibición de fumar y la conveniencia de abrocharse los cinturones...

* * *

Después de la ligera cena que habían encargado, ya que ni siquiera habían pensado en ello antes, Brigitte recostó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

Estaba completamente desorientada. Por una parte, el hombre de los lunares. Por otra, Piotor Stalinov y sus dos compañeros de la MVD. Por otra, el personaje desconocido que le había colocado el micrófono. Por otra, la desconcertante afirmación de Piotor Stalinov respecto a que Estados Unidos, en alianza con los japoneses, habían robado una bomba atómica a la URSS...

Y, sobre todo, resultaba del todo desconcertante Masao Yoshimura. Posiblemente, el más desconcertante de todos. Porque, para colmo de complicaciones, a Brigitte continuaba pareciéndole un hombre dulce, bondadoso, realmente, que solo su firmeza de carácter le impedía regresar a Japón, seguramente. Tenía algo que hacer, y quería hacerlo, por encima de todo, porque lo consideraba mucho más importante que atender a su clientela de niños en Tokio. Y esa cosa importante era conseguir de Estados Unidos la cesión de una bomba atómica para hacer la prueba definitiva que diría si la «Gragea AntiA» era o no era efectiva...

Absurdo, por supuesto.

Y, sin embargo, si su cabeza todavía funcionaba bien, tenía que entender que Rusia había entregado o perdido ya una bomba atómica que Piotor Stalinov y otros de la MVD querían encontrar, recuperar, o, al menos, saber el destino que se iba a dar a esa bomba… Eso podía significar que Masao Yoshimura…

—¿Champaña, señorita?

Abrió bruscamente los ojos, y se quedó mirando a la sonriente azafata pelirroja, de grandes y hermosísimos ojos verdes. La azafata debió de captar su vacilación, porque añadió, amablemente:

—Es Perignon 55, muy frío. ¿Le apetece?

Masao miraba con una cortés sonrisa a la azafata, que colocaba la bandeja con dos copas ante ellos. Tomó la suya, sin prestar demasiada atención a Brigitte cuando alcanzó la que le correspondía, de acuerdo a la disposición de la bandeja.

Baby alzó la copa, y en el acto vio el pequeño papelito que había estado oculto bajo el pie. Contenía unas pocas palabras, en español, que leyó rápidamente:

«No hay guindas. Especialmente, cuidado con el chino».

¿Quién la conocía allí tan bien que…?

—Oh, perdón —musitó la azafata—. Lo siento, no lo vi… Perdón. Quitó el papelito de la bandeja, con toda naturalidad, y se alejó hacia la popa. Brigitte miró de reojo a Masao, pero este no parecía haber concedido la menor importancia a la presencia de un papelito bajo la copa de champaña. Un descuido del bar… ¿Era posible que Masao Yoshimura fuese tan cándido? ¿O, por desdicha, era un espía de más categoría que ella, mucho mejor actor, más cínico e hipócrita, capaz de dominar en todo momento sus verdaderos impulsos, de ocultar sus ideas, de retener sus reacciones…?

«Cuidado con el chino»… ¿Era una broma de alguien que creía que el acompañante de la bella norteamericana era chino, en lugar de japonés? Por supuesto que no. Si decía «chino», era que se referían a un chino, no a un japonés. «No hay guindas». Quien se disculpaba por eso enviándole una copa de Perignon 55, tenía que ser amigo de la agente Baby. Bien… Eso era muy tranquilizador,

ciertamente.

Dejó la copa en la bandeja plegable de junto al asiento, y volvió a recostarse, cerrando los ojos. Cinco minutos más tarde, los abrió, miró a Yoshimura, que volvió la cabeza hacia ella, y dijo:

—Ya vuelvo, Masao.

—¿Ocurre…?

—Solo voy al tocador.

—Ah… Bien.

Caminó hacia la popa, lentamente, mirando a todos lados, a las filas de asientos, pero con todo el disimulo aprendido en años de espionaje. Había pasajeros que ya dormían, algunos con el blanco sombrero estival sobre los ojos… Otros, la miraron, y uno de ellos, incluso, le hizo un simpático guiño de admiración. Por consideración a los que habían decidido dormir, no se proyectaba ninguna película en la pantalla de proa, y las conversaciones eran en tono bajo, correcto, de modo que el silencio era casi absoluto. De cuando en cuando, parecía que el rumor de los motores entraba en el aparato, atravesando, el fuselaje…

El hombre de los dos lunares se apresuró a cerrar los ojos, simulando dormir, cuando Brigitte se acercaba a su asiento, por el pasillo.

Y tres asientos más atrás, Brigitte vio al chino, de pronto…, y a duras penas consiguió mantener su rostro inexpresivo. El chino la estaba mirando, con la impasibilidad obligada en su raza. Era delgado, de rasgos finos, boca grande. Debía de tener poco más de treinta y cinco años.

Vestía correctamente, de modo corriente, sin un solo detalle especial; a la europea, naturalmente. Su rostro era duro, casi hostil, y sostuvo con firmeza la breve mirada de la espía internacional.

Rebasando aquella inexpresividad facial, un aire frío pareció llegar hasta Brigitte en aquella brevísima mirada. Como si tuviese de pronto un trozo de hielo en el estómago, Baby continuó hacia los servicios. Entró en ellos, salió un par de minutos después, y se dirigió hacia la sala del personal subalterno de vuelo.

La azafata estaba allí, captó su seña y salió inmediatamente al pasillo.

—¿Puedo servirla en algo? Estaba cenando, perdone si…

—¿Quién puso el papelito bajo mi copa?

—Oh, le ruego que nos perdone. Quizás el camarero no vio el…

—No siga. ¿No quiere decírmelo?

La preciosa azafata pelirroja sonrió, en silencio. Brigitte acabó por sonreír también. La negativa era amable, pero firmísima.

—Entiendo. De todos modos, gracias.

—No hay de qué.

La espía regresó a su asiento, lo ocupó, y tras una mirada al siempre amable y dulce Masao Yoshimura, decidió que lo mejor que podía hacer durante aquel vuelo nocturno, era dormir, naturalmente.

El chino no haría nada durante el vuelo.

¡Un chino! ¿Qué demonios tenía que ver un chino con todo aquel asunto?

Capítulo VI

Hacia las seis de la mañana, el avión tomó tierra en Los Ángeles International Airport. A las siete, Brigitte Montfort y Masao Yoshimura quedaban alojados en dos cabañas del motel Naranjos, en Santa Mónica. Brigitte ocupó la cabaña número 10, y Masao la número 12, contigua, separada por un pequeño jardín con naranjos, setos y madreselvas.

Cuando el encargado del motel dejó el equipaje de Brigitte en la cabaña de esta, Masao dijo, apenas el hombre hubo salido:

—Aquí estaremos seguros. Nadie nos conoce.

Brigitte se quedó mirándolo atentamente. No sabía si considerarlo tonto o demasiado listo. ¿En verdad creía que allí iban a estar seguros, que nadie les conocía?

—¿Vas a dejarme sola? —musitó.

—Creo que será lo mejor.

—¿Por qué?

—No sé… No quiero que piensen nada especial sobre ti.

—A mí no me importa.

—Yo… estaré en la cabaña de al lado, ya sabes… Si me necesitases para algo, solo tienes que llamarme.

—¿Y no sería mejor que pudiese llamarte… en voz baja? ¿No sería eso mucho mejor, Masao? ¿Por qué ocupar dos cabañas pudiendo ocupar una sola?

Masao Yoshimura vaciló. Pero, indudablemente, su carácter era en verdad firme. Se dirigió hacia la puerta, asió el pomo, y dijo, con voz algo ronca:

—Ya sabes dónde encontrarme.

Salió antes de que Brigitte pudiera añadir nada más. Inmediatamente, Brigitte se dirigió a la ventana frontal de la cabaña. Ya era de día, de modo que pudo ver perfectamente a Masao cruzando el pequeño jardín, por un lado.

Y también pudo ver perfectamente al chino del avión. Estaba en un coche, en el asiento de atrás, asomando un poco la cabeza por la ventanilla. No parecía tener demasiado interés en ocultarse. Al volante del coche había otro hombre, y otro junto a este. Pero no pudo ver si también eran chinos.

Miró de nuevo a Masao, que estaba ya subiendo al porche de su cabaña. Su maleta estaba allí, y el encargado del motel estaba esperando, con la llave. Masao le dio una propina, se hizo cargo de la llave, y el hombre se alejó, hacia la cabaña-conserjería, dirigiendo una mirada no demasiado curiosa al coche que ocupaba el chino del avión, estacionado en el cercano *parking* del motel.

Dejó de mirar hacia el coche del chino, para mirar hacia todos lados.

No había ni rastro del hombre de los lunares junto a la boca, el guapo moreno de esbelta figura.

Frunciendo el ceño, la espía fue a mirar por la ventana trasera de la cabaña, hacia la parte de los jardines interiores. No se sorprendió lo más mínimo al ver allí al hombre de los lunares, más o menos escondido detrás de una gigantesca palmera.

Parecía que no disponía de vehículo, por lo que, evidentemente, estaba en inferioridad de condiciones con respecto al chino…

Volvió a la ventana frontal, mirando de nuevo hacia el coche del oriental. Continuaba allí. El chino había desaparecido de la ventanilla. El hombre del volante estaba inmóvil, con las manos sobre el aro. Nadie parecía tener prisa allí, pero el cerco se iba estrechando casi de un modo descarado.

Brigitte abrió su maletín, sacó la radio y la accionó.

—¿Simón?

—Diga, Baby.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien. Supongo que se ha dado cuenta de que dos de los pasajeros sentían gran interés por usted y Yoshimura. Uno de ellos estaba alojado en el Atlantic Motel… ¿Sabe a cuál me refiero?

—¿Al de los lunares junto a la boca?

—Exactamente. Lo tiene ahora en el jardín del motel, en la parte de atrás de sus cabañas. ¿Lo ha visto?

—Desde luego. También he visto al chino. ¿Disponemos de coche?

—Llamé desde Miami. Simón II y yo disponemos de dos hermosos autos, que nos están esperando en el aeropuerto.

—Espléndido. Dígame una cosa, Simón; ¿no han notado que ningún otro pasajero haya demostrado un especial interés por mí…, por Yoshimura y por mí?

—¿Se refiere al que le dio la nota a la azafata?

—¡¿Lo vieron?! —exclamó Brigitte, vivamente interesada.

—Desde luego. Estuvo hablando unos segundos con la azafata. Le dio la nota, ella sonrió como si le conociera muy bien, asintió con la cabeza y fue al bar. Encargó las dos copas de champaña, puso el papelito debajo, y se las sirvió a usted y al japonés.

—¡Buen trabajo, Simón! ¿Quién es el hombre?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿Acaso no teníamos un agente esperando en el aeropuerto con los coches?

—Así es.

—¿Y no le encargaron que siguiera a ese hombre del papelito?

—Imposible: había desaparecido.

—¿Había…? ¿Qué está diciendo? —se irritó la espía.

—Desapareció. Se esfumó delante de nuestras narices.

—¡¿Cómo quiere que yo crea que un hombre desaparece en un avión?! ¿Está bromeando?

—Ojalá. Le diré lo que ocurrió. El hombre del papelito era un tipo como de sesenta años, de espaldas anchas, pero un poco encorvado. Llevaba lentes, barba blanca todavía un poco gris, y fumaba en pipa. Se pasó el viaje del modo más apacible que pueda imaginarse. Tenía un rostro simpático, de vejete… granuja. Un tipo facilísimo de identificar. Muy bien. Pues llegamos al aeropuerto. Simón II y yo bajamos los primeros del avión, y nos colocamos discretamente a un lado, para ir viendo descender a los pasajeros del vuelo… Salieron todos: usted, Yoshimura, el chino, el tipo de los lunares… Todos. Todos…, excepto el hombre de las barbas y la pipa.

—¿Se quedó en el avión?

—No. ¿Cómo tengo que decirle que se esfumó? Desapareció, se hizo humo, voló por su cuenta. Nada. Ni rastro.

—Supongo —masculló acremente Brigitte— que usted se ha dado cuenta de la jugada, Simón.

El suspiro de su compañero llegó hasta la agente Baby.

—Demasiado tarde, querida. En efecto, las barbas, los lentes, la pipa… Todo era un disfraz. Deduzco, con irrefutable lógica, que nuestro barbudo enemigo efectuó una metamorfosis en los lavabos poco antes de tomar tierra, estuvo allí hasta ese momento, y salió tan ricamente del avión, convertido en otra persona muy distinta. Lo siento.

—¡Lo siente! ¿Es que ni siquiera pudo darse cuenta de que las barbas y todo lo demás eran un disfraz?

—Mire, Baby, se me advirtió que usted es muy lista. Yo no soy un retrasado mental, precisamente. Queda esto bien claro desde el momento en que me eligieron para vigilar a un japonés que pedía una bomba atómica. Dicho esto, le diré que me juego el cuello a que usted tampoco se habría dado cuenta de que aquel hombre llevaba cualquier clase de postizos. Es un maestro. Entiéndalo bien: un maestro. No un espía más o menos astuto y habilidoso, sino un auténtico maestro. Ese hombre se la da con queso al mundo entero.

—¿No habló nada, no le oyó una sola palabra…?

—Nada. Lo mismo puede ser ruso, que alemán, checo, americano… Pero, eso sí: un maestro. Lo cual celebro mucho.

—¿Por qué?

—Porque es amigo de usted. Es fácil deducir eso, Baby.

—¿Era alto, bajo, gordo, flaco, ojos claros, oscuros…?

—Tiene que ser alto. Una mandíbula grande y fuerte. Manos muy bronceadas. Eso es todo.

—Bien… —se resignó Brigitte—. Supongo que aparecerá cuando le parezca oportuno.

—Seguramente. ¿Qué hacemos?

—Nada. Vigilar y esperar mis instrucciones.

—*Okay*.

Brigitte cortó la comunicación y quedó pensativa. De pronto, sonrió, y alzó un dedito, moviéndolo como si estuviese amonestando a alguien.

—Ah, granuja, granuja…

Casi riendo, volvió a mirar a una y otra ventana. La vigilancia por parte del chino y del hombre de los lunares continuaba, por supuesto. Y la idea de que se cansasen de esperar pasó por la mente de la espía. ¿Qué ocurriría entonces?

Abrió la maleta, sacó un diminuto pijama de pantalones hasta las rodillas y corpiño hasta el ombligo, casi transparentes ambas prendas, y las metió en el maletín. Guardó la maleta en el armario, cogió el maletín y salió de la cabaña.

Con su pasito vivo y menudo, tan airoso, se dirigió hacia el seto que separaba la cabaña 10 de la 12. Lo cruzó fácilmente, y continuó hasta el porche de la cabaña 12. Subió, alzó una manita sobre la puerta… y se quedó así. Volvió ligeramente la cabeza, mirando de reojo hacia el coche del chino. Dejó el maletín en el suelo, lo abrió, y simuló buscar algo en él, mientras oía a través de la puerta la voz de Masao Yoshimura…, solo que en japonés. Dado que Masao era un hombre perfectamente equilibrado y más bien silencioso, la idea de que estuviese hablando consigo mismo no convenció en absoluto a la espía. Por tanto, alguien estaba allí, con Masao Yoshimura.

Tras una brevísima vacilación, Brigitte llamó a la puerta. La voz de Masao dejó de oírse un instante. Luego, sé oyó, precipitada. Y finalmente dejó de oírse, hasta que sonó al otro lado de la puerta.

—¿Quién…?

—Masao, soy yo…

El japonés abrió, y se quedó mirando casi enfurruñado a Baby.

—¿Te ocurre algo?

—Tengo miedo.

—Oh, vamos, Brigitte, no seas niña…

—Creí que te gustaban los niños.

—Ve a descansar un rato. Puedes dormir unas horas.

—Quiero dormir aquí, contigo. Tengo mucho miedo, Masao… Si me quedo sola en esa cabaña, gritaré, pediré socorros… ¡Tengo mucho miedo!

—Está bien… ¡Está bien, pasa!

Brigitte entró, y Masao cerró rápidamente la puerta. La espía se dirigió directamente al dormitorio, pero allí no había nadie. Dejó el maletín, fue hacia el baño, y miró, y por último echó un vistazo a la diminuta cocina.

No solo no había nadie, sino que las puertas y ventanas estaban cerradas por dentro.

—¿Ya se ha ido? —preguntó.

—¿Quién? —musitó Masao, que la había seguido silenciosamente, frunció el ceño, mientras un nuevo interés aparecía

en sus negras pupilas.

—Tu amigo. Estoy segura de que aquí había alguien… Y tú estabas hablando con esa persona en japonés. Te he oído, Masao.

—No hay nadie aquí.

—Ya me doy cuenta. Pero había alguien. ¿Era uno de tus amigos?

—He estado solo en todo momento. ¿Qué prefieres: dormir un rato más o pedir algo para desayunar?

—Todavía no lo sé. Depende…

—Depende, ¿de qué?

—De lo que quieras hacer tú.

—Tampoco lo sé… ¿Quieres un cigarrillo?

Brigitte lo aceptó. Se sentó en el sofá y se quedó mirando a Yoshimura, con el cigarrillo en los labios. El japonés estaba muy pensativo; tardó algunos segundos en darse cuenta de que ella estaba esperando que le encendiera el cigarrillo.

—Oh… Perdona.

Se lo encendió; y cuando iba a retirar la mano, Brigitte se la cogió, tirando de él, para que se sentase a su lado.

—¿Por qué me engañas, Masao? —susurró quedamente.

—No te engaño.

—Sí. Y, además, estás… asustado. Casi diría que más que yo. Se nota fácilmente. ¿Por qué estás asustado?

—No estoy asustado.

—Muy asustado —sonrió dulcemente la espía—. Y desconcertado, confuso…, casi desesperado. ¿Por qué? ¿Yo no podría ayudarte?

—¿Tú?

—¿Por qué no? Ya sé que solo soy una chica tonta, pero te quiero. A veces, los tontos consiguen lo que no consiguen los listos. Dime la verdad: ¿has venido a hacer algo malo en mi país?

—No.

—Estás mintiendo. —Brigitte se acercó a él, entornando los ojos, apretándose suavemente contra el japonés—. Estás mintiendo todo el rato.

—¿Y tú no? —sonrió secamente Yoshimura.

—¿Yo? ¿En qué puedo yo mentir?

—Dices que me quieres… Mentira. Pero no importa… No

necesito que nadie me quiera. Eso es… una pequeñez.

Brigitte dejó caer el cigarrillo y se apretó más contra Yoshimura, besándole lenta, dulcemente, en el cuello, en la barbilla, en los labios…

—Puedo demostrarte en cualquier momento que te amo, Masao. Pero, aun así, si estuviera segura de que estabas tramando algo contra Estados Unidos, llamaría a la Policía. Dime que no es nada de eso…, y yo haré siempre lo que tú quieras, iré contigo a Tokio… Siempre a tu lado. Ya no estarás más solo, Masao, mi vida…

—No estoy solo —protestó demasiado firmemente Yoshimura.

—Eres como un niño mucho más tonto que yo, querido. —Brigitte le pasó cariñosamente un dedito por los labios, mirándolos—. Ni siquiera sabes mentir. Has estado siempre solo, sin amor, sin amistad, sin cariño de ninguna clase… Lo sé, lo intuyo. Y ahora estás en un país extraño, queriendo hacer algo que quizás es superior a tus fuerzas, algo para lo que no estás preparado. Por eso estás asustado y desconcertado. Ya, ni siquiera sabes si lo que tienes que hacer es bueno o malo, tienes duda sobre algo, vacilas, desconfías… ¿Estás seguro de que yo no podría ayudarte?

—No… no lo sé, Brigitte…

La espía le dio un besito en los labios.

—Pobre niño mío… —susurró—. Tienes miedo, estás solo… ¿Qué es lo que te tiene tan asustado? ¿Lo que has de hacer? ¿Por qué no me lo cuentas, y así podremos decidirlo entre los dos? Quiero ayudarte, mi amor…

Atrajo la cabeza del japonés hacia su pecho. El rostro de Masao Yoshimura descansó en tan cálido y dulce apoyo. Parecía que se había relajado un poco, y cuando suspiró, el aire de su boca atravesó la tela del vestido de la espía.

—¿Te sientes mejor?

—Brigitte, te aseguro que no estoy haciendo nada malo…

—Quizá tú crees que no lo es…, y sí lo es.

—No… No lo es. No es malo lo que yo quiero hacer, pero temo que haya mentira en algo, en alguna parte. Siento…, presiento que todo es demasiado hermoso para que sea cierto, para que yo sea el destinado a conseguirlo… Y creo que me están engañando. No sé por qué, pero tengo ese triste presentimiento.

—¿Quién te está engañando?

—Todos. Tú también. Pero, sobre todo, si lo pienso despacio, me parece que me engañan los que más me han prometido a cambio de mi trabajo.

—¿Qué te han prometido?

—La paz para siempre en el mundo.

—¡La paz para siempre…! ¡Eso no puede conseguirse, Masao!

—Sí… Sí se puede conseguir… Sería un hecho indiscutible si fuese cierto lo de las grageas, si Estados Unidos aceptara…

—¿De qué estás hablando?

La voz de Baby era apenas un murmullo y sus manitas acariciaban la cabeza de Masao Yoshimura, que se iba relajando, como si la dulzura del seno en el cual descansaba se fuese adentrando en él, penetrándole, y las manos alejaran cualquier pensamiento que pasara por su mente, excepto los que se referían al asunto que le obsesionaba.

—¿Tú me creerías si te dijera que hay algo que puede… anular la radiactividad de una explosión atómica? —deslizó.

—Si tú lo dices…

—Es una gragea, llamada «AntiA». El país que la posea, estará inmunizado contra la radiactividad, de modo que sería… el más poderoso del mundo Y yo… he venido a Estados Unidos para ofrecerles esa gragea.

—¿A cambio de qué?

—De nada. De nada, realmente. Bueno, solo pedimos una bomba atómica, para explotarla en un lugar conveniente, para la prueba final… Y cuanto más lo pienso, más me convenzo de que esto es absurdo. Nadie querrá dar una bomba atómica. Ni siquiera Estados Unidos. Y, sin embargo, algo me tiene… desconcertado… Tú tienes razón. Y asustado, porque creo… creo que sí entregó alguien una bomba atómica…

—¿Rusia?

—Sí…

—¿No te la entregaron a ti? Aquel espía ruso y sus dos amigos fueron a Miami a reclamártela a ti. Y a mí, porque creían que estábamos trabajando los dos en lo mismo. ¿Es la primera vez que pides una bomba atómica, Masao?

—Claro… Tiene gracia… Hablamos de pedir bombas atómicas como si fuese una cosa natural, corriente. Estados Unidos debería

entregarla, en bien de todos, para la prueba final. Pero…

—Pero si Rusia ya entregó una… ¿por qué pedirle a Estados Unidos otra? ¿Es eso lo que piensas?

—Eso pienso.

—Dime, Masao: ¿quién te ha enviado a pedir una bomba atómica a Estados Unidos?

—Eee… No debo decirlo. Ya me advirtieron que no confiase en nadie, que querrían matarme, quizás. Y así ha sido, y… —Masao Yoshimura se incorporó, de pronto, y se quedó mirando los azules ojos—. ¿Y quién eres tú, a fin de cuentas? ¿Por qué te estoy contando esto?

—Quizá te has enamorado de mí…, como yo de ti.

—Mientes.

—No, Masao. No miento. Seguramente, es cierto que tú eres capaz de ver esa… luz infantil en los ojos de las personas. Pero no eres el único en tener ese poder de conocimiento sobre las personas. Yo también sé distinguir al bueno del malo.

—¿Y… vas a decirme que yo te parezco bueno?

—Fundamentalmente bueno.

Masao frunció el ceño.

—Cuanto más lo pienso, más me sorprende esa súbita aparición tuya en mi vida —susurró—. Así, de pronto, aparece ante mí una hermosa mujer americana, que me dice *sayonara*, me sonríe, me besa, dice amarme…, y está dispuesta a entregarme todo lo que yo le pida. Sin motivos, sin fundamento, en menos de veinticuatro horas. Demasiado hermoso.

Brigitte sonrió.

—También es demasiado hermoso lo de la «Gragea AntiA», y has creído en ella.

—Empiezo a temer que soy un pobre tonto. No debí salir nunca de mi consultorio de Tokio.

—¿Por qué has de creer que todos queremos engañarte?

—No lo sé…

Brigitte se abrazó a su cuello, ofreciendo los labios, que Masao tomó con la lentitud de quien teme quemarse definitivamente. Ella le acarició la nuca, riendo dulcemente.

—En verdad que eres un niño, Masao. ¿No quieres confiar… completamente en mí?

—¿Por qué he de hacerlo? ¿Qué necesidad tienes de saber nada? ¿Para qué? Ya… ya te he dicho demasiado.

—Si continúas desconfiando de mí, creo que me iré de tu lado, jamás volverás a verme. Aunque supongo que eso… no te importa. Quizás eres tú quien me está engañando a mí.

—No… Eso no, Brigitte. —El abrazo del japonés se estrechó—. Yo no te he mentido en nada. Pero no quiero decirte nada más.

—¿Me llevarás contigo a Tokio?

—Si de verdad lo deseas, si de verdad me amas…

—Masao, eres tan exigente… —Ella le besó en la barbilla—. ¿No hay manera de convencerte?

—Quizás.

—Mira… Dime solo por qué has tenido que ser tú quien ha venido a Estados Unidos con eso de la gragea, y quién te ha enviado. Dime solamente eso, para que yo sepa a quién deberé culpar si te han engañado… Dime solo eso, y no te haré más preguntas. Si te ocurre algo, quiero saber a quién tengo que odiar, por haberte metido en esto, por haberme metido a mí… ¿No me lo dices?

—Noboru Tanaka —se derrotó Yoshimura, vacilante—. Y no preguntes nada más.

Brigitte asintió con la cabeza. Recogió el maletín de junto al sofá, fue al dormitorio, sacó un pequeño aparato del maletín, apretó un botón y empezó a oír el suavísimo tic-tic-tic-tic-tic… mientras la diminuta aguja apuntaba inmediatamente hacia el armario. Fue allá, lo abrió, vio la maleta y la abrió. La aguja estaba fija, y el tic-tic-tic era ahora solamente un casi inaudible silbido.

Se quedó mirando la pequeña radio de bolsillo que Yoshimura tenía en la maleta, dejada allí rápidamente. Sonrió, cerró la maleta y el armario, y se puso el pijama, tranquilamente, convencida en todo momento de que el japonés había permanecido en el sofá.

Ya con el gracioso y transparente pijama puesto, apareció sonriendo dulcemente en la puerta.

—Ni siquiera son las ocho de la mañana… ¿Qué hacemos, Masao?

Capítulo VII

Apenas oscurecido, Masao Yoshimura empezó a mirar su reloj. Y a las nueve en punto, es decir, después de haberlo mirado no menos de una docena de veces, se puso en pie. Brigitte, sentada junto a él en el sofá, desvió su atención de la música que brotaba de la radio de la cabaña.

—¿Has vuelto a ponerte nervioso?

—No.

Yoshimura se dirigió al dormitorio, entró y cerró la puerta, como distraído. Brigitte esperó unos segundos antes de ponerse en pie y acercarse a la puerta. Naturalmente, se dedicó a escuchar, con la orejita pegada a la madera. Sonrió al oír el murmullo de la voz de Yoshimura, de nuevo hablando en su idioma. Con lo cual, ella no pudo entender ni una sola palabra.

No obstante, y a pesar de que la música de la radio lo dificultaba todavía más, permaneció escuchando hasta que dejó de oír la voz del japonés. Entonces, regresó a toda prisa al sofá, se sentó y se quedó mirando la radio, como embelesada por la música.

La puerta se abrió, y Masao apareció en el umbral.

—Voy a salir —dijo.

Brigitte lo miró, sonriendo, como si todavía estuviese en éxtasis musical. Parecía no haber comprendido, pero sí comprendió, de pronto, y se puso en pie de un salto.

—¿Te vas? —exclamó.

—Sí. Tengo algo que hacer.

—Masao, llévame contigo, no me dejes sola en este…

—Aquí estás segura. Espero volver pronto, y entonces todo estará solucionado.

—¡Todo…! ¿Cómo vas a solucionarlo todo?

—Aún no lo sé. Pero cuando vuelva podremos estar tranquilos.

—¿Podremos… marcharnos juntos… a Tokio?

Yoshimura asintió sombríamente.

—Si de verdad quieres venir conmigo, si lo has pensado bien…

—He tenido todo un día para convencerme que siempre querré estar contigo —sonrió cariñosamente la espía.

—Entonces, espérame aquí. Te lo suplico, Brigitte. Todo lo que tienes que hacer es esperarme aquí. Solo eso.

Baby se sentó en el sofá, brillantes los ojos.

—No importa cuánto tardes, Masao: yo te esperaré.

El japonés vaciló. Se acercó por fin a ella y la besó profundamente en los labios. Luego, se dirigió de nuevo al dormitorio…

—¿Piensas llevarte tu equipaje? —musitó Brigitte.

—Voy a salir por la ventana de atrás.

—Pero…

—Brigitte, por favor…

Ella se mordió los labios.

—Está bien. Yo… confío en ti, Masao.

El japonés volvió a mover afirmativamente la cabeza, entró en el dormitorio, cerró la puerta…

Brigitte volvió a esperar unos segundos. Apenas quince. Luego, entró ella en el dormitorio, comprobando que, en efecto, Masao Yoshimura se había marchado. La ventana estaba cerrada, pero sin pestillo por dentro.

La divina espía abrió su maletín, sacó la radio, y llamó:

—¿Simón?

—Lo hemos visto. Y al hombre de los lunares también. Va tras el japonés, a pie, hacia la salida del motel.

—Lo va a seguir. Déjenlo que lo haga. A su vez, usted y yo seguiremos al de los lunares, en uno de los coches. En cuanto a Simón II, tengo algo para él. Deberá localizar a un hombre llamado Noboru Tanaka.

—Noboru Tanaka… Entendido. Vaya, otro japonés, según parece.

—En este asunto hay de todo: americanos, japoneses, chinos, rusos… Eso, que nosotros sepamos. Ya verá como irán apareciendo más personajes. ¿De qué nacionalidad le parece que es el hombre de los lunares?

—Cualquiera sabe.

—Francés —sonrió Brigitte—. Le apuesto una copa de champaña con guinda a que es francés. Falta el británico.

—¿Cómo?

—He tenido muchas horas para pensar, mientras estaba aquí encerrada, esperando que alguien se moviera.

—Bien… ¿Qué está pensando, qué sospecha…?

—No hay tiempo para hablar. Voy a salir por el mismo sitio que Yoshimura. Los chinos continúan delante de la cabaña… Veré de arreglármelas para que no sospechen que queda vacía. Tenga listo el coche a la salida del motel. Y Simón II que se dedique a localizar a Noboru Tanaka. No he podido llamar antes, porque me ha parecido mejor no separarme de Yoshimura. A ver si conseguimos saber adónde va.

—*Okay*. La espero.

Brigitte cerró la pequeña radio, la guardó en el maletín, cogió este y salió de nuevo al living de la cabaña. Se acercó a la radio, subió un poco más el tono, y fue hacia la ventana. Miró por un lado, con todo cuidado.

El coche donde esperaba el chino continuaba allí. Nadie parecía tener prisa, o sentirse preocupado por el tiempo invertido. No muy convencida de que pudiera engañar al chino, entró una vez más en el dormitorio, sin apagar la luz del living, ni cerrar la radio, cuya música se oía ahora con más fuerza.

Cerró la puerta del dormitorio, quedándose a oscuras. Fue a la ventana, la abrió, saltó al jardín trasero, y se deslizó a toda prisa, como una sombra más, hacia la salida del motel, pero dando un conveniente rodeo que la alejaba de la posible vigilancia del chino. Desde luego, si tanto ella como Yoshimura conseguían alejarse de allí sin que el chino se enterase, este demostraría ser un espía de muy poca categoría.

Todavía con la incertidumbre respecto a si el chino se había dado o no cuenta de la jugada, la espía de la CIA salió del motel. Un coche enorme, negro, esperaba a unas treinta yardas de allá, bajo la gran sombra de un plátano. Y el brazo de Simón apareció en la ventanilla haciéndole señas de que se apresurase.

Cuando Brigitte entró en el coche. Simón lo puso en marcha inmediatamente, refunfuñando.

—Se nos van a escapar…

—¿Acaso disponen de coches?

—Masao Yoshimura ha sido recogido por un automóvil. El hombre de los lunares ha tenido esperando un taxi todo el día, sépalo.

—Eso le costará una buena propina —sonrió Brigitte—. Me pregunto cuál es el juego de todo el mundo. Nos hemos reunido un montón de espías en torno a Masao Yoshimura, y, al contrario de otras veces, ninguno de nosotros parece esforzarse demasiado en ocultar a los demás que todos somos espías.

—¿Le sugiere algo esto?

Brigitte se había vuelto en el asiento, para mirar por el cristal zaguero. No vio el coche del chino.

—El chino, desde luego, es un espía de juguete. O tiene un juego especial. Sí, me sugiere algo, Simón: que todos hemos comprendido que el asunto es de una importancia tal que es indiferente que seamos o no seamos identificados como espías… ¡Ahí viene el chino! ¡Menos mal!

—¿Le alegra que venga detrás de nosotros? —masculló Simón.

—Me fastidia pelear con espías de poca categoría —corrigió la divina—. Eso es todo. Ahora, nosotros vamos a despistar al chino, y luego seguiremos tranquilamente al amigo de los lunares, y por tanto al bondadoso Masao Yoshimura. Gire a la izquierda.

—¿Que gire…? ¡Vamos a perder de vista el taxi que…!

—Volveremos a encontrarlo. Gire.

Simón encogió los hombros. Movió el volante, el coche tomó el cruce…, y el taxi del hombre de los lunares y el coche de Masao Yoshimura continuaron adelante. El espía soltó un gruñido, mirando de reojo a la famosísima agente Baby, que se limitaba a sonreír, mirando hacia atrás.

—Ahora, a la derecha. Luego, recto unas quinientas yardas…

—¿Conoce la ciudad?

—Querido Simón: la agente Baby conoce todos los lugares interesantes del mundo… Apriete. Más deprisa. Lo estamos desconcertando… A la derecha. Después, otra vez a la derecha.

Durante tres minutos, Simón estuvo obedeciendo las indicaciones de Brigitte. Al cabo de ese tiempo, la espía se echó a reír.

—Vuelva a la Avenida Capistrano.

—¿Nos están esperando Yoshimura y el de los lunares? —ironizó Simón.

—No es necesario.

Abrió el maletín, sacó lo que, a todas luces, era una bonita brújula-reloj de orfebrería, y apretó la ruedecita que se suponía daba cuerda al reloj.

Inmediatamente, la aguja de la brújula señaló recto hacia delante, o sea, hacia el oeste; lo cual no dejaba de ser sorprendente en una brújula, que siempre apunta hacia el norte.

—Perfecto, Simón. Siga a buena marcha. Los veremos pronto… si no se alejan más de una milla. ¿No es sorprendente? Me permití poner en un bolsillo de Yoshimura una moneda de centavo muy especial, y ahora sabemos dónde está la moneda… y Yoshimura.

—Le compro ese maletín —rio Simón, aliviado, y, en realidad, divertido.

—Ni por un millón de dólares, querido. Le debo la vida un montón de veces… Nos estamos acercando… Modere la marcha…

—Estoy viendo el taxi.

—Magnífico. ¿Un cigarrillo?

—Si es de su maletín, no. Seguro que me explotaría bajo las narizotas.

Brigitte se echó a reír, encendió dos cigarrillos, colocó uno en la boca de Simón, y se quedó mirándolo maliciosamente.

—¿Por qué siempre me han de asignar unos compañeros tan guapos?

—Usted se lo merece todo —rio Simón, echando un vistazo al retrovisor—. ¿No viene el chino?

—Olvídelo. Está practicando el turismo en esta bella ciudad.

* * *

El taxi se detuvo por fin en las afueras de Santa Mónica, hacia el sur, muy cerca del mar, y Simón detuvo inmediatamente el coche, apartándolo del camino de tierra que habían estado siguiendo desde un par de minutos antes. Vieron perfectamente al hombre de los lunares apearse del auto, que dio media vuelta, salió del camino y quedó metido entre unos pinos, en la sombra.

—Ese taxista debe de estar sintiendo la emoción de la aventura

—comentó Simón.

—Sería estupendo que pudiese contarlo —musitó Brigitte—. Vamos a seguir a nuestros amigos, Simón.

Salieron del coche, y, como el sujeto de los lunares, caminaron por entre los pinos hacia la gran verja altísima que se veía al fondo, recortándose en la noche estrellada, con luna creciente. Lo vieron detenerse y mirar hacia la gran entrada de lo que parecía una quinta de enormes proporciones, junto al mar. Completamente rodeada de verjas, con un jardín grandioso, atestado de árboles de varias clases. Brigitte sacó sus prismáticos plegables del maletín, los extendió y miró hacia la entrada. Entre los dos gruesos pilares y arriba, había un gran enrejado de hierro forjado, al cual se habían fijado unas grandes letras de tono claro.

—No veo bien…

Se acercaron un poco más, y Brigitte volvió a enfocar los prismáticos hacia allí.

—Parece que pone…

—El de los lunares se va hacia un lado de la verja.

—Va a entrar. Déjelo. Luego entraremos nosotros. Ahí pone… Sí, seguro: Japamerican Pictures.

—¡Una productora de películas! —exclamó Simón.

—Exacto. Parece… una sociedad americano-japonesa, ¿no cree? El nombre así lo sugiere: Japamerican. Bien… Yo diría que estamos en el buen camino, Simón. Piotor Stalinov dijo que habían localizado a Masao Yoshimura cuando él llegó desde Japón a una productora cinematográfica. Y no me parece descabellado suponer que sea esa.

—Entiendo que Stalinov estaba vigilando esa productora de cine.

—Ajá… Algo ocurrió… Parece ser que por medio de un hombre llegaron a esta productora… ¿Qué fue lo que me dijo Stalinov…? Mmm… Dijo que uno de los hombres que consiguieron matar cuando lo de la bomba, fue identificado, porque era un actor de una productora cinematográfica…, que tiene que ser esta ante la cual estamos. Un actor llamado expresamente a Japón. Luego, parece que supieron que Masao Yoshimura llegaba también a la productora, y se dedicaron a vigilarlo. Parece que no consiguieron enterarse de nada mientras Yoshimura estuvo aquí, de modo que

decidieron seguirlo a ver qué ocurría. Y lo que ocurrió fue que, en Miami, Yoshimura efectuó contacto con una espía norteamericana… Eso disgustó al ruso Stalinov, que pensó cualquier barbaridad, y decidió intervenir, pidiendo explicaciones sobre una bomba atómica robada a Rusia. Me gustaría saber cómo ocurrieron las cosas.

—Stalinov ya no podrá decírselo.

—No, claro —sonrió secamente Brigitte—. Pero quizá sí puedan decírmelo el chino o el hombre de los lunares en la boca.

—¿Cree que ellos también han seguido el mismo camino que Stalinov, vigilando la productora, a Masao Yoshimura…?

—De un modo u otro, algo así están haciendo. Piotor Stalinov encontró la productora por medio del hombre que mataron «cuando lo de la bomba». El de los lunares y el chino deben de haber seguido quizá pistas diferentes, pero lo cierto es que están detrás de Masao Yoshimura… Y el pobre Masao…

—¿Por qué lo llama «pobre»? —gruñó Simón—. Es evidente que él forma parte de ese proyecto peticionario de bombas atómicas.

—Yo me entiendo, Simón. Bien… Parece que no es solo Rusia quien tiene motivos para pedir explicaciones, sino también China. El de los lunares debe de ser francés… Quizás inglés. Por supuesto, su nacionalidad no ofrece demasiadas dudas. Tiene que ser agente secreto de un país que disponga de bombas atómicas.

—Es una conclusión… que da mucho que pensar. ¿Cree que Masao Yoshimura se dedica a pedir bombas a los países que las tienen?

—Parece evidente.

—En cuyo caso, debemos creer que esa… prueba de la «Gragea AntiA» se ha realizado en diversas ocasiones, antes.

—Eso parece, sí… Pero, Simón, ¿no le huele todo esto a sangre?

—¿Cómo?

—Nada —se estremeció Brigitte—. Vamos a ver si conseguimos escalar esas verjas, detrás de nuestro amigo de los lunares.

Llegaron poco después a un lado de las verjas de la grandiosa quinta. No había ni una sola luz, ni un ruido… Excepto el rumor del mar, que debía de estar muy cerca.

—Tíreme el maletín cuando… Espere… Creo que pasa por entre dos barrotes… Ajajá…

Dejó el maletín al otro lado de las verjas, y se dispuso a

escalarlas; pero como viera que Simón hacía lo mismo, se detuvo.

—No, Simón, usted no. Espéreme aquí. Mientras tanto, llame a Simón II, y dígale que a la investigación del nombre de Noboru Tanaka, añada la investigación en torno a la Japamerican Pictures.

—Creo que no es prudente que entre usted sola…

—Si no salgo, estoy segura de que usted pasará los suficiente datos a la CIA para que todo siga adelante. Y tenga bien presente una cosa: si queremos saber lo que una fiera hará con un hombre…, solo tenemos que echarle un hombre entre las zarpas.

—¿Qué quiere decir?

—No lo olvide —sonrió la espía—. De todos modos, espero volver. Yo siempre vuelvo, Simón. Pero no olvide lo que le he dicho.

—Es innecesario que insista tanto. No lo olvidaré. Y, para más seguridad, se lo traspasaré enseguida, por la radio, a Simón II.

—Estupendo. Hasta la vista, espía.

Escaló la verja con absoluta facilidad, rebasó las puntas de lanza que las remataban, en lo alto, y se deslizó por el otro lado. Cuando llegó de nuevo, al suelo, todavía Simón estaba mirándola, con gesto inquieto, preocupado.

Brigitte le guiñó un ojo, recogió su maletín, y poco después desaparecía en el grandísimo y frondoso jardín de la Japamerican Pictures.

Capítulo VIII

Naturalmente, más que espiar los movimientos del hombre de los lunares, le interesaba espiar los de Masao Yoshimura. De modo que poco después se detenía, sacaba el detector y se quedaba mirando la aguja luminosa, que señalaba hacia el frente.

Siempre siguiendo la dirección que marcaba la aguja, fue atravesando el jardín, hasta que, de pronto, se detuvo. El bosque-jardín acababa bruscamente. Y delante de ella, un edificio de dos plantas solamente, pero que se extendía en una fachada llena de puertas y ventanas no menos de trescientas yardas. Comprendió que eran los estudios propiamente dichos, conteniendo los platós, maquinaria, despachos… Unos estudios grandes, aislados en el centro del enorme calvero rodeado de espeso bosque de pinos, acacias, palmeras… Desde el borde del bosque hasta el edificio había no menos de cien yardas. Una distancia excesiva para recorrerla por terreno descubierto cuando no se quiere ser visto.

Y, sin embargo, la aguja señalaba hacia el edificio, garantizando la presencia de Masao Yoshimura en los estudios. De modo que decidió ir rodeándolo, buscando un lugar más propicio por el cual acercarse, resistiéndose al riesgo de recorrer aquellas cien yardas de terreno descubierto.

Estaba rodeando el edificio de espaldas al mar cuando le pareció oír tras ella el zumbido de un motor, que llegó en un cambio del viento. Dejó de oírlo de pronto…, y volvió a oírlo apenas tres segundos después.

Miró hacia los estudios, frunció el ceño, miró hacia el mar… Vio su brillo, a lo lejos, bajo la luz lunar. Oyó de nuevo el motor, más cerca. De pronto, se detuvo. No era que hubiera vuelto a cambiar el viento, sino que el motor se había detenido, con el clásico zumbido que se va apagando lentamente en las lanchas.

Bien… Masao Yoshimura estaba en el edificio, eso lo sabía. ¿Por

qué no enterarse también de lo que ocurría en la playa privada de la Japamerican Pictures?

Caminó siempre por el bosque, hacia la playa. A unas ciento cincuenta yardas antes de esta, el bosque terminaba. Y allí se detuvo la espía, mirando casi estupefacta las cuatro grandes moles que se veían hincadas en la arena. Unas moles alargadas, circulares, brillantes, con las agudas puntas apuntando hacia el cielo estrellado. Debían de tener una longitud no inferior a los sesenta pies, y parecían…

¡Naturalmente! Parecían cohetes espaciales, de los utilizados para colocar cápsulas en órbita. De unos a otros había unas ochenta yardas, y estaban colocados en los ángulos de un cuadrado perfecto. Más allá, una rampa que parecía de cemento se adentraba en el mar, y en ella se veían un par de aviones de tamaño mediano, de pasajeros. La luna brillaba en las numerosas ventanillas de su costado derecho. Después, sobre la arena, se veían *jeeps*, camiones-oruga, excavadoras, un par de helicópteros…

Cerca de ella, a la izquierda, había instalado un gran toldo que parecía de lona. Debajo, se adivinaban las formas de algunas sillas y mesas pequeñas, y, sobre todo, la inconfundible silueta de las máquinas filmadoras, en número de cuatro. Más cerca del borde del bosque, dos enormes camiones que debían de contener los generadores.

Olvidada de todo, la espía de la CIA se acercó hacia el toldo bajo el cual se veían las máquinas filmadoras, sin dejar de mirar hacia los imponentes cohetes interespaciales, que parecían alargarse hacia el cielo.

Bajo el entoldado había sillas y mesitas, en efecto. Un par de megáfonos, lentes de sol, algún paquete de cigarrillos… Una de las sillas, con respaldo de lona, tenía la inscripción: director. Y en la silla había un tomo de folios encuadernados, abierto casi por el centro. Brigitte sacó una diminuta linterna, y colocó el tomo de modo que la luz dio en la primera página, en la cual estaba el título: «El camino de la Luna», según guión de Shiro Hara, Hideo Fujita y Akira Obayashi. Una ojeada a unas cuantas páginas le bastó para comprender que la presencia de los cuatro cohetes interespaciales estaba perfectamente justificada en aquella playa. Dejó el guión, y más allá, sobre otra silla, vio una de las plaquetas de rodaje…

Estaban en el vigésimo cuarto día de producción, toma sesenta y tres, escena diecinueve…

Dejó la plaqueta, y se quedó mirando los colosos del espacio. Parecían de verdad. Claro que si se acercaba y los miraba detenidamente empezaría a encontrar los fallos que diferenciaban la verdad de la mentira. Se acercó a uno de los cohetes. En un lado se veía pintada la bandera japonesa, el sol naciente; encima, en blanco brillante, las letras JAPAN, verticalmente.

Brigitte alzó la cabeza, sonriendo, mirando hacia el extremo del colosal artefacto, mientras golpeaba con una manita en la superficie que parecía metálica, brillante. Y, como esperaba, oyó el sordo sonido del cartón-piedra utilizado en decorados que precisan rigidez. Era lógico: un buen andamiaje de madera, una buena cantidad de cartón-piedra, una excelente capa de pintura… *et voila!*, ya tenían unos cuantos colosos del espacio.

Volvió al entoldado. No había nada de interés allí. Todo era lo que podía encontrarse corrientemente cuando se deja un trabajo para volver al día siguiente: lentes, algún paquete de cigarrillos, cerillas, un par de bolígrafos… Todo olvidado allí, sin preocupación de ninguna clase.

Se quedó mirando el guión. Por supuesto, los japoneses tenían perfecto derecho a producir una película en la cual fuesen ellos los primeros en llegar a la luna. Solo era una película… Claro que era evidente que esa era la intención de los guionistas: una película en la que Japón era el primer país de la Tierra que conseguía enviar uno… o cuatro cohetes a la luna. Le habría gustado leer el guión, sin duda que era divertido…, y por completo alejado de la realidad, ya que los primeros en llegar a la luna, si es que alguien, realmente, lo conseguía, serían los rusos o los norteamericanos, eso no admitía discu…

El suavísimo crujido de la arena a su espalda la arrancó bruscamente de sus pensamientos, para volverla de un modo brutal a la realidad.

Y su primera reacción al encontrarse de vuelta en la realidad, fue inclinarse hacia delante, encogerse…

De este modo, el golpe de judo que la habría alcanzado de lleno en la nuca le dio en la espalda, casi en los riñones. Se salvó de la inconsciencia, pero, de todos modos, el golpe era tan fuerte que la

hizo caer de rodillas, y casi de bruces, poco menos que paralizada por el golpe, que la dejó sin resuello.

Instantáneamente, un brazo fino, delgado, pero que parecía de acero, rodeó su garganta, partiendo de atrás. Encima de ella, sobre su espalda, notó el aplastante peso de una persona que olía a tabaco con una intensidad casi mareante… Y por encima de todas esas sensaciones, la espía de lujo de la CIA que hacía tan solo dos días que había abandonado su entrenamiento semestral, supo que la presa de garganta estaba destinada a dejarla sin conocimiento por él sistema de pseudoasfixia: un vahído, una especie de cortocircuito en la respiración, un zumbido en las sienes…

Y eso sería todo. A partir de ese momento, quedaría a merced de su desconocido agresor.

Para evitarlo, solo podía hacer una cosa. Y la hizo.

Apoyándose con una mano en la arena, alzó la otra, agarró con toda su fuerza los cabellos del hombre que tenía sobre la espalda, y tiró hacia delante.

Oyó el respingo del hombre. Más que dolor, expresaba sorpresa, sobresalto, incredulidad absoluta.

El hombre pasó por encima de ella y cayó de cabeza en la arena. Lo hizo tan bien, con tan medido cálculo de protección hacia su integridad física, que la espía de lujo de la CIA comprendió en el acto que si salía con bien de aquello se debería casi exclusivamente a su fabulosa suerte en todos los peligrosos momentos de su vida.

El hombre rodó, se puso en pie al mismo tiempo que ella, y se quedó mirándola, inmóvil como una estatua, con las manos por delante, un pie más adelantado que el otro. La certidumbre de que su enemigo era, cuando menos, un cinturón negro de judo, hizo germinar en la mente de Brigitte la idea de intentar escapar de allí en franca, vergonzosa… pero muy conveniente huida. Se pasaba la vida refunfuñando porque le ponían delante enemigos de poca categoría, y, de pronto, allá tenía uno que tenía… demasiada. Demasiada categoría.

Era un japonés, que mostró los blancos dientes en una sonrisa alegre y al mismo tiempo feroz.

—Sabes pelear —dijo en inglés clarísimo—. Peleemos, porque yo también sé.

Pero saber pelear de modo deportivo es una cosa. Y saber pelear

a vida o muerte es otra muy diferente. Cuando dos enemigos con igualdad aproximada de conocimientos se enfrentan, el resultado de la pelea depende, casi siempre, de la suerte, de la facilidad para aprovechar el momento oportuno… Cuando dos enemigos con igualdad de conocimientos se enfrentan, y uno de ellos ha salvado la vida en docenas de ocasiones gracias al juego sucio, siempre perderá el que considere que el judo es un deporte, un juego limpio.

Y si había alguien allí que supiera jugar sucio, era la espía de lujo de la CIA, con el nombre clave de Baby. Adelantó una mano, y cuando el japonés se acercó un poco más, la impulsó con fuerza hacia delante… La arena que aquella manita delicada había cogido fue de lleno a los ojos del japonés, que relajó la guardia instintivamente, queriendo proteger, ya demasiado tarde, sus ojos, llenos de arena. Cuando vino a darse cuenta de que aquel gesto le dejaba inerme, ya había recibido el puntapié en el vientre, justo en el sitio más doloroso. Olvidó sus ojos llenos de arena, adelantó las manos y asió los finos cabellos de la mujer, que en aquel momento le estaba golpeando de revés en la garganta.

El japonés emitió un ronquido, soltó los cabellos, sus manos fueron hacia la garganta tan salvajemente golpeada…, y recibió el siguiente golpe, también de revés, justo sobre el corazón… Quedó entonces con los ojos abiertos, como si quisieran expulsar la arena que había en ellos… Y el siguiente golpe, ahora como un hachazo vertical, dio de lleno en su frente. Cayó de rodillas… y recibió otro golpe, ahora justo, preciso, matemático, sobre el punto neurálgico de la base del cuello… Cuando estaba cayendo de bruces sobre la arena, todavía recibió otro, en la nuca, que pareció hundirlo, aplastarlo.

Entonces, se oyó el rumor del mar, y solo eso.

Brigitte se dejó caer de rodillas junto al japonés, conteniendo un jadeo de miedo y cansancio. Le dio la vuelta, y se quedó contemplando aquel rostro a la luz de la luna y las estrellas. No conocía al hombre.

Miró hacia el mar, recorriendo toda la orilla. Vio la lancha, como una sombra opaca sobre el blanco brillo de la espuma de la orilla. ¿Cómo podía haber olvidado que había oído un motor, que lógicamente alguien llegaba en una lancha?

Metió las manos bajo las ropas del hombre, buscando un arma.

No había ninguna.

Desde luego, aquel hombre tenía que ser el que había llegado en la lancha poco antes. La había visto, la había estado vigilando, esperando el momento oportuno para atacarla… ¿A quién tenía que recoger en la lancha, o a quién había ido a ver en los estudios de la Japamerican Pictures?

La respuesta parecía simple: Masao Yoshimura.

¿Adónde tenía que llevarlo? Obviamente, aquel japonés no era más que un peón en aquella pelea más intrincada que una auténtica partida de ajedrez. Su misión era recoger a Masao Yoshimura, llevarlo a algún sitio donde debían de estar esperándolo…

Alzó la cabeza vivamente, al oír un rumor humano que se acercaba a la playa desde tierra adentro. Estuvo segura de que había visto los haces luminosos de un par de linternas. Pronto, vio algunas sombras, caminando hacia la playa. Dejó al japonés tendido en la arena, y se arrastró, alejándose de allí. Se acurrucó junto al tronco de una palmera, en el momento en que oía la voz, en japonés:

—Minoru.

Un hombre se adelantó de aquel confuso grupo de figuras humanas.

—¡Minoru!

Se encendió otra linterna. Y el cono de luz pasó por un instante por el rostro de Masao Yoshimura, antes de dirigirse hacia la playa. Otra linterna se encendió, y esta vez iluminó el rostro de un hombre que estaba junto a Masao Yoshimura. Un hombre menudo, de blanca barbita y caído bigote, igualmente blanco; un rostro viejo, arrugado, oscuro, unos ojos diminutos y brillantes… Una de las manos de aquel hombre japonés se alzó, para proteger los ojos de la luz; una mano delicada, frágil, amarillenta, en la que destacaban unas uñas largas color nicotina… Un rostro notable por lo arrugado, lo astuto, lo cruel, lo frío e implacable de sus afiladas facciones sobre la blanca barbita.

Precisamente una de aquellas manos casi espectrales se alzó, y la fina voz dio una orden, en japonés. Ahora se veían varias sombras, moviéndose velozmente de un lado a otro…

—¡Minoru! —se repitió la llamada.

El diminuto japonés de la barbita y la expresión cruel dio una

orden, en su idioma. Casi enseguida, un potente foco partió de uno de los camiones que portaban los generadores eléctricos, directo hacia el primero de los cohetes, pasando muy cerca de Brigitte, que se apretó más contra la palmera que la protegía.

Enseguida, otro foco. Y otro… No menos de media docena de hombres japoneses se movían por la playa, mirando hacia todos lados, mientras los focos iban de un lado a otro, veloces, llenándolo todo de luz.

De pronto, uno de los japoneses señaló. Lanzó un grito, una palabra en japonés, y todos los focos se dirigieron hacia aquel punto, sorprendiendo, pillando de lleno en la cegadora luz, a quien se había atrevido a irrumpir clandestinamente en uno de los escenarios de la producción que se titularía «El camino de la Luna»…

Capítulo IX

Alzó vivamente la cabeza, al oír un rumor humano que se acercaba a la playa desde tierra adentro. Estuvo segura de que había visto los haces luminosos de un par de linternas. Pronto vio algunas sombras, caminando hacia la playa. Dejó tendido en la arena al japonés que acababa de vencer en la pelea de judo, y se arrastró, alejándose de allí. Se acurrucó junto al tronco de una palmera, en el momento en que oía la llamada hacia el japonés que había vencido:

—¡Minoru!

Se encendió otra linterna. Y el cono de luz pasó por un instante por el rostro de Masao Yoshimura, antes de dirigirse hacia la playa. Otra linterna se encendió, y esta vez quedó iluminado el rostro de un hombre que estaba junto a Yoshimura. Un hombre menudo, de blanca barbita y caído bigote, igualmente blanco; un rostro viejo, arrugado, oscuro; unos ojos diminutos y brillantes… Un rostro notable por lo arrugado, lo astuto, lo cruel, lo frío e implacable de sus afiladas facciones sobre la blanca barbita.

Una de las manos de aquel hombre se alzó, al mismo tiempo que daba una orden; una mano delicada, frágil, amarillenta, en la que destacaban unas uñas largas color nicotina… El diminuto japonés dio aquella orden, en su idioma, y enseguida se vieron más sombras, moviéndose velozmente de un lado a otro…

Un potente foco partió de uno de los camiones que portaban los generadores eléctricos, directo hacia el primero de los cohetes espaciales hincados en la arena, pero pasando muy cerca de Brigitte Montfort, la agente de lujo de la CIA con el nombre clave de Baby. La espía se apretó más contra la palmera que la protegía, al mismo tiempo que se encendía otro foco, y otro, y otro… No menos de media docena de japoneses se movían por la playa, veloces, mirando a todas partes…

De pronto, uno de los japoneses señaló; lanzó un grito, una

palabra en japonés, y todos los focos se dirigieron hacia aquel punto, sorprendiendo, pillando de lleno en la cegadora luz, a quien se había atrevido a irrumpir clandestinamente en uno de los escenarios de la producción que se titularía «El camino de la Luna»…

El hombre japonés de la barbita dio otra orden, y los demás japoneses se precipitaron hacia el hombre que, cerca de uno de los cohetes y tendido en la arena como si quisiera hundirse en ella, había sido descubierto bajo los potentes focos que se utilizaban en la Japamerican Pictures para filmaciones en el exterior.

Brigitte se apretó aún más contra la palmera, acurrucada al máximo, afortunadamente todavía invisible en las sombras del borde del gran bosque cercano a la playa. Por un instante, tuvo la insensata idea de ayudar a aquel hombre, que no era otro que el de los lunares, al cual habían venido siguiendo mientras él, a su vez, seguía a Masao Yoshimura.

Fue una idea que duró poquísimo, ya que su mente de espía se adaptó inmediatamente a las circunstancias. El hecho cierto era que el hombre de los lunares debía de haber visto la pelea entre ella y el japonés, y no había hecho el menor gesto para ayudarla. Era lo lógico. Y por eso, sin rencor, solo ateniéndose a las conveniencias personales y de la CIA, la agente Baby permaneció inmóvil, mientras media docena de japoneses se lanzaban contra el hombre de los lunares.

Este se puso en pie al comprender que había sido descubierto. Y tan descubierto… Quedó bañado de luz, guiñando los ojos, cegado por el intenso resplandor de los focos.

Sacó una pistola, pero pronto se convenció de que no iba a conseguir nada con ello. No debía de ver absolutamente nada, debía de estar por completo deslumbrado… Y optó por lo que parecía más conveniente en aquellas circunstancias. Dio media vuelta y echó a correr hacia la playa.

Se oyó otra orden, siempre en japonés, del tipo de la barbita. Los demás japoneses corrían detrás del hombre de los lunares. No se gritaba, no se hacía escándalo… Era el intento de fuga de un agente secreto que había sido descubierto y que comprendía que todas sus posibilidades de conservar la vida estaban en la más veloz huida que pudiera conseguir.

Siempre atrapado por las luces, Brigitte lo vio llegar al borde del mar. Era evidente que pensaba lanzarse a este, sumergirse, intentar escapar nadando, hacia donde fuese.

Parecía que iba a conseguirlo cuando un destello brillante pasó por entre la intensa luz de los focos. El hombre lanzó un alarido entonces, se curvó hacia atrás, llevándose las manos a la espalda. Pero casi en el acto dio media vuelta, alzando la pistola que llevaba en la mano derecha.

Entonces, Brigitte vio otro destello cruzando el raudal de luz. El hombre soltó la pistola y crispó ambas manos en el mango del cuchillo que sobresalía de su pecho… Parecía la escena de una película, con tanta luz…

El hombre de los lunares volvió a girar, mostrando el cuchillo que se había clavado poco antes en su espalda, un nuevo giro, ya con el agua hasta las rodillas, y se vio el del pecho… De pronto, se derrumbó, hundiéndose en la espuma de una diminuta ola que llegaba mansamente a la playa privada de los estudios de cine llamados Japamerican Pictures.

Dos japoneses se metieron en el agua, cogieron cada uno un brazo del hombre de los lunares, y lo arrastraron hacia la orilla, donde estaban esperando Masao Yoshimura y el hombre de la barbita. Masao decía algo, pero el de la barbita movía negativamente la cabeza, sonriendo amablemente, como perdonando las tonterías de un niño.

Otros dos japoneses llegaron arrastrando al desvanecido Minoru, que dejaron a los pies del tipo de la barbita. Este no le hizo el menor caso. Había tendido una mano, y recibió en ella lo que los otros quitaron del cadáver del hombre de los lunares.

Por entre las palabras japonesas, cuatro francesas llegaron a oídos de Brigitte: «Melchior Bondieu. Deuxième Bureau».

El hombre de los lunares se llamaba, pues, Melchior Bondieu, y el japonés de la barbita deducía, por esta nacionalidad, que era un agente del Deuxième Bureau.

El de la barbita señaló a Minoru y la lancha.

Brigitte comprendió perfectamente que estaba ordenando que lo despejaran, para tomar los mandos de la lancha. A Melchior Bondieu lo estaban arrastrando ya, hacia el bosque, peligrosamente cerca de donde ella estaba. Dirigió una última mirada a Masao

Yoshimura, pero este estaba de espaldas a ella, y no pudo ver la expresión de su rostro. Además, los focos se habían apagado ya, y la visión era de nuevo solo la que la luna podía proporcionar.

Una ocasión excelente para escapar de allí. Ya volvería… en su momento oportuno.

Agarró con fuerza el asa acolchada de su maletín, y se alejó por el bosque, a toda prisa, pero en el más completo silencio. Rodeó de nuevo el chato y extenso edificio de los estudios, atravesó la otra parte de bosque, y, por fin se detuvo, bajo unos pinos, en la más completa oscuridad. Sacó el detector y lo puso en marcha. La aguja señalaba hacia la playa; es decir, que la pequeña moneda emisora que había colocado en un bolsillo de Masao Yoshimura, estaba en la playa. Por tanto, Yoshimura y el viejo y arrugado japonés de la barbita estaban también allí.

La aguja luminosa permanecía fija, apuntando hacia la playa. De pronto, se desplazó un poco. Otro poco… Luego, fue deslizándose hacia el norte. Era evidente que Masao Yoshimura se iba en la lancha, hacia el norte. La aguja empezó a fallar: bajaba, subía, bajaba, subía… De pronto, llegó de un extremo a otro del aparato, y tras esta brusca agitación quedó quieta, en el punto muerto. Eso quería decir que Masao Yoshimura y el de la barbita estaban a más de una milla de la espía de lujo de la CIA.

Brigitte guardó el aparato, contrariada, y continuó hacia las verjas. Cuando las estaba escalando a toda prisa, tras haber pasado su maletín al exterior, apareció Simón, pistola en mano, expectante. La cogió por la cintura para ayudarla, y luego se quedó mirándola.

—¿Qué ha ocurrido?

—Han matado al de los lunares. Su nombre era, según he entendido, Melchior Bondieu, y parece probable que fuese un agente secreto del Deuxième Bureau.

—Lo siento por él… ¿Y Yoshimura?

—No tenemos mucho tiempo para hablar, Simón. Vaya a recoger el coche y reúnase conmigo donde está escondido el taxi en el que llegó el de los lunares.

—¿Qué está tramando?

—Vaya a por el coche.

Simón se alejó, refunfuñando, pero admitiendo que Baby tenía razón: a veces había tiempo para hablar y a veces no había tiempo.

Y si ella decía que no había tiempo…, pues era que no había tiempo.

Se metió en el coche, lo puso en marcha, lo sacó de entre los árboles hacia el camino, y cruzó este, hacia donde habían visto esconderse el taxi…, que aparecía en aquel momento, silenciosamente, con todas las luces apagadas.

—¡Baby!

La pistola de Simón apareció de nuevo en su mano, pero la cabecita de la espía asomó por la ventanilla.

—Todo va bien, Simón. Alejémonos de aquí. Será mejor que usted me vaya siguiendo.

El taxi pasó junto al imponente coche negro que estaban utilizando los espías. Brigitte iba al volante, y en el asiento de atrás Simón vio fugazmente el cuerpo de un hombre, tendido en el asiento en no demasiado cómoda postura.

Ya lejos de los estudios de la Japamerican Pictures, Brigitte estacionó el taxi delante de una cafetería, y pasó al coche que conducía Simón. Encendió dos cigarrillos, colocó uno en los labios de su compañero, y comentó:

—A veces, hasta para convencer a la gente de que les estás salvando la vida, tienes que darles un par de golpes.

—¿Qué pasó con el taxista?

—Nada. Pero habría pasado si hubiera estado más tiempo esperando a Melchior Bondieu. Creo que le he salvado la vida. ¿Ha dicho algo nuestro querido Simón II?

—No.

—Ha tenido poco tiempo, claro… Volvamos al motel, Simón. Hemos perdido a, Yoshimura, de modo que opino que solo podremos encontrarlo si él vuelve al motel… O si Simón II se entera de todas esas cosas de la Japamerican Pictures o de algo relacionado con el tal Noboru Tanaka.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro?

—Pues… están camino de la luna.

—¿Cómo?

—Se lo explicaré despacio —rio la espía—. Mientras tanto, volvamos al motel. Se me está ocurriendo que mientras esperamos a Masao Yoshimura, quizá nuestro chino esté haciendo lo mismo. Es lo lógico, ¿no?

—Se supone. El motel es la única pista que le queda al hijo del Celeste Imperio. Naturalmente, nos verá…

—Oh, sí… Pero cuando ya sea demasiado tarde.

* * *

La pistola apareció de pronto, como si brotase del suelo, junto a la ventanilla. El hombre que estaba al volante, fumando, se quedó mirándola, atónito, tras un ligero respingo. El maravilloso rostro de la mujer que había hecho contacto con Masao Yoshimura en Miami apareció detrás de la pistola, sonriente, amable… Pero el hombre no se llamó a engaño.

En el asiento de atrás, el chino había llevado su mano derecha al sobaco izquierdo, pero otra pistola apareció en la otra ventanilla casi tocando una oreja del otro hombre, del que se sentaba junto al conductor.

—Las manos quietas, chino —dijo el hombre que la empuñaba.

—Apuesto algo a que tiene un nombre, Simón. No sea descortés.

—Como quiera. —Simón movió la pistola—. ¿Tienen la honorable amabilidad de apearse?

—Venimos en son de paz —aseguró Brigitte—. Estoy convencida de que será muy beneficiosa para todos una amistosa conversación, señor… ¿señor Chan? Salgan del coche… con las manos puestas en la cabeza desde ahora mismo.

Los tres hombres obedecieron. Los dos que habían estado en el asiento delantero eran blancos, norteamericanos, seguramente. Bajo la sombra del árbol donde estaba estacionado el coche, a un lado del *parking* del motel desde donde se veían las cabañas 10 y 12, los tres hombres quedaron con las manos en la cabeza, mientras Simón les quitaba sus pistolas.

—Listo —dijo.

—La conferencia será en la cabaña 10 —dijo Brigitte—. Estoy segura de que no les costará mucho encontrarla. Caminen. Y por si les interesa, les diré que no me importaría lo más mínimo matarlos.

Llegaron a la cabaña 10. Brigitte abrió la puerta, entró y dio la luz, caminando entonces hasta colocarse en el centro del living.

—Ya, Simón.

Primero entraron el chino y los dos americanos. Luego, Simón,

siempre cubriéndoles con su pistola y llevando las otras tres colgadas por el guardamonte del dedo índice de la mano izquierda. Cerró la puerta, colocó en posición de cerrado las persianas graduables y señaló el sofá a los tres hombres.

—Ahí.

Se sentaron los tres, en silencio. Los dos americanos tenían una lógica expresión hosca, pero el chino permanecía impasible. Brigitte se quedó mirándolo unos segundos, atentamente, con una expresión engañosamente amable.

—Supongo que no se llama Chan —musitó.

—No.

—¿Entonces…?

—No creo que eso tenga importancia.

—Ninguna, ciertamente. Pero si hemos de conversar amistosamente no quiero llamarle Chan. Me parecería todo una broma burlona.

—¿Qué clase de conversación amistosa le interesa?

—Pues… Bueno, me parece una tontería preguntarle si usted pertenece al Servicio Secreto chino.

El oriental se quedó mirándola fijamente, sin contestar. Brigitte esperó unos segundos. Por fin, suspirando, se sentó en uno de los silloncitos, cruzando sus magníficas piernas…, que no impresionaron a nadie, dadas las circunstancias.

—Señor Chan: hasta el momento han muerto, que yo sepa, cuatro hombres. Tres de ellos eran rusos, de la MVD, y por el momento solo conocemos el nombre de uno: Piotor Stalinov. El otro era francés, del Deuxiéme Bureau, naturalmente, y su nombre era Melchior Bondieu. Usted, sin duda, los conocía a ambos… ¿Estuvo en Miami, vigilando a Masao Yoshimura?

—Sí.

—No le vi. Le felicito. Bien… Los hombres que he mencionado por sus nombres eran el de la gran barba roja y el esbelto y moreno que tenía dos lunares junto a la boca… ¿Los recuerda?

—Sí.

—Estoy convencida de que ambos tenían la pretensión de conseguir, por medio de Masao Yoshimura, y de un modo u otro, la devolución de una bomba atómica… ¿Qué sabe usted de esto?

—Nada.

—Así no vamos a entendernos. Y le aseguro que mi paciencia no durará mucho. Eso, aparte de que mi intención… provisional es amistosa hacia usted. Dígame: ¿le robaron una bomba atómica a China, señor Chan?

El oriental volvió a mirarla con aquella fijeza inexpresiva durante unos segundos. Por fin, musitó:

—¿Para quién trabaja usted?

—CIA.

—¿Todo esto del robo de una bomba es cosa de la CIA?

—No.

—¿Cómo puedo estar seguro de eso?

—Pues porque… porque se lo digo yo —sonrió Brigitte.

—¿Y usted quién es?

—Una espía de gran categoría, señor Chan. Pero, como tengo la intención de permitirle continuar viviendo, disculpe que no le diga cuál es el nombre en mis trabajos. No le interesa.

—Entonces, tampoco a usted le interesa el mío.

—Oh, sí… Pero es que, además, yo tengo una pistola, y usted no la tiene… ¿Comprende?

Baby Montfort sonrió, y el chino captó perfectamente la frialdad de aquella sonrisa.

—Po Mao Ting —susurró.

—Muy bien. ¿Y ellos? —señaló Brigitte a los otros dos.

—Lewis Wilson y Cornel Tully.

—Americanos, desde luego.

—Sí.

—¿Y están trabajando para el Servicio Secreto chino?

—Así es.

Brigitte se quedó mirando a los dos hombres, tan inexpresivo su rostro en aquellos momentos como pudiera estarlo el del chino más chino de todos los chinos.

—Usted podrá marcharse, quizá, señor Ting —musitó—. Pero temo que sus… empleados no merecen el mismo respeto, de modo que… se quedarán. Siempre dispongo de tiempo para demostrar a los traidores lo feo que está trabajar contra su patria… ¿No está de acuerdo?

—Desde luego.

—Empezamos a entendernos. Por tanto, sigamos con una

conversación más sustanciosa. Tenemos que se llama usted Po Mao Ting, que trabaja para el espionaje chino, y que está siguiendo a Masao Yoshimura… ¿Por el robo de una bomba atómica?

—Masao Yoshimura no ha robado nada a China.

—Bueno… Digamos que China le… entregó la bomba al señor Yoshimura, a fin de que…

—No fue al señor Yoshimura.

—¿No? ¿A quién?

—A otro.

—Entiendo… Yoshimura fue localizado posteriormente, quizás en el momento de su salida de Japón, o el de su llegada a Estados Unidos…, concretamente a Los Ángeles. ¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué sospecharon de él?

—Teníamos vigilado a un hombre, también japonés, que estuvo presente cuando la entrega de la bomba. Ese japonés fue a Tokio a ver a Masao Yoshimura, y desapareció… Entonces, estuvimos vigilando a Yoshimura. Al llegar a Los Ángeles, perdimos su pista. Luego, nos dedicamos a vigilar el aeropuerto… y lo vimos salir hacia Miami. Uno de mis… empleados, como usted los llama, consiguió tomar el mismo avión. Luego, nos llamó a Miami.

—Entiendo. Y ahora, están a la expectativa. Dígame qué…

—Nosotros se lo explicaremos mejor.

Capítulo X

La voz sonó en la puerta una fracción de segundo después de que esta se abriera velozmente.

Brigitte miró hacia allí con el natural sobresalto y sorpresa. Simón hizo algo más. Es decir…, quiso hacerlo. Quiso disparar contra los tres japoneses que habían aparecido tan inopinadamente en la cabaña, y el que iba delante se le adelantó.

Plop… Plop…

El agente de la CIA lanzó un gemido y soltó la pistola al recibir el balazo en el hombro derecho; un balazo que le obligó a girar violentamente hacia atrás… El segundo balazo le llegó, precisamente, apenas iniciado el giro, y la bala se hundió en su espalda, derribándolo de bruces. Las tres pistolas resbalaron por el piso, hacia los pies de Brigitte, que había palidecido bruscamente y parecía petrificada, mirando a su compañero de misión.

Simón no se movió. Po Mao Ting y los dos americanos tampoco. Ni se movieron los tres japoneses. Uno de ellos había cerrado la puerta, y se había apresurado a colocarse a un lado del que había disparado, igual que el otro… Y los tres quedaron pendientes de Brigitte, que dejó de mirar a Simón para dirigir sus azules ojos hacia los japoneses.

Los tres llevaban pantalones y jerseys negros, y zapatillas deportivas del mismo color. Los de los lados eran de estatura corriente, casi baja. Pero el del centro, el que había disparado, medía no menos de seis pies, tenía los ojos más diminutos que los otros dos, y su cabeza se veía completamente rapada. Sus oblicuos ojos quedaron fijos malignamente en las piernas de la espía internacional, y una sonrisa fría apareció en sus labios.

—Deje caer su pistola, señorita Montfort.

Brigitte obedeció, sin dejar de mirar los malignos ojos del japonés. Era un tenso cambio de miradas en el que cada cual se

esforzaba en ocultar sus pensamientos.

Tras dejar caer la pistola, Brigitte dejó de mirar al japonés, para dirigir de nuevo sus ojos hacia Simón. Se puso en pie…

—Vuelva a sentarse —ordenó el japonés.

Brigitte no le hizo el menor caso. Se acercó a Simón, se arrodilló junto a él y le puso una mano en un lado del cuello. Un rápido destello de alegría pasó por los hermosos ojos que un segundo antes parecían congelados.

Miró al japonés.

—Hay un botiquín en el cuarto de baño. Quisiera…

—Déjelo. No haga nada.

—Se va a desangrar si no le atiendo inmediatamente.

—¿Y qué? Da lo mismo morir de un modo que de otro.

Hizo una seña a los dos hombres que le acompañaban, sin mirarlos. Y los dos japoneses apretaron el gatillo de sus pistolas silenciosas.

El primero en morir fue Po Mao Ting, que recibió los dos balazos justo sobre el corazón. Había iniciado un movimiento para incorporarse, para intentar el salto que le llevaría fuera de la trayectoria de las balas… Pero los dos impactos lo empujaron de nuevo contra el respaldo del sofá, agitando bruscamente su cabeza en dos cabezadas, una por balazo… Quedó sentado, simplemente, con la cabeza caída sobre el pecho, los ojos abiertos, como si mirasen la mancha de sangre que apareció en la camisa y la chaqueta.

Lewis Wilson y Cornel Tully sí consiguieron ponerse en pie de un salto nervioso, sobresaltado… Y Wilson saltó hacia atrás, por encima del respaldo del sofá, empujado por la bala que acertó de lleno su frente.

Tully consiguió dar medio paso. Solo eso. Recibió el balazo en el estómago, cayó de rodillas, y luego de cara, con fuerza.

Luego, uno de los japoneses se acercó a él y le disparó el tiro de remate. Hizo lo mismo con Po Mao Ting y con Lewis Wilson, a pesar de que ninguno precisaba más plomo para emprender el viaje al Más Allá.

Y, por fin, se quedó mirando a Brigitte, que, todavía arrodillada, inexpresivo el bello rostro, se había interpuesto entre el japonés y el malherido Simón. El japonés movió la pistola, indicando claramente

que se apartase, pero Brigitte ni siquiera parpadeó. Y, mucho menos, obedeció la silenciosa orden.

El japonés de la cabeza rapada dijo algo en su idioma, y el rematador volvió a colocarse a su lado, en silencio. El de la cabeza rapada se dio una vuelta por la cabaña… Lo último que hizo fue recoger el equipaje de Brigitte, que dejó a un lado de la puerta. Luego vio el maletín rojo con florecillas azules, lo cogió, lo abrió y fue metiendo en él las pistolas de Simón, Po Mao Ting, los dos americanos, y, por último, tras una mirada de curiosidad, la pequeña arma de la espía internacional.

Entonces, miró a esta, y dijo:

—Tenemos que marcharnos. Supongo que ha comprendido que no queremos matarla… de momento.

—No me iré sin atender a mi compañero.

El rapado señaló al japonés que había rematado a los americanos y al chino.

—Semba ha podido atenderlo debidamente. Puesto que usted no ha querido eso, le dejaremos que muera… por sí solo.

Brigitte estuvo tentada de desafiarlos nuevamente, yendo al cuarto de baño en busca del botiquín, pero comprendió que era absurdo; si no querían que Simón viviera, solo tenían que rematarlo, ya que ella no podría evitarlo. Y no quería provocar eso. Era mejor dejar moribundo a Simón, con la esperanza de que Simón II apareciese por allí a tiempo de intentar hacer algo por él…

Se puso en pie, lentamente.

—¿Los ha enviado Masao? —musitó.

—¿Masao Yoshimura? —sonrió el rapado—. No, no… Pero usted estuvo en la Japamerican, y peleó con Minoru. Sabíamos que Yoshimura llevaba consigo una muchacha, y ya estábamos haciendo cábalas sobre ella… Es decir, sobre usted. Supongo que sabe que hemos matado a un hombre en la playa de los estudios.

—Lo estuve viendo.

—Ah. Gran serenidad la suya, señorita… Montfort. ¿O no es ese su verdadero nombre?

—Lo es.

—Ya nos aseguraremos de eso. Naturalmente, usted no…

—¿Y su nombre, cuál es? —interrumpió fríamente la espía.

—Le diré lo mismo que le dijo usted al chino: no le interesa.

—Me interesa… Siempre me interesa la personalidad de un hombre al que tarde o temprano mataré.

—Discutiremos eso en otro sitio —sonrió el japonés—. Y espero que no tenga usted esa oportunidad… jamás.

—La tendré. Usted podrá hacer lo que quiera, esconderse en el último rincón del mundo…, pero yo le encontraré.

Las cejas del japonés se arquearon.

—Eso parece un desafío formal, señorita Montfort.

—Que usted parece tener miedo de aceptar.

—Emmm… Bueno, ya le digo que espero que no tenga jamás la oportunidad de intentar nada contra mí. Sin embargo, por si la tuviera le diré que mis compañeros se llaman Semba y Toshima.

—Sus compañeros no me interesan. Es usted quien ha disparado contra Simón.

El japonés miró al espía, que se estaba desangrando. Luego, muy sonriente, a Brigitte, cuyos ojos azules parecían congelados.

—Mi nombre es Katsumi. Y estaba diciendo que, naturalmente, usted no es… una mujer corriente. Ni ha sido casual su acercamiento a Masao Yoshimura. Por supuesto. Cuando matamos a aquel hombre en la playa de la Japamerican creíamos que había sido él quien peleó con Minoru. Pero Minoru se recobró poco después, y admitió, para su vergüenza, que había sido una mujer quien le había vencido. En la oscuridad no pudo verla muy bien, pero bastaron un par de detalles descriptivos para que supiéramos que la mujer que le había vencido no podía ser otra que la tal señorita Montfort que había llegado a Los Ángeles con Yoshimura. De modo que hemos venido a buscarla. Un poco sorprendidos, es cierto. De modo que esperamos que usted nos explicara qué hace cerca de Yoshimura, qué se propone y para quién trabaja… Muchas cosas. Oh, y… Bueno, esto ya es una pregunta de curiosidad personal: ¿realmente venció usted sola, sin armas, a Minoru Orita?

—Sí.

—Bien… Asombroso. ¿Cómo pudo conseguirlo?

—Peleando, simplemente.

—Mmm… ¿Conoce usted el judo, entiendo?

—Entre otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Varias.

—Oh… Bueno, usted parece una muchacha muy segura de sí misma. Me gustaría saber si está pensando que podría… vencerme a mí, igual que hizo con Minoru.

—Creo que podría hacerlo, Katsumi. Pero lo sabremos en otra ocasión.

—¿En otra ocasión? ¿Y por qué no ahora? —sonrió el nipón.

—Buena pregunta: ¿por qué no ahora? —sonrió también Baby. Katsumi se quedó mirándola, siempre con una sonrisa entre divertida y expectante, llena de curiosidad, de perplejidad. Se guardó la pistola en un bolsillo, se acercó a Brigitte e hizo una inclinación de cabeza, mostrando el redondo cráneo.

—Podemos empezar —dijo.

Adelantó las manos, lentamente. Y, desde luego, lo que menos esperaba era la rapidísima, fulminante reacción de la bella mujer que tenía ante él.

No hubo tanteo, ni forcejeo, ni reglas, ni consideraciones… Brigitte aferró velozmente con sus manitas una de las gruesas muñecas del nipón, efectuó la finta que indicaba la entrada con el hombro para voltearlo, y cuando el sorprendido Katsumi estiró el brazo para mantenerla alejada, el pie derecho de la espía impactó con tremenda fuerza y velocidad entre las ingles del japonés, que se encogió bruscamente y cayó de rodillas, desencajado el rostro.

El siguiente puntapié de Brigitte le acertó de lleno en la boca, partiéndole un labio, obligándole a oscilar de cintura hacia atrás, casi cayendo sobre sus propias piernas dobladas… Pero, indudablemente, Katsumi era muy duro. Pareció rebotar, se puso en pie…, y, al mismo tiempo, Semba y Toshima aferraban a Brigitte por los brazos, inmovilizándola.

Katsumi se quedó mirándola con aquella expresión perpleja, parpadeando. Pasó una mano por su boca, miró la sangre que restañó con el dorso, y volvió a mirar a Brigitte.

—Asombroso en verdad… —musitó—. Tanto, señorita Montfort, que opino que nuestro… encuentro merece un escenario y un momento mucho mejor, más… cómodo. Así, pues, de momento, vamos a solucionar esta pelea de otro modo: como usted se merece.

El japonés le lanzó de pronto un golpe, sobre el seno izquierdo, y la espía quedó palidísima, desorbitados los ojos. Semba y Toshima la soltaron entonces, y Katsumi volvió a golpearla, ahora en el

vientre, de nuevo utilizando el canto de la mano.

Crispado el lívido rostro, agarrotado todo el cuerpo, Baby Montfort cayó de rodillas ante Katsumi, que la alzó de un tirón y volvió a golpearla, ahora sobre el seno derecho; luego en un costado, de nuevo en el vientre, y cuando iba a caer otra vez de rodillas, un nuevo golpe, en la cara esta vez, la enderezó, con la nariz chorreando sangre. Quedó en pie quizá tres o cuatro segundos, y, por fin, pareció arrugarse sobre sí misma hasta el suelo.

—Ha sido un placer pelear con usted, señorita Montfort —siseó Katsumi—. Siempre se aprende algo.

Tendida de lado en el suelo, Brigitte alzó la cabeza, dirigiendo sus ojos hacia el japonés, que la contemplaba sonriente. La espía notaba la sangre que brotaba de su nariz, resbalando por su boca y barbilla, y goteando hacia los doloridos senos. Katsumi captó aquella mirada serena, impávida, y volvió a sonreír anchamente.

—Debo admitir que es usted dura como roca, señorita Montfort… Incluso un hombre muy fuerte estaría ahora sin sentido bajo los golpes que le he aplicado… Su entrenamiento es admirable.

Brigitte no contestó. Continuó mirando a Katsumi, que tuvo la desagradable sensación de que aquellos hermosos ojos azules se habían congelado, fijos en él, como queriendo atravesarlo con una ráfaga de aquel frío que notó por un instante.

—Bien… Nos iremos ahora. Como nos llevamos su equipaje, podrá cambiarse de ropa… si llega a ser necesario.

Dijo algo en japonés, y Semba y Toshima se dedicaron a registrar a los tres muertos y a Simón, quitándoles todo cuanto llevaban en los bolsillos.

Toshima estaba mirando con relativa curiosidad el paquete de cigarrillos que Simón había llevado en un bolsillo interior de la chaqueta, cuando precisamente de ese paquete brotó un suave zumbido. Llamó a Katsumi, que se apresuró a hacerse cargo del sorprendente paquete, del cual, cada tres segundos, brotaba un zumbido apenas audible.

Katsumi se hizo cargo del paquete, se acercó a Brigitte, y se acuclilló junto a ella.

—Parece que están llamando a su compañero, señorita Montfort. Lo cual significa que ni usted ni él están solos en esto. Llegaron con

alguien más, cuentan con más gente… Muy bien: conteste a la llamada y diga a quien sea que la espere en la milla doce camino de Malibú. Hágalo.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Katsumi, con una leve sonrisilla en sus ensangrentados labios.

—¿No quiere hacerlo? Puedo obligarla ahora mismo.

La sonrisa de la espía aumentó. Los labios descendieron un poco, en una sonriente mueca despectiva que hizo comprender la verdad al japonés de la cabeza pelada.

—¿Así de valiente es usted? —murmuró—. Está bien, ya hablaremos de eso más adelante. Ahora, nos iremos. Y nos llevaremos la radio. Verá cómo se decide a contestar en un momento u otro… ¿Mmm?

Toshima se había acercado con el maletín de Brigitte abierto. De su interior brotaban ahora unos zumbidos idénticos a los del paquete de cigarrillos de Simón, tras cesar en este.

—Ahora la llaman precisamente a usted. ¿No contesta? Muy bien: contestará desde el sitio adónde vamos a llevarla, cuando la vuelvan a llamar.

Brigitte continuaba sonriendo, y Katsumi comprendió: no habría más llamadas. Les tocaba el turno a ella y a Simón. El comunicante estaría esperando, pero ya no volvería a llamar.

—Llevadla al coche y vendadle los ojos. Nos vamos.

Capítulo XI

Supo que salían de la ciudad, que viajaban por carretera, y no tuvo la menor duda de que, pese a estar destinada a la muerte, daban un rodeo, a fin de desorientarla, previniendo cualquier posible actividad posterior suya.

Finalmente, oyó crujir la grava bajo los neumáticos del coche. Ya no oía el zumbido de los otros coches cruzándose, ni el continuo crepitar de la carretera. Cuando el auto se detuvo, el silencio más absoluto llegó de pronto. El coche se movió, y Brigitte dejó de notar a su lado la presencia de Katsumi. Oyó sus pasos, alejándose.

Eso fue todo…, salvo el rumor del mar. Estaba segura de que oía el rumor, del mar, no demasiado lejos, apagado, suave…

Katsumi tardó apenas cinco minutos en volver.

—Salga del coche. La están esperando, pero antes deberá adecentarse un poco.

Salió del coche, la cogieron de un brazo y la fueron guiando, todavía con la venda ante los ojos. Supo que entraba en una casa, notó el sonido de lugar cerrado. Hacía ya rato que notaba el perfume de diversas flores, en una mezcla intensa y suave a la vez, agradable.

Por fin, le quitaron la venda. Parpadeó cuando la luz dio en sus ojos, y tardó algunos segundos en poder mirar con normalidad a su alrededor. Estaba en un cuarto de baño grande, con suelo de mármol negro, paredes color rosa, bañera azul con plantas en el borde cercano a la pared… Un colorido cegador. Todo nuevo, todo caro, rutilante.

Cuando se volvió vio a Katsumi tras ella, apoyado en la puerta con un hombro, mirándola con interés. A sus pies estaba la maleta de la espía y el maletín.

—Lávese bien, péinese y cámbiese de ropa —dijo el japonés—. La persona que usted va a ver detesta la sangre… en pequeñas

cantidades. ¿Qué vestido prefiere?

—Uno de noche, naturalmente… El azul con corpiño de lamé. Los zapatos negros y abiertos… ¿Me han robado las joyas usted y sus amigos?

—Todavía no —sonrió Katsumi.

—Entonces, el collarcito de perlas.

—¿Pendientes, sortijas…?

—Nunca llevo pendientes ni sortijas…, a menos que sea necesario.

Katsumi asintió con la cabeza. Se inclinó, abrió la maleta y la revolvió, buscando lo pedido, que había sido puesto allí por él mismo, y no de un modo ordenado, precisamente. Cuando alzó la cabeza, tras reunir lo pedido por Brigitte, la mirada de la espía estaba fija en la pistola que el japonés llevaba en la cintura, ahora por encima del jersey, de modo que podía empuñarla rápidamente.

—Olvide eso, no tendrá oportunidad. Vamos, arréglese.

—¿No va a salir? Quisiera ducharme.

Katsumi sonrió, evidentemente complacido No se molestó en contestar, y Brigitte comprendió. Se encogió de hombros.

Poco después, estaba bajo la ducha, siempre bajo la atenta mirada de Katsumi. Acabó de ducharse, se secó y se puso la ropa limpia… Por fin, se quedó mirando a Katsumi, contrastando su irónica mirada con la hosca del japonés.

—Sé lo que está pensando, Katsumi —susurró—. Es una lástima que yo tenga que morir… ¿No es cierto?

—Si ya está lista, camine —murmuró roncamente Katsumi.

—¿Tiene prisa?

—Camine.

—Quizá… su jefe podría esperar unos minutos más. Soy de la opinión que a veces conviene una… alianza con el enemigo… ¿No piensa del mismo modo, Katsumi?

—Un truco muy femenino —se crisparon las mandíbulas del nipón—. Pero inútil en esta ocasión. Vuélvase. Ah… Debo advertirle que Semba y Toshima están esperando afuera.

—Usted es tonto —musitó dulcemente Baby.

—Vuélvase.

—Muy bien… Usted se lo pierde.

Se volvió. Katsumi volvió a vendarle los ojos.

La advertencia respecto a que Toshima y Semba estaban esperando afuera tenía su base: si ella intentaba algo, aunque venciese a Katsumi, no podría escapar del cuarto de baño…

—En marcha.

Se abrió la puerta del cuarto de baño. Oyó unas palabras susurradas en japonés, y se detuvo. Pero la empujaron por la espalda. De nuevo estuvo caminando por el interior de una casa. Salieron de esta, y otra vez notó el intenso perfume a muchas clases de flores. Debía de ser un espléndido jardín.

Desde que salió de la casa ya no tuvo que caminar mucho; apenas un centenar de yardas. De nuevo oyó hablar en japonés. Luego, pisadas que se alejaban.

Y, de pronto, la voz:

—Quítese usted misma la venda, por favor. En realidad, ya no era necesaria desde que llegó usted aquí, porque no saldrá con vida de mi humilde casa.

Brigitte se quitó la venda. Estaba, efectivamente, en un hermoso jardín, con palmeras, flores, un diminuto lago con lotos… La luz de la luna daba a todo un tono plateado, romántico.

Sentado en el borde del lago, sobre una esterilla de paja, estaba el viejo japonés de la barbita blanca, el que había visto antes en la Japamerican Pictures con Masao Yoshimura. Llevaba un kimono negro, o rojo oscuro. Tenía la mano izquierda colocada en el regazo, con la palma hacia arriba; con la derecha, apenas con las largas uñas, cogía algo que había en la izquierda, y lo tiraba al agua del lago, donde inmediatamente se formaban círculos concéntricos.

—Son carpas. ¿No quiere sentarse, señorita Montfort?

Brigitte se sentó en la otra esterilla, con las piernas cruzadas, igual que el viejo japonés, que parecía desentendido de ella.

—Carpas doradas… —insistió—. Se supone que proceden de China, pero lo cierto es que estas me llegaron directamente de Japón. Por supuesto, siendo de Japón son mejores… Todo lo mejor está en Japón.

—Menos la bomba atómica.

El viejo japonés volvió vivamente la cabeza hacia ella. Estuvo mirándola unos segundos, y por fin asintió con la cabeza.

—Es usted muy hermosa y muy inteligente —elogió con sinceridad indiscutible.

—En ese caso, merecería ser japonesa… ¿No cree?

—Oh, no… Su belleza es… de otro tipo. Al decirle que usted es hermosa, me he referido al punto de vista de los hombres de su raza, no de la mía. En realidad, para mí, usted resulta más bien insípida.

—Oh.

—Quizá demasiado alta… Claro que el hombre japonés no suele ser muy alto, realmente. Los pies de usted son grandes, y también las manos… Tiene demasiada cadera…, y sus senos son excesivamente voluminosos.

—En suma —rio Brigitte—: un adefesio.

—No, no… Ya le digo que ese es el punto de vista de un japonés…

—De usted, solamente… ¿No puedo ver a Masao?

—El señor Yoshimura no está aquí.

—Una mentira inocente. Les vi a los dos juntos. Vi también otras cosas, y pienso que los dos se vinieron aquí desde los estudios, en la lancha que tripulaba Minoru Orita.

—Sí, sí, es cierto… Pero Masao Yoshimura se fue ya. Tiene algo que hacer en San Francisco. No creo que tarde mucho en llegar allá. Pero hablemos de usted, señorita Montfort. Katsumi dice que usted asegura que ese es su verdadero nombre, pero tengo algunas dudas sobre eso.

También tengo dudas respecto a sus intenciones por relacionarse con el señor Yoshimura. Por supuesto que él me ha contado cómo han ido sucediendo las cosas, pero temo que es demasiado… ingenuo. ¿Verdad?

—No sé. Usted lo conoce mejor que yo, supongo.

—No demasiado. Por lo menos en el… aspecto personal. Sé que es un gran médico, muy bondadoso, serio, honesto… Y un gran idealista. Es decir, el hombre que necesitaba… El quinto hombre que he necesitado para todo esto.

—¿Y los otros cuatro hombres?

—Todos japoneses, todos idealistas, honestos…

—¿Dónde están?

—Pues… de viaje.

—¿Los mató?

—Ustedes, los americanos, son demasiado rudos. Lo blanco es

blanco, y lo negro es negro. Le ruego que procure ser delicada durante la conversación.

—Cuente con ello. ¿Envió usted a un largo viaje de sueño eterno a los otros cuatro hombres?

El japonés de la barbita se quedó mirándola amablemente.

—¿Quién es usted en realidad, señorita Montfort?

—Mmm… Opino que no importa eso, señor…

—Noboru Tanaka. ¿Por qué no importa?

Brigitte sonrió fríamente. Naturalmente que había sospechado que aquel hombre era Noboru Tanaka. Pero si hubiese querido demostrarle lo lista que era ella, Tanaka habría comprendido que, igual que ella conocía su nombre, podían conocerlo otras personas. En cuyo caso era más que posible que levantase el vuelo, dificultando así la labor de la CIA para localizarlo.

—Porque voy a… emprender un largo viaje sumergida en un profundo sueño del cual solo despertaré cuando suenen las trompetas.

Noboru Tanaka asintió con la cabeza. Luego, antes de volver a prestar atención a Brigitte, continuó tirando comida a las carpas, pensativo. De pronto, dijo:

—Masao Yoshimura es un hombre… débil. Debió tener más firmeza de carácter, y no dejarse… vencer por usted. Pero lo hizo, y le contó algunas cosas. ¿Qué opina usted de la «Gragea AntiA»?

—Soy una chica americana corriente, señor Tanaka. A mí me parece una tomadura de pelo.

—¿Se sorprendería usted si le dijera que los gobernantes de algunos países no lo han considerado así?

—No me sorprendería. Sé que por lo menos China, Rusia y Francia lo han creído. ¿Inglaterra no?

—Repito que es usted muy inteligente. También Inglaterra, en efecto… ¿Sabía usted que el MI5 tiene unos excelentes agentes secretos? Hasta el momento, han sido los más listos.

—¿Por qué?

—Porque supieron llegar hasta mí. Bueno, no exactamente hasta mí, pero sí hasta un punto muy peligroso del camino que lleva a mi humilde casa. Por cierto: ¿le gusta mi *ryokan*?

—No lo he visto muy bien. Pero me parece una quinta muy exótica y agradable.

—Todo a estilo japonés, naturalmente. Excepto pequeñas concesiones a la comodidad americana. Por lo demás, dado lo apartado de este lugar, vivo como en un pequeño trozo de Japón.

—¿Cerca de Malibú?

—Más o menos cerca —sonrió Tanaka—. Usted es de la CIA, claro está.

—Mi cortesía me impide discutir con usted, señor Tanaka.

Este se tiró de la barbita.

—Los americanos se han vuelto muy desconfiados. Recuerdo hace algunos años… Tenían servicio secreto, claro, pero bastante torpe. Una prueba de ello puede usted buscarla en lo sucedido en Pearl Harbor.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ahora, supongo que mis compatriotas espías han aprendido a desconfiar de todo el mundo que les rodea…

—Y usted está mirando demasiado lo que nos rodea a nosotros. Le aseguro que no podría escapar.

Brigitte, dejó de mirar a su alrededor, para mirar a Tanaka, sonriendo fríamente de nuevo.

—Pero quizá pudiera matarlo a usted.

Naboru Tanaka tiró al lago el resto de comida para carpas que tenía en la mano. Luego, alzó las dos, y se quedó mirando con gran complacencia sus uñas, de casi una pulgada de longitud.

—Lo dudo, señorita Montfort. Soy mucho más peligroso de lo que parezco. Usted habrá notado ya, claro, que tengo una edad avanzada…

—¿Ochenta?

—Noventa y dos.

—¡Imposible!

—¿Por qué habría de mentirle en una cosa tan insignificante? Es cierto que tengo noventa y dos años. Una edad, como decía, muy avanzada, pero… peligrosa.

—¿También usted, como Katsumi, quiere pelear conmigo a judo?

—Podría hacerlo, desde luego. Pero prefiero reservar mis energías… De todos modos, el tigre viejo siempre tiene sus recursos… ¿Por qué entró usted en contacto con Masao Yoshimura?

—Es muy apuesto. Además, fue él quien…

—Por favor… El señor Yoshimura es muy ingenuo, pero yo no. ¿No piensa admitir que pertenece a la CIA? ¿No quiere decirme cuál es exactamente su misión junto a Yoshimura? Es natural que Estados Unidos mantenga bajo vigilancia a Yoshimura, igual que otros países mantuvieron bajo vigilancia a mis anteriores enviados… Pero usted ha llegado más lejos.

—Hasta usted, concretamente.

—¿Esas fueron las órdenes que recibió? ¿Solamente usted y el hombre llamado Simón y el otro que llamó por sus radios están buscándome? ¿O ya notificaron a la CIA lo de la Japamerican Pictures y otros detalles?

—Katsumi no me dio tiempo a nada, usted lo sabe.

—Quisiera estar seguro de ello…

—Puede estarlo, por desgracia para mí. Y antes de morir, señor Tanaka, me gustaría hacerle una sola pregunta: ¿qué está usted tramando con eso de las bombas atómicas?

—¿No se lo dijo Yoshimura?

—¿Insiste en esa tontería de la «Gragea AntiA»?

—¿Tontería?

—Lo es de por sí. Pero, además, para la prueba, le basta a usted una bomba, y creo que ya tiene tres o cuatro. ¿Para qué tantas? . ¿Qué está tramando?

—Una celebración.

—¿Cómo?

—Más bien un aniversario… Sí, una celebración de aniversario.

—¿Qué clase de aniversario?

—Dijo una pregunta, señorita Montfort… Ya la hizo. Yo le haría unas cuantas más, pero me doy cuenta de que usted será reacia a contestarlas, de modo que lo dejaremos para mañana.

—¿Debo retirarme?

—Por favor. Me gusta estar solo, meditar… El gran día del aniversario está cerca. Solo falta que Estados Unidos entregue su contribución a la fiesta, y ya estará todo listo.

—Está loco si cree que Estados Unidos le va a entregar a usted una bomba atómica.

—Quizá no la entregue. Pero quizá sí. Masao Yoshimura llegará pronto a San Francisco. Allá, como sin duda ya debe de saber, se pondrá en contacto con el Departamento de Guerra en Washington.

Esta vez no admitirá plazos de espera: si Estados Unidos quiere la «Gragea AntiA», deberá entregar la bomba mañana al anochecer.

—Está loco —rio nerviosamente Brigitte—. Jamás le entregarán a usted una bomba atómica. Es más: le quitarán las que tiene.

—Bueno… Eso será si las encuentran, ¿no? Cosa que me parece muy poco probable. No, señorita Montfort, no… Nadie podrá impedir la celebración del aniversario atómico.

—¿Cómo piensa hacer esa… celebración?

—¿Usted sabe qué día es hoy?

—Desde luego… Tres de agosto de mil novecientos sesenta y siete… ¿No?

—Exacto. Supongamos que consigue vivir tres días más… ¿Cuál sería la fecha?

—Seis de agosto.

—¿Y…?

—No comprendo…

—¿No ocurrió nada un día seis de agosto, hace veintidós años? ¿No ocurrió nada que conmovió el mundo?

Brigitte Baby Montfort, la espía internacional con categoría de lujo de la CIA norteamericana, palideció bruscamente. Tan bruscamente, y con tanta intensidad, que su rostro perdió absolutamente todo color, quedando como una mancha lívida, azul-plata, a la luz de la luna. Sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió en un respingo de angustia, sus manos se cruzaron en el pecho, como si acabara de recibir la más cruel de las heridas. Notó un zumbido en las sienes, casi un desvanecimiento…

—No —gimió—. No, Dios mío… ¡No! ¡NO!

Noboru Tanaka movió una de sus arrugadas manos de color nicotina.

—La entrevista ha terminado. La llevarán a su aposento.

—¡No! No puede ser… ¡Usted es un criminal monstruoso!

—¿Más que Estados Unidos?

—Pe-pero… está… está loco… ¡Está loco, ahora estoy segura de ello!

—Ni estoy loco, ni soy un criminal. Es solamente que para mí la guerra no ha terminado.

—¡Hace veintidós años que terminó! ¡Japón es un país libre y próspero en lo que cabe, tiene amigos…, empezando por los Estados

Unidos! ¡Hay noventa millones de japoneses que ya han olvidado la guerra, algunos ni siquiera la conocieron…!

—Yo la conocí. Y mis hijos. Y mis nietos. Y los hijos de mis nietos… Unos, en el Pacífico. Otros, en Hiroshima. ¿Sabe por qué estoy yo vivo todavía, señorita Montfort? Porque cuando aquello ocurrió me hallaba casualmente muy lejos de Hiroshima. Pero toda mi familia estaba allí, excepto algunos de mis nietos, que estaban luchando contra ustedes, los americanos… De toda mi familia, nadie quedó vivo… ¡Nadie! Hace veintidós años que estoy solo…

—Tanaka, se lo suplico… Serénese… Haga conmigo lo que quiera. Acepto morir… Escuche, Tanaka: soy una agente de la CIA, llamada en clave con el nombre de Baby… Por este nombre, soy conocida en todos los medios de espionaje del mundo. Tengo amigos en todas partes… Amigos espías de todas las nacionalidades: alemanes, sirios, egipcios, árabes, británicos, franceses, chinos, rusos… En la CIA, mi voz es escuchada hoy día con mucho respeto. Tengo amigos en Washington… Incluso el presidente me ha distinguido en un par de ocasiones con su afecto personal… Soy una potencia, Tanaka. A una voz mía, miles de agentes de la CIA y un centenar de varias nacionalidades se pondrían en movimiento. Tengo amigos en el FBI, en el Gobierno, en la Policía… Olvide ese proyecto suyo, Tanaka, y yo conseguiré que todos mis amigos le respalden. Se olvidará todo. Le juro que lo conseguiré. Usted tiene ya noventa y dos años, le queda poco de vida… Viva esos pocos años aquí, en esta maravillosa casa japonesa, con sus carpas, sus flores, su mar azul que le recuerda el de Japón. Tome el sol junto a sus almendros, pasee por sus jardines… Desista de ese plan, y yo le garantizo el completo olvido de todo cuando haya hecho hasta ahora.

—No.

—He matado a tres espías rusos, usted ha matado por lo menos a uno francés… Yo lamento ahora haber matado a Piotor Stalinov y a sus compañeros. Si hubiera sabido lo que estaban buscando, si hubiera conocido cuál era su trabajo, ahora estaría luchando junto a ellos. Y sé que a pesar de haberlos matado, si impido eso que usted está proyectando, nadie me guardará rencor. Ni a usted… Tanaka, olvídelo todo…, y todos lo olvidaremos. Devuelva esas bombas atómicas…

—No.

—Por Dios se lo pido.

—¿Cuál Dios?

—Emmm… Dios… El que usted quiera, Tanaka… ¡El que usted quiera!

—No hay ningún Dios. Noboru Tanaka no cree en nada. Márchese. Ya le he dicho que la entrevista ha terminado. Y no me agradezca que la conserve viva. Usted morirá como otros muchos millones de americanos. Ahora, márchese. Katsumi la llevará a su aposento.

Brigitte se quedó mirando fijamente, todavía pálida, a Noboru Tanaka. La idea brotó de pronto de su mente. Naturalmente que sabía que Katsumi y quizás otros japoneses la estaban vigilando de cerca a pesar de no ver a nadie. Pero eso no importaba En aquel momento, como en otras ocasiones, morir no tenía la menor importancia, de acuerdo con sus puntos de vista, por los cuales se había convertido en la más eficaz espía del mundo, precisamente, mantener el máximo orden posible en ese mundo lleno de sol y de personas que solo querían paz en su vida. Por esas personas, la agente Baby se había jugado la vida docenas de veces. Ella no era nada, no era nadie… Pero en su pequeñez, en su insignificancia, ponía todo su esfuerzo, toda su vida, en ese empeño. Su contribución podía ser pequeña o grande, pero importante.

Recibir unos cuantos balazos por evitar aquello no tenía importancia. Si no la mataban instantáneamente, sabía que podía romperle el cuello a Noboru Tanaka. En menos de tres segundos podía romper aquel cuello seco y arrugado… Y entonces, nada ocurriría, seguramente.

Nada importante. Solo, su muerte.

Se lanzó de pronto contra Tanaka, directas las delicadas manos hacia el cuello del japonés. Solo que consiguiese colocar un pulgar en una vértebra que…

Pero Noboru Tanaka no había mentido. Y bien cierto es que la edad no significa nada para un *judoka*… Con sorprendente agilidad, se apartó, rodando, de modo que Brigitte falló su primera presa al cuello. Al mismo tiempo, su mano derecha golpeaba con gran delicadeza el brazo de Brigitte, justo por encima del codo. No solo desvió a la espía, sino que esta notó el intenso calambre de dolor en

el brazo, hasta el punto de que luego ya no pudo moverlo.

Tanaka se estaba incorporando ágilmente, pero ella fue todavía más ágil, mucho más veloz. Prescindiendo del judo, lanzó su mano izquierda hacia el rostro de Tanaka, que lo que menos esperaba de una mujer que había vencido a Minoru y puesto en apuros a Katsumi con el arte del judo, era una bofetada de aquella violencia. Una bofetada simple, desmañada, pero terrible, que lo tiró hacia atrás, flotando al aire su delgado kimono.

Aún no había acabado de rodar por el suelo cuando Baby estaba ya en su espalda, intentando rodearle el cuello con el brazo izquierdo, ya que el derecho apenas podía moverlo. Tanaka se zafó de la presa antes de que la espía la hubiera conseguido, la derribó hacia un lado, e intentó de nuevo ponerse en pie.

Otra bofetada lo derribó, cara al cielo. Y Brigitte quedó a horcajadas sobre él, rasgando completamente de arriba a abajo su vestido, al abrir las piernas para colocarlas a ambos lados del flaco torso del nipón.

Y entonces, la mano izquierda de la espía se clavó en la seca garganta apergaminada.

—Te… te… mataré…, crim…

Un violentísimo golpe en un lado de la cabeza la arrancó de encima de Noboru Tanaka, enviándola rodando hasta el borde del estanque de las carpas. Semba y Toshina aparecieron junto a ella y la pusieron en pie, sujetando con fuerza invencible sus brazos. Katsumi apareció por delante y le golpeó en el estómago primero, y luego en los hombros, con la mano de canto…

Baby Montfort quedó colgando de las manos de los dos japoneses, paralizada por el dolor, completamente agarrotada, a punto de estallar su cabeza debido al intenso zumbido que notaba en ella. Katsumi la agarró por los cabellos, alzándole la cabeza.

Noboru Tanaka estaba ante ella, todavía agitado, achicando sus oblicuos ojos en un gesto de furia infinita.

—No… No va a morir, señorita Montfort… —jadeó—. No así, de un modo vulgar. Usted, como el otro espía que consiguió llegar a mí, merecen una muerte más importante, como unos cuantos millones de americanos… Es cierto, usted lo ha comprendido: el día seis de agosto se cumplirán veintidós años del lanzamiento de la primera bomba americana, sobre Hiroshima… Dentro de tres días,

veintidós años más tarde, yo voy a bombardear por quintuplicado a la nación americana. Ya tengo cuatro bombas atómicas… Cuando reciba la quinta, ya no esperaré más… Lo tengo todo preparado: un submarino, cinco aviones, personal bien entrenado, grúas, mecánicos, técnicos atómicos…

Veintidós años luchando por esto, señorita Montfort. Se estremecería si supiera cuán duro ha sido mi camino, cuánto he tenido que luchar para aumentar mi dinero… ¡Incluso he tenido que asociarme con americanos! La Japamerican Pictures es una prueba de ello. Pero nada ha importado… He ido consiguiendo lo que quería a medida que iba ganando dinero. Y ahora todo está listo, todo está preparado. Dentro de tres días, cinco bombas atómicas serán arrojadas simultáneamente en cinco ciudades americanas. Le diré cuáles son: Washington, Miami, Chicago, Los Ángeles y Nueva York. Veintidós millones de americanos van a morir. Un millón por año de espera. Y usted morirá con ellos…

¡Claro que nadie creería lo de la «Gragea AntiA»! Pero siempre les quedaría la duda… Esa duda sutil, que les obligaba a pensar en la posibilidad de que fuese cierto. ¿Y si era cierto? En tal caso, todos los países atómicos querrían disponer de la gragea. Su inteligencia les decía que eso era mentira, que no podía ser, pero… ¿y si era cierto, aunque solo fuese en parte, como una derivación de otro descubrimiento relacionado con el átomo? Y así, aceptaron mis condiciones de entrega, fueron burlados…, y hoy tengo cuatro bombas atómicas. Mañana por la noche, tendré cinco. Y el día seis de agosto celebraremos el aniversario atómico. Lleváosla.

Katsumi dio un tirón de sus cabellos, pero Tanaka parecía que tenía algo más que decir. Colocó sus manos ante los ojos de la espía.

—Vea estas uñas. Están impregnadas en la punta de un veneno fulminante, mortal en pocos segundos. Actúa en contacto con la sangre, de modo que solo con haberla arañado, ahora ya estaría usted muerta Pero quiero que muera como murieron todos los míos de Hiroshima. El veneno lo reservaré para mí, por si algo… fallase. Nunca me cogerán vivo, se lo aseguro… Y nada fallará, por supuesto. He tenido veintidós años para elaborar esos planes… No fallarán.

Capítulo XII

Katsumi había vuelto a golpearla, privándola del conocimiento. Y cuando abrió los ojos se encontró en un cuarto de paredes húmedas, visibles los ladrillos. En el techo, en un rincón, una pequeña bombilla roja que apenas producía luz. Y eso era todo.

También el suelo estaba húmedo. Olía a mar. A sal…

Se puso en pie, despacio, notando dolores en todo el cuerpo. Había algo en su mente que la mantenía alerta. Sabía que tenía que hacer algo, pero no lograba coordinar. De pronto, comprendió lo que era: estaba oyendo unos golpes en una pared, la de la derecha… Y no eran unos golpes fortuitos, sin significado… Era morse.

Se dejó caer en el suelo, junto a aquella pared, prestando atención a los golpecitos, de modo que fue captando el mensaje:

«—¿Está ahí? Conteste si está bien».

Brigitte golpeó con los nudillos en la pared, contestando también en morse:

«—Estoy bien. Dígame quién es usted.

»—Primero dígalo usted —indicaron los golpecitos.

»—Soy una espía.

»—Pues yo soy un espía.

»—Encantada. Dígame su nacionalidad.

»—Primero usted.

»—Yo lo dije primero antes.

»—Cierto. Soy británico.

»—Supongo que está aquí por el asunto de las bombas atómicas y la “Gragea AntiA”.

»—No me fío de usted.

»—Si de verdad es un espía británico, habrá oído mi nombre: agente Baby, de la CIA.

»—Esta sí que es buena… Te amo, Brigitte Montfort.

»—John… Tú eres John Pearson, alias Fantasma, del MI5. Mi querido Fantasma…

»—Otra vez juntos, querida. Estoy sonriendo.

»—Yo también. Y te envío un beso a través de la pared.

»Resérvalo para cuando salgamos de aquí.

»—De acuerdo. John, dime si fuiste tú quien me enviaste la copa de champaña en el avión.

»—No. Espero que fuese Perignon 55, sin embargo.

»—Pero sin guinda. Supongo que estás solo en esto, John.

»—Me mataron dos compañeros.

»—A mí, uno… Lo tuve que dejar moribundo. Dime lo que sepas del asunto de las bombas.

»—Nada. Me atraparon cuando llegué a unos estudios de cine llamados Japamerican Pictures. Dime lo que tú sepas.

»—Un japonés llamado Noboru Tanaka tiene ya cuatro bombas atómicas, entregadas por Rusia, Francia, Inglaterra y China. Está esperando la de USA. Cuando la tenga, dice que lanzará las cinco: Los Ángeles, Miami, Chicago, Nueva York y Washington. Simultáneamente.

»—Estás bromeando, espía amada.

»—No.

»—Hay que salir de aquí. Mira si tienes tú alguna posibilidad».

Brigitte se puso en pie, y estuvo examinando las paredes y la puerta. Regresó al punto de comunicaciones.

«—No.

»—Pues habrá que hacer algo.

»—Esperaremos. Estoy segura de que un amigo mío no está muy lejos de aquí.

»—Dime si es un buen espía.

»—Mejor que tú.

»—Antipática.

»—Dime si eres tú quien se escondía de mí detrás de una palmera enana, en la terraza del motel de Miami.

»—No. Parece que estás perdiendo vista.

»—Solo ocurre que aquel hombre es mejor que nosotros dos. Pero como es amigo, todo irá bien. Además, mis compañeros de la CIA ya tienen el nombre de Noboru Tanaka y el de la Japamerican Pictures.

»—Estupendo. Espero que nos saquen pronto de aquí.

»—Okay. Ahora, voy a dormir, John. Estoy magullada, golpeada, y hace dos noches que apenas duermo. Hasta luego.

»—Hasta luego, amor. Sueña conmigo.

»—Preferiría verte… y estar los dos tomando champaña con guindas en un balneario de moda.

»—Buena idea. Quedamos citados para dentro de una semana en McVay's
, Flamingo, Florida, USA. ¿Vale?

»—Vale. Si ocurre algo nuevo, llámame.

»—No te olvides: has de soñar conmigo».

Brigitte sonrió, se tendió allí mismo, junto a la pared, y cerró los ojos. Un minuto después, dormía profundamente.

* * *

Abrió los ojos y volvió la cabeza hacia la lucecita roja. Parpadeó, recordando inmediatamente cuál era su situación. Se sentó, apoyando la espalda en la pared. Echó la mano hacia atrás, y dio unos golpecitos, recurriendo de nuevo al morse:

«—John.

»—Hola.

»—Acabo de despertarme. Dime cuánto tiempo he dormido.

»—Increíble para una espía metida en el lío: cinco horas, calculo.

»—Estupendo. Me siento mucho mejor. Espero novedades.

»—Ninguna, querida mía. Todo normal… en lo que cabe. Hasta tengo hambre.

»—Yo también. Calculo que deben de ser las ocho de la mañana, aproximadamente. Dentro de unas doce horas, parece ser que USA entregará una bomba atómica a Tanaka.

»—Eso demuestra que los americanos son tan tontos como los ingleses. Menos mal. Si no recuerdo mal, dijiste que tus compañeros de la CIA sabían el nombre de Tanaka, lo de la Japamerican, etcétera. Me pregunto qué están esperando para venir a salvarte, amor.

»—No lo sé. Pero tengo una ligera idea. Es largo de explicar, pero yo diría que, en efecto, USA va a entregar su bomba atómica.

»—Lástima. Podría haberse salvado Nueva York. Es la Ciudad que más me gusta.

»—A mí, Miami. Siempre hace sol. Menos cuando hay alguno de esos tornados tan espectaculares.

»—Vi uno una vez. Espectacular, cierto. He intentado hacer un agujero en esta pared, pero es imposible. Es demasiado sólida. Y huele a húmedo, a sal, a mar… Esto es un sótano, Brigitte.

»—Ye lo suponía. Y supongo que tú tampoco tienes ventana ni nada que se le parezca.

»—Nada. Una bombillita de color rojo. Una delicadeza del señor Tanaka. Cuando lo vea, le romperé el cuello.

»—Cuidado con sus uñas. Están envenenadas.

»—Ese tipo está loco. He estado pensando en el asunto del bombardeo, y creo que no va a conseguirlo.

»—Ya lo creo que sí. Lo tiene todo: hombres, material, aviones, técnicos… Y las bombas.

»—Te envidio. Tú no tienes barba. A mí empieza e picarme que da asco.

»—Dedícate a rascarte. Y si se te ocurre algo, dímelo.

»—Llevo tres días pensando en «algo». Y nada.

»—Humor británico. Revisemos de nuevo nuestras celdas.

Se dedicó a ello, en efecto. Pero una revisión más concienzuda que cinco horas antes no la ayudó en nada. Para escapar de allí, hacía falta ser uno de esos seres de ciencia ficción que se filtran por las paredes.

Y ni siquiera tenía un cigarrillo. Se sentó en el húmedo suelo, y se dispuso a esperar.

* * *

Según sus cálculos, habían pasado diez o doce horas cuando oyó ruido al otro lado de la puerta. Se puso en pie, deslizándose inmediatamente hacia un lado de aquella. Cualquier cosa que se intentara podía dar resultado. Quedó inmóvil, con las manos rígidas, listas para atacar a muerte…

—Señorita Montfort —oyó la voz de Katsumi—. Sé que está usted detrás de la puerta. Por favor, colóquese en el centro del cuarto, o volveremos a cerrar.

Afuera se encendió una linterna, y Brigitte comprendió que, a menos que se colocara en el centro del círculo de luz, la puerta volvería a cerrarse. Bueno… Por lo menos en aquella ocasión no podía quejarse de la calidad de sus enemigos, que parecían preverlo todo.

Salió de detrás de la puerta, se colocó en el círculo de luz, y Katsumi habló de nuevo:

—Salga.

Salió de aquella especie de celda. Se encontró en lo que parecía una bodega. Había toneles, cajas con botellas, una mesa con vasos de distintos colores y formas…

Semba, Toshima y Katsumi estaban allí, cada uno con una pistola en la mano. Una bala era, sin duda, una muerte mucho más dulce que la que produciría la explosión de una bomba atómica. Pero la agente Baby era de la opinión de que mientras había vida, era obligatorio conservar la esperanza. Y una cosa era morir matando a Noboru Tanaka, y otra cosa era morir tontamente intentando huir sin posibilidades.

Había un tramo ascendente de escalones de piedra. Lo subieron, y se encontraron en un garaje. Katsumi bajó la trampilla, y señaló hacia el exterior.

—Tanaka la está esperando. Es usted su invitada de honor, por ser americana.

—Un honor muy peligroso, ¿no es cierto?

Katsumi encogió los hombros.

—Nadie le pidió que naciera en Estados Unidos.

—Hermosa sugerencia… Si yo no hubiese nacido en Estados Unidos… ¿me perdonarían la vida?

—Todo su mal está en pensar como una ciudadana americana. Además, un agente de la CIA es mal enemigo para nosotros.

—Bueno… También puedo ser una… buena amiga, Katsumi.

—Yo no soy Yoshimura. Vamos a la casa.

—¿No me venda los ojos?

—Son ojos de ciega, señorita Montfort. Pronto olvidarán lo que vieron. Camine. El espectáculo la está esperando.

Brigitte se volvió. Casi era de noche otra vez. Se sentía cansada y deprimida, pero tenía que continuar. Tenía que esforzarse en conservarse alerta, dispuesta a aprovechar la menor ocasión para

intentar detener al japonés que quería celebrar el aniversario atómico… a su manera.

En efecto, la casa de Naboru Tanaka parecía un *ryokan* japonés, es decir, una de esas casas de madera, con persianas de papel pintado, juncos, suelos también de madera… Era como un dibujo japonés de un artista de los viejos tiempos. A Brigitte se le ocurrió la idea de que, si hubiese mirado hacia el norte, habría visto la silueta del Fujiyama, con sus nieves perpetuas.

Pero solo veía a Katsumi, siempre cerca de ella, siempre vigilante. Apenas entrar en la casa, señaló sus pies.

—Quítese los zapatos.

Brigitte los tiró a un lado, por el simple procedimiento de sacudir graciosamente los pies. Katsumi señaló hacia el fondo. Recorrieron estancias decoradas siempre al estilo más clásico japonés, con flores, esterillas, mesitas bajas, bambúes…

Las puertas eran pequeñas, con plafón de papel. Por las ventanas se veía el jardín, no con uno, sino con varios estanques en cuyas aguas flotaban lotos y lirios…, por entre los cuales, sin duda, se deslizaban algunas carpas japonesas. Subió y bajó escaleras. Era una casa irregular en su construcción, sin simetría aparente. En un momento dado, pasó por un enorme living, a través de cuyo gran ventanal vio el mar, azul y rojizo en las últimas horas de la tarde…

Aquella había sido la pieza más elevada. Luego, se encontró en otra, que parecía la más baja de nivel con respecto al mar. Katsumi hizo una seña a Semba y Toshina, los cuales apartaron un tatami, y alzaron un rectángulo del suelo de madera.

—Baje.

Había una escalera de madera, de amplios peldaños. La espía internacional descendió por ellos. El último en seguirla fue Toshima, que cerró la trampilla sobre su cabeza. Había un pasillo. Se veía luz al fondo y Katsumi señaló hacia allí.

Segundos después, Brigitte se detenía en la entrada, enmarcada. Dentro, sentado cómodamente en un sillón rojo y blanco, en cuyo respaldo se veía la bandera japonesa, estaba Noboru Tanaka, que volvió apenas la cabeza, miró y sonrió amablemente, como si no recordara el mal rato brevísimo que Brigitte le había hecho pasar la noche anterior.

—Pase, por favor. Y tome asiento. ¿Tiene usted apetito, o sed,

quizá?

—Ambas cosas. Pero temo que soy muy exigente.

—No comprendo…

—Comería ostras gallegas y bebería champaña francés… ¿Tiene?

—Temo que no.

—Entonces, no se moleste.

Se sentó en el sillón que le señalaba el longevo japonés, que se la quedó mirando con una chispa de admiración en los diminutos ojillos negrísimos.

—¿Entiendo que prefiere pasar hambre y sed a aceptar lo que yo pueda ofrecerle?

—Si yo no fuera una chica educada, Tanaka, escupiría ahora mismo. Guárdese sus viandas y sus bebidas.

Noboru Tanaka se miró las envenenadas uñas, cariñosamente.

—Si tiene usted la esperanza de morir de inanición antes de que yo lance las cinco atómicas, señorita Montfort, quiero desengañarla definitivamente. Es usted una mujer muy saludable… Estoy seguro de que resistirá perfectamente un par de días sin comer ni beber. No obstante, insisto en mi invitación. ¿Le apetece algo?

—Sí, desde luego.

—¡Bien! ¿Qué es ello?

—Clávese una de esas uñas en un ojo.

—No puedo complacerla… Todavía no, desde luego. ¿Aceptaría un cigarrillo, al menos?

Brigitte casi adelantó una mano hacia el paquete que Tanaka la tendía.

Casi, solamente. La dejó inmóvil sobre su regazo. No contestó, pero tampoco era necesario.

—Su personalidad resulta casi irritante por lo entera y firme, señorita Montfort. De todos modos, no la admiro demasiado. Para quien va a morir muy pronto, privarse de un cigarrillo y un poco de comida no es gran cosa… ¿Le gusta la televisión?

—Las películas de espionaje y las de dibujos animados. También las modas de Carla Venchetti. Soy una admiradora de su buen gusto.

—Lo noté. Pero la sesión de televisión que le ofrezco no se trata de nada de eso, sino de un… juego de astucia. Siendo una agente secreto, le encantará el programa, supongo. Conecta, Katsumi.

Delante de los sillones que ocupaban Tanaka y Brigitte había un hermoso mueble, con cuatro pantallas de televisión, nada menos.

Katsumi apretó el botón de puesta en marcha, y veinte segundos después, en colores, aparecía una estupenda vista del mar; hacia el fondo, algunas gaviotas. Tanaka las señaló.

—Se acercan a la costa. Deben de haberse cansado de seguir algún barco, y ahora vuelven cerca de donde saben que hay siempre seres humanos que tiran comida al mar… ¿Le gustan las gaviotas?

—Desde siempre.

—Pues ya tenemos un punto en común. Creo que no hay nada tan bello como un pájaro…

—¿Incluso los buitres?

—Ese es un animal feo, ciertamente. Pero un adagio japonés dice que el hombre puede cerrar los ojos siempre que quiera… ¿Usted lo entiende?

—Imagino que quiere decir que cuando algo no gusta solo hay que dejar de mirar esa cosa.

—Algo así… ¿Lo encuentra acertado?

—No. Cuando algo no gusta, hay que destruirlo.

—Perfecto. Eso es lo que pienso yo de Estados Unidos.

—Lo mismo que pienso yo de usted, Tanaka.

—Lo comprendo. Y lo tolero, porque siempre comprendo a las personas cuya actitud es razonable y lógica. Es perfectamente lógico y razonable que usted me odie. Del mismo modo que es perfectamente lógico y razonable que yo odie a Estados Unidos… ¿Ni siquiera me aceptará una taza de té?

—No. Solo me gusta el *whisky*. Es lo que siempre pide un americano en cuanto entra en un bar.

—También piden Coca Cola. Los americanos son un pueblo desigual, no están de acuerdo unos con otros. A veces, claro, eso crea una serie de confusiones y… discusiones que pueden llevarlos a la catástrofe. Como, por ejemplo, ahora… Vea: le estoy ofreciendo un programa en directo, señorita Montfort. Y le garantizo que solo nosotros, en exclusiva, estamos gozando de él. Con toda la belleza del color del mar, del tono rojo del sol al atardecer… ¿No quiere mirar? He tenido la delicadeza de convertirla en mi invitada de honor… No me desprecie esto, al menos.

Brigitte miró hacia el mueble donde estaban las cuatro pantallas

de televisión.

En una de ellas se veía, en primer plano, una barcaza de desembarco de la USMC, es decir, de la United States Marine Corps. Y en la barcaza, capaz para sesenta hombres, solo media docena. Ocupándola casi toda, un objeto largo, que casi sobresalía por ambos extremos de la embarcación, por proa y popa; estaba cubierto con una lona en la cual se veía la estrella americana y las palabras United States of America… El objeto redondo y alargado debía de medir no menos de treinta pies, y su forma era inconfundible para un agente secreto que acudía dos veces al año a las sesiones de entrenamiento y puesta al día en la Academia Central de la CIA.

La segunda pantalla mostraba el mismo lanchón de desembarco, pero a mayor distancia.

La tercera pantalla mostraba un viejo pesquero de nombre americano, el *Black Fish*, y la barcaza del cuerpo de marines de los Estados Unidos.

La cuarta pantalla mostraba todo el mar que circundaba a ambas embarcaciones. Era evidente que la cámara efectuaba un movimiento de rotación continuo, vigilando las aguas donde iba a tener lugar el encuentro entre el lanchón de desembarco de los marines americanos y el pesquero llamado *Black Fish*.

Tanaka miró de reojo a Brigitte.

—Compruebe que la cámara número cuatro está vigilando esas aguas, señorita Montfort. En las cuatro ocasiones anteriores se siguió el mismo sistema. Eso nos preserva de una sorpresa por parte de los generosos donantes de una bomba atómica. Oh, por supuesto, todas estas imágenes están siendo tomadas por un equipo cuádruple de televisión instalado en un submarino… Circuito cerrado, claro está. Y, obviamente, el submarino está equipado con radar y sonar. Ya le dije que todo el proyecto me había costado muchos millones de dólares. Pero los he ido ganando con la Japamerican Pictures. Observe un detalle interesante: el submarino… Oh, pero usted no puede verlo, claro…

Brigitte miró a Tanaka, y se pasó la lengua por los labios.

—¿Los Estados Unidos están… entregando su bomba atómica?

—Así parece —asintió amablemente Tanaka—. Le dije ayer que su país ha aprendido mucho en los últimos veinte años, pero, según

parece, no lo suficiente. O quizá sea esa duda, ese cosquilleo de la pregunta clave: ¿y si fuera, verdad lo de la «Gragea AntiA»? Lo cierto es que, en estos momentos, Estados Unidos están dispuestos a entregar su bomba atómica, en las condiciones que le fueron exigidas: un lanchón de desembarco, con el menor número posible de hombres, y la bomba en ese lanchón… Y, según las cámaras de televisión y el radar y el sonar, están jugando limpio: no hay ningún navío en las cercanías del lugar de entrega.

—¿Se llevará la bomba su submarino, Tanaka?

—Por supuesto. Ah, como le decía respecto al submarino… Es un navío que Estados Unidos ofreció en subasta, para desguace, hace como ocho años. Fue comprado…, y, a todos los efectos legales, desguazado. Sin embargo, ahí lo tiene: pintado, remozado, con las máquinas en perfecto estado, portando una emisora de televisión… Y varios detalles más, muy interesantes. Para cualquier posible espectador de todo esto, el submarino sería uno de los pertenecientes a la flota de los Estados Unidos. Sus letras, su sigla de identificación, el uniforme de los hombres que pronto subirán a cubierta… Todo.

—¿Utilizó ese mismo truco con los demás países?

—Bueno… Digamos que cuando Rusia, China, Inglaterra y Francia acudieron al lugar de la cita para entregar su bomba atómica, ninguno sospechó el peligro… hasta que era demasiado tarde. Mmmm… China fue muy desconfiada. Se comprende, sabiendo que su poderío atómico es el menos importante. Pero, precisamente por eso, tenía gran interés en conseguir la «Gragea AntiA»… En su primer envío, cometió la tontería de enviar nada menos que media docena de submarinos detrás del transporte que llevaba la bomba atómica. Todo lo que ocurrió fue que nuestro submarino recogió a los tripulantes del junco que se utilizó entonces, y se dio a la fuga. Tres días más tarde. China recibía una última oferta: juego limpio, o no había trato… Tuvimos la bomba.

—¿Cómo? ¿Qué ocurrió?

—Lo mismo que con los demás países. Solo que ninguno de ellos, tal como yo creía, tuvo valor para confesar al mundo su error, su fracaso… Así, fueron cayendo China, Rusia, Francia e Inglaterra. Y todo, en el mayor silencio. Ninguno de esos países va a admitir públicamente que alguien les robó una bomba atómica,

engañándolos.

—Entiendo… ¿Dónde se está llevando a cabo la entrega, ahora?

—En cierto lugar del Pacífico —sonrió cruelmente Tanaka—. No es más que un trozo del inmenso mar.

—¿Lejos o cerca de aquí?

—En el mar.

—Ya… Parece que Masao Yoshimura consiguió de nuevo el contacto con Washington, y que accedieron a sus deseos y condiciones.

—Por asombroso que le parezca, así ha sido. No tiene más que mirar, para convencerse.

—No me parece asombroso —sonrió Brigitte.

Noboru Tanaka se quedó mirándola unos segundos. Luego, volvió su atención a las pantallas de televisión.

—Su sonrisa contiene esperanza… —musitó—. ¿Qué clase de esperanza, señorita Montfort?

—Masao Yoshimura será seguido y cercado. Será obligado a traer aquí, a esta casa, unas docenas de agentes de la CIA y de otros servicios de contraespionaje norteamericano. Usted no podrá lanzar esas bombas, Tanaka.

—Se desengañará pronto. En cuanto a Masao Yoshimura… ¡Preste atención a esto!

Brigitte volvió vivamente la cabeza hacia las pantallas de televisión. El pesquero Black Fish estaba ya muy cerca del lanchón de desembarco de la USMC. Del pesquero estaba siendo descolgado un pequeño bote, en el cual se veían solamente cuatro hombres, todos ellos japoneses… Por un instante, Brigitte tuvo la impresión de que estaba viendo una película en tecnicolor sobre las acciones americanas en los mares del Pacífico veintitantos años antes. Solo que en aquella ocasión todo era real, y no una creación de Hollywood.

Los cuatro japoneses remaban hacia el lanchón, tranquilos. Una de las cámaras del submarino efectuó un acercamiento, y por un instante los cuatro rostros nipones quedaron en primer plano, grandes, fácilmente identificables… Katsumi dijo algo, y Semba y Toshima rieron quedamente. Tanaka se limitó a sonreír. Y Brigitte, que no había entendido las palabras japonesas, se quedó mirando con expresión desorbitada la cuádruple imagen en otros tantos

aspectos de la entrega de la bomba atómica norteamericana.

El bote se acercaba lentamente al lanchón norteamericano. En este se veían seis marines, uno de ellos, de cabellos grises, con el distintivo de comandante. Había también un teniente, un sargento, un cabo y dos marines de primera. La primera cámara los estaba tomando de muy cerca, y se veían sus rostros tensos, sus ojos mirando a lo lejos, naturalmente hacia el submarino que habían visto emerger relativamente cerca de ellos. Estaban desconcertados y asustados. El teniente estaba diciendo algo, señalando hacia el submarino… El comandante utilizó unos prismáticos… Se vio perfectamente en la pantalla su sonrisa de alivio, y también dijo algo:

—Ahora, el comandante cree que el submarino que están viendo es de los suyos —explicó innecesariamente Katsumi.

Semba dijo algo en japonés, y todos rieron, incluido Tanaka, que lanzó una cruel mirada de reojo a Brigitte. Una mirada divertida, maligna, cruel, que evidenciaba el refocilamiento con que asistía al espectáculo del cual ella era invitada de honor, por ser americana.

—Esperemos que los americanos sean más listos que los demás, y no pretendan oponerse a última hora, cuando descubran que ese submarino no es realmente de ellos, señorita Montfort —explicó Tanaka—. Observe que el comandante tiene unos prismáticos. Mirará con más atención hacia el submarino, verá uniformes americanos…, pero pronto se dará cuenta de que los hombres que llevan esos uniformes no son americanos. El color de nuestra piel y demás rasgos característicos de nuestra raza es una de las desventajas que tenemos los japoneses para determinadas operaciones. Emmm… Temo que se está dando cuenta ahora.

Efectivamente, el comandante del lanchón americano estaba con los prismáticos enfocados hacia el submarino, que debía de haber emergido ya, y decía algo, muy excitado, señalando hacia las cámaras, es decir, hacia el submarino. El teniente casi le quitó los prismáticos de un tirón, y miró a su vez.

Luego, bajó los prismáticos, lentamente. Se vio su rostro alterado, demudado.

—Se han dado cuenta —rio Tanaka, agudamente—. No podía ser de otro modo, claro está. Pero no importa. Es decir…, no importa según lo que esos hombres decidan hacer.

Brigitte miraba las pantallas como hipnotizada.

Por un momento, tuvo la esperanza de que los seis marines presentarían batalla, incluso que darían sus vidas con tal de que aquella bomba se hundiese allí mismo, en aquel momento, a fin de que solo pudiera ser recuperada por grandes medios, de los que solo disponía la US Navy.

Pero no.

El pequeño bote que había sido descolgado del pesquero llegó junto al lanchón, y, ante la pasividad de los marines, los japoneses subieron a bordo, armados…

—No los matarán —explicó Noboru Tanaka—. Si es posible, realizaremos la recogida de la bomba de un modo pacífico, a fin de dar la impresión, hasta el último momento, de que nuestras intenciones son buenas… Si esos americanos no hacen nada, salvarán sus vidas… de momento. Todo depende del lugar adonde sean llevados después de esto. Sería gracioso que muriesen bajo la explosión de la bomba atómica que ellos mismos han entregado…

Brigitte se pasó la lengua por los labios, tensa, angustiada. Pero los marines se portaron sensatamente. Siempre obedeciendo las órdenes de los japoneses, saltaron al bote en el que estos habían llegado, y empezaron a remar, alejándose. Mientras tanto, el pesquero Black Fish estaba virando, dispuesto a alejarse de allí. Y el submarino, a juzgar por el paulatino agrandamiento de todas las imágenes, se acercaba al lanchón, que a su vez era conducido a su encuentro por los japoneses que habían llegado en el bote descolgado del pesquero.

En una pantalla apareció ahora la imagen de un costado del submarino, y quedó fija allí. Menos de un minuto más tarde, el lanchón aparecía junto al submarino, por aquel lado. Unos cuantos japoneses con uniformes de la US Navy se estaban descolgando por el costado del submarino, sujetos con cuerdas por los sobacos, y portando rollos de finísimo cable. En el costado del submarino habían sido colocados unos grandes ganchos, a los cuales, entre los japoneses que ahora ocupaban el lanchón y los que se descolgaban por el costado del submarino, fue atada la enorme bomba que quedó al descubierto al ser arrancada la lona.

La operación llevó casi diez minutos, y durante todo este tiempo una cámara permaneció fija enfocándola, llevando la imagen hasta

el sótano del *ryokan* de Noboru Tanaka, mientras las demás iban mostrando el mar que circundaba el submarino, y el cielo, vigilando la posible llegada de buques o aviones norteamericanos.

Del bote en el que se habían marchado los seis marines ya no volvieron a ocuparse de un modo específico. Alguna vez, al recorrer el objetivo aquella parte del mar, se veía el bote sobre las aguas, y las diminutas figuras de los marines remando enérgicamente.

Finalizada la fijación de la imponente bomba atómica al costado del submarino, todos los japoneses pasaron a este, y el lanchón americano de desembarco fue hundido de un solo cañonazo, disparado desde un centenar de yardas, ya en marcha el submarino.

Finalmente, este desapareció bajo las aguas.

Y ya no hubo más imágenes en las cuatro pantallas.

Tanaka hizo una seña, y Katsumi cerró la recepción. Todo quedó en silencio, de pronto, hasta que el viejo japonés se volvió hacia Brigitte, comentando:

—Ha sido una entrega perfecta, digna de los Estados Unidos. ¿No está de acuerdo, señorita Montfort?

Brigitte miró a Tanaka. Luego, la pistola que Katsumi llevaba a la cintura. Se pasó la lengua por los labios y permaneció en silencio, pálida como un cadáver.

—Respecto al señor Yoshimura… ¿le gustaría verlo?

—¿Está aquí? —exclamó Brigitte.

—Desde luego. Esperando saber si su trabajo ha sido coronado por un feliz éxito final.

—¿Puedo… podría verlo?

Noboru Tanaka se puso en pie, sonriendo enigmáticamente.

—Por supuesto. La acompañaré, y así podré comunicarle que todo ha terminado bien. Observaremos su reacción cuando le digamos que ya ha sido efectuada la entrega de la bomba USA. Sígame, por favor.

Capítulo XIII

Se detuvieron delante de una habitación cuya puerta era de madera fina, con dibujos que parecían de laca. Katsumi la abrió, y Tanaka cedió el paso a Brigitte, con una irónica sonrisa cortés en su arrugado rostro amarillento, brillando sus menudos ojillos entre las mil arrugas que los bordeaban, haciendo sonar suavemente sus envenenadas uñas, que parecían las de una garra de ave de carroña.

Brigitte entró sin preocupación alguna. ¿Qué podía sucederle que aquellos cuatro hombres no consiguieran aunque ella se opusiera? Si querían que entrase, entraría de todas formas…

Se quedó como clavada en el suelo apenas hubo dado un par de pasos.

Masao Yoshimura estaba allí, sentado sobre un tatami, con las piernas cruzadas, de espaldas al rojo anochecer que se veía por entre las persianas de junco de la ventana. Era una estancia lisa, vacía, de suelo de madera brillante, pulidísima.

Yoshimura alzó los ojos, la miró con indiferencia, y luego miró a Tanaka, expectante.

Tras ella, Brigitte oyó la voz de Noboru Tanaka:

—Se consiguió. Tenemos la bomba.

Masao Yoshimura hizo una ligera inclinación de cabeza. Luego, miró fugazmente a Brigitte.

—¿Puedo despedirme de ella?

—Sí. Tienen cinco minutos.

La puerta se cerró a espaldas de Brigitte, que se acercó a Yoshimura, mirándolo fijamente, sin saber qué pensar.

—¿No quieres sentarte? —ofreció el japonés.

—¿Vas a darme una explicación? —musitó la espía.

—Sí.

Ella entornó los ojos. Se acercó a la ventana y miró por entre las cañas de bambú. Afuera, paseando por el jardín, vio a tres

japoneses, en distintos puntos, mirando hacia el mar y hacia la casa, alternativamente.

—No podrás escapar por la ventana —advirtió Yoshimura—. Ni por ningún otro sitio. Siéntate, Brigitte. Quiero despedirme de ti.

Baby Montfort quedó de nuevo mirando fijamente al japonés. Por fin se sentó ente él, en un extremo del tatami.

—¿Despedirte? —musitó.

—Me voy a marchar muy lejos…

—¿A Japón?

—Mucho más lejos —sonrió Yoshimura—. Todo lo lejos que puedan llegar los muertos.

—No entiendo… ¿Te van a matar? Ahora, al verte, me ha parecido que tú eres el culpable directo de todo esto, el que lo ha planeado todo…

—¿Eso has creído de mí? —murmuró tristemente Yoshimura.

—¿No es cierto?

—No… Yo, como otros cuatro hombres japoneses de ideas nobles, solamente he sido utilizado por Noboru Tanaka. Dime, ¿es cierto que trabajas para la CIA?

—Es cierto.

—Entonces, tú me has estado engañando… mientras yo era sincero contigo en todo momento.

—Yo también fui… sincera contigo en ciertos momentos, Masao. Tenía que sonsacarte todo cuanto pudiera, recurriendo a cualquier medio. Pero entre todo eso hubo una buena parte de sinceridad en mí.

—Lo cual me consuela… Porque te creo, Brigitte. Es cierto lo que dije de tus ojos. Ahora están… helados, fríos, duros… Pero quizá puedas volver a llenarlos de aquella luz que yo vi…

—No viviré para eso.

—Lo siento. —Yoshimura inclinó la cabeza—. Lo siento por ti, por mí, por casi treinta millones de americanos. Y lo siento por Japón y todos los japoneses. Quiero… quiero que sepas que no todos somos como Noboru Tanaka. Japón no guarda ya rencor, ni desea la muerte en el mundo, ni haría jamás, hoy día, lo que quiere hacer Tanaka, ni…

—Sé a qué atenerme con respecto a Japón. Y sé que esto no es obra de tu país. Es la obra de un criminal que ni siquiera tiene la

disculpa de estar loco. Es una atroz venganza, Masao… Una venganza personal, con una espera de veintidós años. El hecho de que Noboru Tanaka sea japonés no significa nada para mí. Igual podría haberlo intentado otro hombre, de otra nacionalidad… Igual, si las cosas hubieran sucedido al revés en la historia, podría haber sido un americano quien estaría ahora planeando bombardear Japón con bombas atómicas. Pero eso, Masao, está ya fuera de nuestro dominio… Háblame de ti…, si es que tienes algo que decirme.

—Solo pedirte perdón y despedirme.

—Tú me perdonaste una vez —sonrió dulcemente la espía—, de modo que no tengo más remedio que corresponder. En cuanto a la despedida, supongo que deberá ser mutua.

—Yo partiré antes… Dentro de muy pocos minutos. Y partiré con la alegría de haberte visto todavía una vez más. Cuando salgas de aquí, Brigitte, me haré el *harakiri*.

Brigitte se quedó mirando estupefacta a Masao Yoshimura.

—No… —murmuró—. ¡No!

—Sé lo que estás pensando. Crees que soy un… bárbaro, recurriendo a antiguos procedimientos de castigo…, de autocastigo. Quizá sea cierto, pero espero que lo comprendas… Tanaka me ha explicado lo que han hecho conmigo, igual que con otros cuatro… En las cinco ocasiones, han buscado hombres respetados en el Japón. Hombres cuya… bondad, cuya dedicación a la vida de los demás era reconocida, A todos, los han engañado diciéndoles que tenían la «Gragea AntiA», que precisaban de la ayuda atómica de Estados Unidos para la última prueba, pero que había que hacer las cosas con discreción, huyendo de la notoriedad, del espionaje, de ambiciones personales… Era una distinción elegirnos… Y los cinco aceptamos. No sé quiénes fueron los otros cuatro, pero sí sé que, como yo anoche, llegaron al punto final, al contacto con enviados del país donde se esperaba conseguir la bomba atómica. Después de esto, fueron… retirados por los hombres de Tanaka, y asesinados. Eso es lo que querían hacer conmigo hoy, igual que con los demás, para cortar el camino de los americanos hasta mí, igual que antes cortaron el camino de los rusos, chinos, franceses e ingleses hacia los otros cuatro hombres japoneses de buena fe.

—¿Y no te han matado porque les has pedido el derecho de

matarte tú mismo?

—Sí. Al menos, eso debo agradecerle a Tanaka.

—Masao… Por favor, Masao… Estamos en mil novecientos sesenta y siete… Japón y los japoneses han cambiado mucho en todo, tú lo sabes mejor que yo… ¡No puedes hacer eso a estas alturas!

—Yo te comprendo, Brigitte. Y tienes razón. Pero creo que merezco morir así. Sé… que es una retrocesión en todo cuanto hasta ahora he conocido y vivido. Es una retrocesión en el tiempo y la cultura. Pero tengo la necesidad interior de hacerlo. Es más: lo deseo. Quiero castigarme a mí mismo, por la ayuda que he prestado a este horrible plan de Noboru Tanaka. ¿Lo comprendes?

—Comprenderlo, sí. Pero no estoy de acuerdo contigo, Masao… Todavía podemos tener… un golpe de suerte, escapar de aquí, vivir… No quiero engañarte ahora: no iría a vivir contigo a Tokio. Pero no porque te haya mentido en nuestros momentos importantes, sino porque yo no puedo amar a un solo hombre, sino a todos los hombres, a todos los niños, a todas las mujeres… Hay una vida por delante de nosotros… No te la quites tú mismo.

Masao Yoshimura sonrió suavemente.

—He sabido en todo momento que tu corazón es demasiado grande, Brigitte. Te comprendo, te admiro, te amo. Por eso… Ahora, quiero despedirme de ti con el deseo de que consigas escapar… Y si lo consigues, ten cuidado con tu corazón, porque cualquier día, de tan grande, no podrás soportarlo.

—¿Me aconsejas que si logro escapar deje de ser una buena niña? —sonrió la espía.

—Será el único modo de que vivas muchos años. Y ahora, adiós, Brigitte Montfort, alias Baby.

Era evidente que Yoshimura daba por terminada la despedida, la última entrevista. Pero Brigitte no se movió.

—Masao, es posible que nos saquen pronto de aquí. Quiero hacerte una proposición.

—¿Cuál?

—Escucha… Sigue adelante con esto. Pide el arma blanca, simula que vas a hacerte el harakiri, o que te lo haces… Arréglatelas como quieras para ganar tiempo…, pero consérvate vivo. En cuanto pueda, yo…

La puerta de la estancia se abrió. Brigitte miró intensamente a Yoshimura, que le sonrió e inclinó la cabeza.

La espía se puso en pie, volviéndose. Noboru Tanaka estaba en el umbral. Tras él, Semba, llevando en las manos un almohadón sobre el cual se veía un sable. A una seña de Tanaka, Brigitte salió del aposento, dirigiendo una última mirada a Yoshimura. Semba se cruzó con ella. Dejó el almohadón con el sable sobre el tatami, delante de Masao Yoshimura, y salió de la estancia.

La puerta fue cerrada, y Brigitte fue llevada de nuevo al sótano donde estaba el aparato con cuatro pantallas de televisión. Tanaka se sentó, y se quedó mirándola fríamente.

—¿No le parece que Masao Yoshimura es digno de admiración y respeto? Eso no lo haría ningún americano.

—Desde luego que no, Tanaka. Un americano lucharía hasta dejar la última tira de su piel en su intento por seguir viviendo. Pero ya se sabe que los americanos somos una raza inferior, sin grandeza espiritual.

—Capto muy bien el sentido irónico de sus palabras, señorita Montfort. Pero no vamos a discutir eso. La he traído de nuevo aquí porque tengo algo importante que decirle…

—¿Se va a clavar una uña? —pareció esperanzada Brigitte.

—Voy a adelantar un par de días la fecha del aniversario atómico. El espanto se llevó toda la ironía de la agente Baby, que una vez más palideció antes los proyectos de Noboru Tanaka.

—¿Por qué? —musitó apenas.

—Se lo diré. Le explicaré cuál ha sido la jugada de Estados Unidos en este asunto de la bomba atómica. Por supuesto, han obrado tal como yo esperaba y sospechaba… ¿Sabe cuándo lo sospeché?

—¿Cuándo y qué es lo que sospechó? No entiendo nada.

—Estoy seguro de que, en el fondo, sabe las cosas tan bien como yo, pero se las explicaré. Decía que, tal como esperaba, Estados Unidos ha realizado una jugada especial: la carga atómica que contiene la bomba que han entregado hace un cuarto de hora o poco menos, es falsa.

—¿Falsa?

—Un ingenioso mecanismo por completo inútil. Pero ya le dije que dispongo de técnicos atómicos, que estaban esperando la

bomba en el submarino. La… utilización de ciertos aparatos conectados a la bomba por unos hombres-rana ha dado como resultado el conocimiento de que ese… artefacto jamás efectuará una explosión atómica.

—¡Bravo! —exclamó Brigitte.

—Magnífico —sonrió Tanaka, inundando aún más su rostro de diminutas y finísimas arrugas—. En verdad magnífico, señorita Montfort, ya que eso es precisamente lo que estábamos esperando.

—¿Có… cómo…?

—Es simple. Sé muy bien que actualmente la Japamerican Pictures y esta casa están vigiladas por la CIA y cualquiera sabe cuántos otros servicios de contraespionaje norteamericano. Es lo lógico, naturalmente.

—Si le hubiesen localizado, ya habrían…

—Déjeme seguir. Mire, yo… comprendo muy bien que la CIA, por ejemplo, no puede ser un organismo que deja de funcionar porque le maten un agente y le rapten otro. Sus hilos son muchos, sus conexiones y posibilidades son ilimitadas… De ninguna manera puedo creer que matando a uno de sus hombres y teniéndola prisionera a usted, la CIA quede desorientada, perdida la pista… No, no, no… Sé muy bien que estoy estrechísimamente vigilado. Usted tenía radio, sus compañeros también, usted estuvo en la Japamerican, sé que Masao Yoshimura le mencionó mi nombre antes de ser capturada… Luego, otro detalle: si la CIA estuviera jugando limpio, habrían retenido a Masao Yoshimura, como intentaron Rusia, Inglaterra, Francia y China con los otros cuatro enviados, y por eso tuvimos que matarlos. En cambio, cosa sorprendente, Masao Yoshimura ha podido… «burlar» la vigilancia nada menos que de la CIA, el
G-2
, el FBI, posiblemente el Servicio de Contraespionaje del Departamento de Guerra… ¿No le parece absurdo?

—Sí.

—Por tanto, hay que rendirse a la verdad: tanto en esta casa, como en la Japamerican, Noboru Tanaka y sus hombres están estrechamente vigilados. Debo admitir que sus compatriotas lo están haciendo todo muy bien, ya que no hemos conseguido descubrir un solo detalle revelador de esa vigilancia. Por nuestra

parte, nos dedicamos a vigilar a nuestro alrededor, simulando que no sospechamos nada, a fin de ir dejando pasar el tiempo, manteniendo inamovible la situación. En resumen, estamos todos a la expectativa. Ahora, pues, por mi parte, solo me resta actuar con normalidad, mientras sus amigos esperan. Y durante esa espera, yo enviaré las cuatro bombas atómicas de que dispongo a cuatro ciudades:

Miami, Nueva York, Washington y Chicago.

—Eso será si puede, Tanaka.

—Oh, sí… Sí podré.

—Se las quitarán.

—Eso es lo que están intentando. Oh, vamos, señorita Montfort: estoy seguro de que usted ha descubierto ya la jugada…, la gran jugada de sus compatriotas.

—Es posible —sonrió Brigitte.

—¿No quiere demostrarme lo lista que es?

—¿Por qué no, Tanaka? Lo que mis compatriotas están tramando es saber adónde se dirige ese submarino con la bomba que le han entregado… O sea, a la base donde tiene usted las otras cuatro bombas atómicas. Es de suponer que en la bomba USA haya algún emisor de frecuencia determinada y onda ultracorta que irá delatando en todo momento la posición de su submarino a los de la U.

S. Navy

que le van siguiendo fuera del alcance de su radar.

—Perfecto y magnífico. De manera que mientras los submarinos de la U.

S. Navy

estén siguiendo al mío, nada sucederá, nadie hará nada. Permanecerán a la expectativa la CIA y todos los demás… Nadie intentará nada hasta que se reciba la noticia de que han localizado la base donde tengo las cuatro bombas. Entonces, me las quitarán, enviarán el mensaje al continente…, y esta casa y la Japamerican Pictures serán invadidas. ¿No es eso?

—Eso es, en efecto —sonrió de nuevo la espía.

—Magnífico. Porque, precisamente, eso es lo que yo estaba esperando.

—¿Lo… estaba… esperando?

—Así es. Mientras todos esperan aquí, y la U. S. Navy sigue a mi submarino, yo haré… vida normal. Y durante esa vida normal, lanzaré las cuatro bombas.

—¿Su submarino no se dirige hacia… hacia donde están las… las cuatro bombas atómicas…?

—Por supuesto que no —rio Tanaka—. Mi submarino está engañando a la U. S. Navy, y yo, a todos los servicios de espionaje y contraespionaje americanos. Por eso, mientras todos permanecen a la espera, yo voy a adelantar en dos días la celebración del aniversario atómico. Y ahora, Katsumi se la llevará de nuevo a su aposento, para matarla… o hacer lo que él quiera. Hasta nunca, señorita Montfort.

Dio una orden en japonés. Katsumi asió a Brigitte de un brazo, y tiró de ella, sonriendo ávidamente. Se la llevó de allí casi arrastrándola, como si en lugar de estar viva, Brigitte Montfort fuera solamente una muñeca inanimada, palidísima. Una bellísima muñeca de ojos azules y cuerpo magnífico, con la que Katsumi, sin duda, preferiría jugar antes de romperla.

Seguidos de Semba y Toshima, regresaron al garaje. Semba alzó la trampilla, descendieron todos al sótano secreto, y quedaron ante la puerta de la húmeda habitación donde la espía había permanecido encerrada antes. Katsumi dijo algo en japonés, y sus dos compañeros sonrieron, afirmando con la cabeza. Los tres pares de ojos se clavaban con insistencia en Brigitte, que comprendió muy bien lo que se estaba tramando allí.

Por supuesto, el primer turno le correspondía a Katsumi. El japonés tendió la pistola a sus compañeros, señaló a Brigitte el interior de la húmeda habitación, y entró tras ella. Cerró la puerta, se volvió y se quedó mirándola con ojos brillantes, como carbones en rojo en la rojiza y difusa luz de la celda, fruto de la pequeña bombilla.

—Muy bien… —siseó—. Creo que ha llegado el momento de nuestra pelea, señorita Montfort.

Brigitte dejó caer los brazos, desalentada.

—No quiero pelear, Katsumi. ¿Para qué?

Capítulo XIV

El japonés se quedó mirándola incrédulamente.

—¿No quiere pelear?

—¿Qué ganaría con ello? Sé lo que me espera, pero preferiría morir sin violencia. Es todo lo que te pido: un disparo al corazón.

—¿Ahora mismo?

—Cuando tú quieras —murmuró Brigitte.

Los ojos de Katsumi se entornaron, con malicia. De pronto, sonrió y empezó a acercarse lentamente a la espía internacional, cuyo aspecto no podía ser más sumiso. Katsumi no se llamó a engaño, sin embargo… Cuando se detuvo ante ella, estaba vigilante, atento, en guardia. No temía la pelea con aquella mujer, estaba seguro de vencerla, pero no podía permitirse que ella le sorprendiera, como ocurrió en el motel…

—No tengo ningún truco preparado —sonrió tristemente Brigitte —. ¿Es eso lo que estás pensando?

—Sí.

—Muy bien… Puedes perder todo el tiempo que quieras, Katsumi. Yo solo tengo que esperar tu decisión… Ya me avisarás.

Se acercó a la pared, se sentó y apoyó la espalda, tranquilamente. Katsumi estuvo mirándola no menos de dos minutos, intentando, en vano por supuesto, adivinar los proyectos de aquella mujer. Pero ella se limitó a cerrar los ojos, como quien está terriblemente cansado y nada le importa ya lo que pueda ocurrirle.

Por fin, Katsumi se acercó a ella, y se acuclilló delante. Brigitte abrió los ojos, que recogieron el diminuto fuego de la bombilla del rincón del techo.

—¿Todavía estás aquí?

—¿Se da por vencida…?

—Ponte en mi lugar… ¿Qué harías? ¿Qué preferirías: morir a

golpes sin evitar nada…, o morir en paz?

Katsumi adelantó una mano hacia el desnudo hombro de la espía, y bajó suavemente el delgadísimo tirante del corpiño de lamé. Luego, su mano se deslizó lentamente por el hombro, el brazo… Ascendió, hacia la garganta femenina, y acarició la finísima piel…

—Si tu mansedumbre es falsa —musitó—, te aseguro que lo lamentarás de verdad…

Brigitte encogió el hombro sobre el cual estaba la mano del japonés, que se deslizó hacia abajo, mientras el rostro de Katsumi se acercaba al de la espía. Puso sus labios en los de ella, y entonces Brigitte alzó los brazos, rodeando con ellos el cuello del nipón, mientras correspondía profundamente al beso.

Katsumi abarcó con sus brazos todo el torso de la espía, por la espalda, apretándola contra él salvajemente, mientras profundizaba más y más en el beso ávido… Brigitte gimió, y se dejó caer de lado, llevándose con ella a Katsumi, que no dejaba de besarla… Una mano del japonés descendió, aferró la desgarrada falda del vestido de noche, y tiró con fuerza, arrancando una mitad. Luego, arrancó la otra, y se tendió de lado junto a Baby Montfort, la espía internacional número uno.

Su suerte estaba echada.

Quedaron los dos tendidos en el suelo, siempre Katsumi besando y acariciando a Brigitte…, mientras las manos de la espía iban hacia atrás, hacia el borde del corpiño de lamé. Y mientras correspondía al beso del japonés, sus finos deditos buscaban frenéticamente en el borde del cierre del vestido. Por fin, tras un suave tirón, apareció la punta del delgadísimo alambre de acero que rodeaba toda la cintura del vestido. Siempre con las manos a la espalda, Brigitte se rodeó dos dedos con un extremo del alambre, y acabó de sacarlo… Entonces, pasó las manos delante, interponiéndolas entre su pecho y el del japonés.

Apartó sus labios de los de él, no sin dificultades.

—Katsumi, espera… Estoy mal…

Pasó por encima del japonés, que permaneció inmóvil, esperando a que Brigitte le rebasara, hacia su espalda. Cuando iba a volverse, un bracito de ella rodeó su cuello, por detrás…

—Prométélo —pidió—. Prométeme que me mataréis de un

disparo, sin torturas innecesarias, Katsumi…

Apareció la otra mano de Brigitte por delante del japonés cuando este iba a contestar. Oyó un ruidito extraño, como… como el de una cuerda floja en un instrumento musical… Un raro sonido de alambre…

—¡AaaaaAAAGGGG…!

El alambre de acero se clavó en su garganta, ahogando su grito inmediatamente, hundiéndose en la oscura piel, cortándola con la presión que ejercían las manitas de la espía tirando hacia atrás de ambos extremos con todas sus fuerzas.

Katsumi alzó sus manos hacia el alambre, pero ni siquiera pudo tocarlo, porque ya estaba hundido en su garganta. Luego, temblando violentamente, quiso encontrar las manos de la espía, pero estaban detrás de él, hincadas en la nuca, apoyando la presión. Quiso levantarse, y tras un primer fracaso lo consiguió…, pero llevando en su espalda a Baby Montfort, con las piernas rodeando su cintura desesperadamente, jadeando por el esfuerzo que requería estrangular a un gigante como Katsumi.

Y de pronto este cayó, como plegándose sobre sí mismo, despacio, resistiéndose. Por un momento, atrapó a Brigitte bajo el peso de su cuerpo, pero ella continuó apretando y empujando al mismo tiempo al gigantesco japonés…, que tres segundos más tarde quedaba inmóvil, inerte, Conteniendo su jadeo de cansancio, Brigitte se puso de rodillas junto a él, y colocó una manita sobre el corazón de Katsumi…, que había dejado de latir. Efectivamente: su suerte estaba echada. Para siempre.

Brigitte se deslizó hacia la pared que comunicaba con la celda de John Pearson, alias Fantasma, el más eficaz espía del MI5 británico, y llamó con los nudillos, quedamente:

«—John.

»—Te he llamado varias veces… Dime dónde te han llevado, qué ha ocurrido, qué está ocurriendo en tu celda…

»—Luego, John. Ahora, vamos a salir de aquí.

»—Sabía que lo conseguirías. Dime en qué te ayudo.

»—Dentro de dos minutos, empieza a gritar y a dar golpes en tu puerta. Pide comida, o agua… Lo que sea.

»—Descuida. Dime cuándo empiezo a contar los ciento veinte segundos.

»—Ahora mismo. Vale».

Se apartó de la pared, arrastrándose hacia Katsumi. Lo registró todo, y estuvo a punto de lanzar un grito de alegría cuando encontró la navaja de resorte; apretó este, y la hoja apareció, brillante… No era muy grande, pero ya no estaba desarmada. Una espía de su categoría estaba obligada a hacer milagros con aquella arma.

Buscó la llave de la puerta en los bolsillos de Katsumi, y de pronto recordó que este la había dejado en la cerradura, tan seguro estaba de que ella no podría escapar, sobre todo estando afuera Semba y Toshima, esperando su turno…

Fue allí, y pegó el oído a la madera. Oía el rumor de las voces de los dos japoneses, hablando en su idioma. Con todo cuidado, desenrolló de su mano derecha el delgadísimo alambre, que no había querido quitar antes para evitarse el dolor, pues se había hundido hasta el hueso. Cuando acabó de desprenderlo de su carne, estaba muy pálida, y unas gotitas de sudor resbalaban por su frente y mejillas…

—¡Heeeeeeeeeyyyy…! —Se oyó el grito de pronto—. ¡Maldita sea, quiero afeitarme, y tomar el té! ¡Puercos de todos los demonios, traedme algo para quitarme estos asquerosos pelos de la cara, y algo de beber y comer…! ¡Heeeeeyyyyy…!

Con la misma fuerza que la voz, resonaban afuera los violentísimos golpes que John Pearson daba en la puerta de su celda, sin dejar de gritar, cada vez más fuerte… Gritó tanto, que Brigitte ni siquiera oyó, como hubiera deseado, el ruido de los pies de Toshima y Semba corriendo hacia aquella celda.

Pero, como lógicamente así tenía que ser, dio vuelta a la llave, y salió. Los gritos y el estruendo que Fantasma había organizado atronaban todo el sótano.

Y delante de la puerta de la celda de John Pearson, Toshima y Semba, pistola en mano, moviéndose airadamente, excitados. Semba sacó una linterna, la enfocó hacia la puerta, y Toshima la abrió violentamente hacia dentro… Ambos estaban dispuestos a disparar. ¿Qué más daba que aquel inglés muriera entonces? Además, en Los Ángeles ya no se produciría explosión atómica, de modo que cuanto antes lo mataran, menos trabajo para luego…

El que más cerca estaba de Brigitte era Semba, de perfil,

ocultando con su cuerpo a Toshima, que se disponía a disparar en cuanto la luz de la linterna que Semba tenía en una mano iluminara al británico…

Y fue precisamente Semba quien, de pronto, volvió la cabeza hacia la puerta de la celda de Brigitte, abriendo la boca para decir algo a quien solo podía ser Katsumi, que acudía a los gritos del inglés…

Por un segundo, Semba quedó petrificado, abierta la boca, los ojos desorbitados.

Y así acabó sus días.

La mano derecha de Brigitte se movió con fuerza, hacia delante, lanzando la pequeña navaja, mientras Semba iniciaba la vuelta para encararla con su pistola… No podía haberse movido más a gusto de Brigitte, ofreciendo la garganta… Su dedo se crispó, se oyó un apagado «plop», y la navaja se clavó en su garganta, hundiéndose fuertemente hasta el mango, empujándolo hacia atrás, de modo que cayó de espaldas contra Toshima, desplazándolo, casi derribándolo… La pistola y la linterna de Semba escaparon de sus manos, rodando la primera hacia la celda, y la segunda hacia el otro lado del pasillo.

Toshima recuperó pronto el equilibrio, se quedó un instante atónito al ver a Brigitte, y, en el acto, alzó la pistola…

Plop.

Brigitte había saltado ya hacia un lado, y la bala dio en una pared del pasillo, sordamente. Toshima la siguió con la pistola, volvió a disparar…, y la bala rebotó casi tocando un pie de Brigitte cuando esta saltaba hacia la celda, único modo de encontrar protección contra el siguiente disparo del japonés.

Este corrió hacia la celda, recogiendo al pasar la linterna, y la enfocó hacia el interior…

Plop.

Esta vez no fue Toshima quien disparó, sino alguien situado detrás de él y a un lado. La cabeza del japonés estalló, y este entró dando trompicones de caída en la celda, ya muerto.

Apenas un segundo después, Brigitte aparecía en la puerta, mirando hacia la otra celda.

John Pearson sonrió enfurruñado, pasándose una mano por la tupida barba rubia de cuatro días, y alzando la otra, con la pistola,

en un saludo.

—Hola, Baby. ¿No tendrías por casualidad una navaja, o algo que sirva para afeitar?

—¿Te parece bien que vayamos a pedírsela a Noboru Tanaka? —Sonrió la divina espía.

—Buena idea. ¿Sabes cómo salir de aquí?

Brigitte asintió con la cabeza. Recogió la pistola de Toshima, quitándole al mismo tiempo la de Katsumi. Recogió también la linterna, y señaló pasillo adelante.

—En marcha.

—Un momento, un momento —protestó el británico, abrazándola—. Creo que me reservaste un beso pera cuando saliéramos de aquí, ¿no?

Brigitte le echó los brazos al cuello, riendo, y le besó en la boca, alegremente.

—Bueno… No es un beso de pasión, pero lo aceptaré de momento. ¿De verdad no tienes nada que sirva para afeitar?

—Estás muy guapo con barba. Hay más japoneses en esta quinta, John… No perdamos tiempo, y… mucho cuidado.

—Estando tú, no hay cuidado que valga… Santo Dios, me pregunto de dónde sacas esa suerte fabulosa que…

—¿Quieres callarte de una vez? —amonestó Brigitte.

Lo guio hacia el tramo de escalones que llevaba al garaje. Se quedó allí, mirando hacia la trampilla. Es decir, simplemente hacia el techo, pues no se veía señal alguna del límite de la trampilla.

—Bien… ¿Qué esperamos? —urgió ahora Pearson.

—Hay… alguien arriba… Calla.

El agente del MI5 aguzó el oído. En efecto, arriba se oían apenas unas cautelosas pisadas, de un lado, a otro, lentas… Por fin, se detuvieron, casi un minuto más tarde, sobre la trampilla. Las pisadas se desplazaron un poco.

Y pocos segundos después la trampilla se alzaba una pulgada. John Pearson alzó la mano armada, pero Brigitte se la bajó, sonriendo.

—No, John.

—Pero…

—Ssst.

La trampilla se alzó un poco más. Vieron unos pantalones

negros. El hombre que estaba alzando la trampilla se movió, y vieron, fugazmente, una de aquellas zapatillas negras, igual que las que llevaban Katsumi, Semba y Toshima. De pronto, la trampilla se alzó completamente, pero del hombre ya no se vio ni rastro. En cambio, sí llegó hasta ellos su voz, hablando en japonés. Luego, repitió la orden, en inglés:

—Tiren sus armas hacia arriba. Luego, salgan con las manos en la nuca. Uno a uno y despacio.

Brigitte se echó a reír. Tiró su arma hacia arriba, le siguió la de Katsumi, y, por último, tras quitársela al sorprendido Pearson, la tiró también hacia lo alto. Luego, tomó del brazo al británico, y señaló graciosamente la escalera.

—Arriba, querido.

Aparecieron los dos a la vez, todavía John Pearson sin creer en lo que estaba viendo… Un japonés de más de seis pies apareció ante ellos, sonriendo, con una enorme pistola automática provista de silenciador en la mano derecha. Iba completamente vestido de negro, sus cabellos eran cortos y crespos, sus manos grandes, tostadas hasta el tono marrón.

Sus oblicuos ojos quedaron fijos en Brigitte.

—Debí suponer que no me necesitarías para nada, Baby —musitó.

—Tu intención era buena, querido Clarence… Emmm… Te presento al señor… Smith. Saluda, Fantasma.

Capítulo XV

—¿Qué tal? —gruñó Pearson.

—¿Es usted el del MI5? —preguntó el falso japonés.

—No sé de qué me habla. Pero le diré que está usted magníficamente caracterizado… ¿Pertenece a la CIA?

—Solo al FBI —rio Brigitte—. Bueno, yo creo que nos hemos reunido aquí lo mejorcito del espionaje y contraespionaje que pueda encontrarse en el mundo entero… ¿A qué podríamos dedicarnos?

—Primero, quiero afeitarme —dijo Pearson.

—Que no, querido, que no —volvió a reír la espía—. Así, el señor Clarence no reconocerá en el futuro al señor… Smith. Y el señor Smith jamás reconocerá al señor Clarence cuando lo vea con su cara de guapo señor americano, con corbata y mascando chicle… ¿Cómo están las cosas por ahí fuera, Clarence?

—Regular. Tuve que romperle el cuello a un japonés para poder llegar hasta aquí.

Abrió la puerta de un coche, metió la mano y dio un tirón, sacando a un japonés cuya cabeza estaba extrañamente vuelta hacia atrás. Lo volvió a meter dentro del coche, se acercó a una ventana del garaje y miró hacia la casa.

—Por lo demás, parece que todo está en orden.

—¿Has visto a algún compañero mío?

—Desde luego. Mmm… Otra vez hemos juntado fuerzas el FBI y la CIA.

—Nos vamos volviendo sensatos —musitó Brigitte—. ¿Has sido tú el elegido para venir a rescatarme?

—Un chico de la CIA se ofreció, pero le convencí para que me dejase el puesto. De todos modos, para serte sincero, no venía precisamente a rescatarte.

—Oh…

—No convenía.

—¡No convenía! —exclamó Brigitte—. ¿Puedes explicarme eso?

—Digamos que más que nada interesaba una visita de inspección a toda la quinta de Noboru Tanaka, porque estamos llegando a la conclusión de que el submarino no se dirige hacia donde están las bombas.

—De eso puedes estar seguro.

—Sin embargo, tampoco están en la quinta. Unos cuantos hombres-rana han examinado la costa en dos millas, de norte a sur, y no han encontrado nada: ni puertas secretas, ni escondrijos… En cuanto al sótano del cual habéis salido, supongo que no contiene esas cuatro bombas.

—Desde luego que no. ¿Estás al corriente de todo, Clarence?

—Por completo. Y… decía que no podíamos sacarte de aquí porque entonces Tanaka habría sabido que nosotros estábamos sobre él, en su pista…, y podría haberlo echado todo a rodar.

—Entiendo… La localización de las cuatro bombas interesaba más que mi vida.

—Sí.

—Lo comprendo. Es duro…, pero razonable.

—No haberte metido a espía —sentenció John Pearson.

—Es una sugerencia digna de tenerse en cuenta —sonrió Baby Montfort—. Pero a estas alturas me pregunto qué otra cosa podría ser.

—Periodista —dijo Pearson.

—Aburrido —rechazó Brigitte—. ¿Qué dices tú, Clarence?

—¿Ama de casa? —sugirió el hombre del FBI.

—Delicioso… Pero poco apto para una mujer como yo.

—Si necesitas ayuda para ser ama de casa con diez o doce hermosos niños… —deslizó maliciosamente Fantasma.

Rieron los tres. Clarence Hadaway, el inspector jefe para servicios especiales del FBI, el hombre punta del Bureau, afecto a las órdenes directas de John Edgar Hoover, el mejor espía y contraespía de acción con que contaba el servicio federal, se sentó en el capó del coche dentro del cual estaba el cadáver de un japonés. Sacó un paquete de cigarrillos, se colocó uno entre los labios, lo encendió, expelió una bocanada de humo… y se quedó mirando a Brigitte y Pearson, cuyos ojos desorbitados estaban fijos en el humo.

—¿Un cigarrillo? —ofreció.

John Pearson le quitó el paquete de un manotazo, dio un cigarrillo a Brigitte, y casi se metió en una oreja el que sacó para sí mismo. La tostada y nervuda mano de Clarence Hadaway se adelantó, con el mechero en ella… Los dos espías chuparon con fuerza, se miraron, y luego miraron a Hadaway.

—¿Qué marca es? —susurró Pearson, entornando los ojos.

—Cigarrillos americanos.

—¿No podría haber traído cigarrillos ingleses?

—Humor británico —volvió a reír Brigitte, expeliendo el humo como si estuviera resucitando gracias a él—. Vamos a hablar en serio, Clarence. ¿Cómo están las cosas, realmente?

—Pues no lo sé de un modo exacto, ya que desde que entré en esta hermosa quinta a estilo japonés no he tenido contacto con mis compañeros.

—¿Llevas una radio? —exclamó Brigitte.

—Por supuesto.

—¡Pues llama, y diles…!

El hombre del FBI alzó su brazo izquierdo.

—No puedo llamar hasta dentro de siete minutos y… diez segundos. Si no lo hago así, las cosas van a… explotar prematuramente. Dijera lo que dijera, mis compañeros interpretarían mi adelantamiento en la llamada como una mala señal.

—Entiendo. Bien… Estamos hablando sin ton ni son, como si fuésemos aprendices de espía. Supongo que algo podremos hacer que sea inteligente… y conveniente.

Clarence Hadaway se quedó mirando sombríamente la brasa de su cigarrillo.

—Temo que tengo una mala noticia para ti, Brigitte.

—¿Y es…?

—Creo que tú lo llamabas Simón… Me refiero al hombre de la CIA que quedó malherido en el motel…

—¿Ha… muerto?

Hadaway volvió a chupar del cigarrillo, en silencio. Brigitte no necesitaba más explicaciones. Se mordió los labios, y al fin sonrió, de un modo que no podía engañar a dos espías de la categoría de Pearson y Hadaway.

—Bueno… Siempre hay alguien que muere… ¿No?

Se quedó sin respuesta. Luego, incluso ella quedó silenciosa. Se acercó a la ventana del garaje, y estuvo mirando al exterior, fumando, hasta acabar el cigarrillo. Entonces, se volvió hacia el hombre del FBI.

—¿Cuánto falta?

Hadaway volvió a mirar su reloj.

—Dos minutos y cuarenta segundos.

—¿Os importaría esperarme aquí?

—Creo que el señor… Smith y yo no estamos de acuerdo. ¿Quieres ir a la casa?

—Sí.

—Brigitte: si atacas a Noboru Tanaka, puede que las cosas se precipiten… peligrosamente.

—Lo voy a matar —murmuró Baby—. Voy a ir a esa casa de decorado japonés, voy a coger a ese mico por el cuello, y se lo voy a romper…

—Es una muerte que quizá traiga consigo la de unos cuantos millones de americanos —dijo Hadaway, al parecer impasible—. Tenía otro concepto de ti. Debemos esperar.

—Esperar… ¿qué?

—El conocimiento del lugar exacto donde están esas cuatro bombas.

Brigitte asintió con la cabeza. Permaneció en silencio unos segundos. Luego, se dirigió de nuevo a Hadaway.

—¿Cuánto falta ahora?

—Un minuto y cinco segundos. Cuenta hasta sesenta y cinco, y sabremos algo de lo que está ocurriendo. ¿Otro cigarrillo?

Tanto Pearson como Brigitte aceptaron otro cigarrillo. Transcurridos sesenta y cinco segundos, CIarence Hadaway sacó un diminuto aparato de un bolsillo, y se vio la suave presión de uno de sus dedos.

—Hadaway… —dijo—. Tengo al del MI5 y a Baby… Los dos están bien. ¿Sabes algo, Tony?

—Últimas noticias: Noboru Tanaka ha salido en su coche hace unos… catorce minutos. Un coche del FBI y otro de esos aprendices de espía que se llaman CIA van tras él. La dirección obvia que sigue el viejo Tanaka es la de la Japamerican Pictures. ¿Le damos el alto,

Clarence?

—No. ¿Cómo está la vigilancia en ese lugar?

—Es un cerco de hierro.

—Que siga. Llamaré después.

Cerró la radio, y se quedó mirando a Brigitte.

—Parece que la casa está vacía —musitó ella.

—En cuyo caso —sugirió Pearson— sería interesante echarle un vistazo.

Hadaway asintió. Los tres apagaron su segundo cigarrillo, y salieron del garaje. A la derecha, al fondo, se veía el brillo de la luna sobre el mar. A la izquierda, la casa de Noboru Tanaka.

Llegaron a ella sin novedad, pese a la vigilancia de tres japoneses que deambulaban por el jardín. Cuando entraron, comprendieron que no había nadie allí dentro. Brigitte indicó a Hadaway el camino hacia el sótano donde estaba el cuádruple receptor de televisión, y el inspector federal se apresuró a invadir esa parte de los dominios privados de Tanaka. Mientras tanto, John Pearson, pistola en mano, aseguró que iba a buscar por toda la casa una maquinilla de afeitar. Y Brigitte Montfort se fue directamente al cuarto donde se había despedido de Masao Yoshimura.

Lo encontró pronto. La puerta estaba abierta, de modo que pudo entrar fácilmente.

Masao Yoshimura yacía en el suelo, sobre el tatami, encogido sobre sí mismo, de lado. Se acercó a él y le tocó con un dedito.

—Masao, ya puedes…

Yoshimura se ladeó blandamente, lentamente. Por fin quedó tendido de cara al techo. Tenía las manos crispadas en el mango del sable que se había clavado en el vientre. Toda su ropa, el kimono, estaba teñido de rojo… Tenía los ojos abiertos.

—Masao —gimió Brigitte—. Masao, tú eras bueno. No tenías por qué hacerlo de verdad…

Masao Yoshimura no podía oírla. Había emprendido ese largo viaje al cual solo pueden llegar los muertos. Brigitte quedó arrodillada junto a él, notando en sus ojos el ardor de las lágrimas que no acababan de brotar. Así era la vida, así era la muerte…

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando oyó pisadas a su espalda. Se volvió, lentamente, porque sabía que estando en la casa John Pearson y Clarence Hadaway no tenía por qué

preocuparse.

Los dos estaban allí. Hadaway le tendía su maletín rojo con florecillas azules estampadas.

—Encontré esto —musitó—. Creo que es tuyo.

Brigitte no se movió. El hombre del FBI caminó hasta ella, se acuclilló a su lado, y dejó el maletín ante ella. Miró brevemente a Masao Yoshimura.

—Lo siento, Brigitte. Me hubiese gustado intervenir antes de un modo más directo, pero…

—Ya… ya hiciste suficiente, Clarence… Estoy segura de que Masao está ahora agradeciendo la copa de champaña que nos obsequiaste en el avión…

—Lo lamento, Brigitte.

—El hombre de los disfraces —sonrió la espía—. Siempre serás el hombre que mejor sabe disfrazarse, Clarence. Pero… ¿conoces un disfraz de muerto?

Clarence Hadaway abatió la cabeza. Luego, dio una palmadita en una mejilla de Brigitte, y se puso en pie, regresando junto al hombre del MI5. Quedaron los dos expectantes, silenciosos.

Por fin, la espía abrió su maletín, buscó la radio y la accionó, como cansada, deprimida.

—¿Simón?

—¡Baby! ¿De verdad está bien?

—Perfectamente, Simón II.

—Yo… Comprendí que algo iba mal, corrí hacia el motel… Y cuando llegué, Simón I había muerto…

—Eso no es culpa nuestra, Simón. ¿Dónde está usted? ¿Cerca de la casa, o cerca de la Japamerican?

—¡Cerca de la casa! Quería entrar yo, pero ese hombre del FBI apareció convertido en un japonés, y comprendí…

—Ya entiendo. ¿Qué sabemos del viaje de Noboru Tanaka?

—Ha llegado a la Japamerican. Y si quiere asombrarse de algo, oiga esto: ese japonés se dispone a rodar una escena de la película, como si nada estuviera ocurriendo…

—¿De qué película?

—Creo que se titula «El camino de la Luna». Esa playa de los estudios está llena de gente, todos como locos de un lado para otro… Me pregunto qué clase de sangre tiene ese Tanaka. ¡Ponerse

a filmar una película en un momento como este, que…!

—Simón… ¡Simón! —gritó Brigitte.

—¡¿Qué le pasa…?!

—¡Voy a salir de la casa! ¡Ahora mismo! Quiero…

—Hay media docena de japoneses vigilando…

—Mátenlos. Entren todos, y maten a quien no quiera rendirse inmediatamente…

—¡No podemos hacer eso! Estamos esperando por si podemos saber el lugar donde están las bombas ató…

—¡Hagan lo que le digo! Arrasen esta quinta, entren con todos los efectivos, llamen al personal que vigila la Japamerican, y den la orden de inmovilidad absoluta allá… ¿Me está entendiendo?

—Sí, sí… Pero no sé qué…

—Hágalo. ¿Tenemos algún helicóptero a mano?

—La U. S. Navy ha…

—¡Quiero un helicóptero! ¡Ahora, dentro de treinta segundos!

—Pero…

—¡Quiero un helicóptero dentro de treinta segundos, Simón! ¡Y una obediencia ciega a mis órdenes! ¿Las ha entendido?

—Okay. Entramos en acción.

Capítulo XVI

Brigitte tocó en un hombro al piloto del helicóptero de la U.
S. Navy
.

—¿Tenemos paracaídas negros a bordo, teniente?

—Sí, porque esta es una emergencia total que…

—Quiero uno.

—Podemos dejarla donde usted quiera. Un helicóptero…

—No. Quiero un paracaídas negro.

—Josuah, entrégaselo. Y ayúdala.

—Sí, teniente.

El copiloto salió de su asiento, pasando con Brigitte a la parte de atrás del helicóptero de la U.
S. Navy
. En silencio, la ayudó a colocarse el paracaídas.

En condiciones normales, aquel muchacho se habría puesto a lanzar silbidos contemplando las piernas de Brigitte, sus hombros bajo el destrozado vestido de noche, su formidable escote agudo y sugerente…

En aquella ocasión, conocedor de lo que estaba ocurriendo, ni siquiera se dio cuenta de que, por una vez en su vida, tenía junto a él, mostrando parte de sus encantos, a la más bella espía del mundo.

—¿Ha… ha saltado alguna vez?

—Dos o tres.

—¡Dos o tres…! Escuche, el helicóptero suele volar bajo, y para una persona que solo ha saltado…

—¿El paracaídas es manual o de enganche?

—Manual. Pero si solo ha saltado…

—Directos hacia la Japamerican Pictures. Pasen por encima del bosque, lo más lejos posible de la playa.

—Se romperá las dos piernas, la espalda, los…

—Pase mi orden al teniente.

—Se matará, señorita.

—Sería una estupidez. Y yo nunca cometo estupideces. Dé la orden a su teniente. Y apaguen las luces del helicóptero. Sé que nos verán desde la playa, pero eso es precisamente lo que quiero… Sospecharían si no observasen vigilancia a su alrededor.

—No entiendo nada.

—Hágase espía. Y puede que alguna vez entienda algo de algo… Avísenme cuando estemos sobre el bosque de la Japamerican.

El copiloto volvió a su asiento, y pasó las instrucciones de Brigitte al piloto. Este se volvió, mirando con ojos agrandados por el espanto a la espía. Y Brigitte se limitó a levantar el pulgar, ratificando la orden. Aturdido, el piloto asintió con la cabeza. Brigitte se acercó a la portezuela del helicóptero, y se asomó. Bajo ella, la negra noche, y el mar. A la izquierda, luces de coches, que iban y venían de Malibú Beach. Y como una mancha enorme ante sus ojos, una mancha de cegador brillo, la ciudad de Los Ángeles, con todas sus luces encendidas.

Poco después, el piloto se volvía hacia ella.

—La Japamerican, playa —musitó—. Quince segundos. Brigitte asintió con la cabeza.

—Diez segundos.

Brigitte se colocó en el borde abierto de la entrada al helicóptero.

—Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Cero…

Baby Montfort desapareció. El copiloto se precipitó hacia la portezuela, y estuvo algunos segundos mirando hacia abajo, esperando ver la gran sombra del paracaídas.

—No se abre —musitó—. Se matará, teniente. No veo el… ¡Se ha abierto! ¡A menos de ciento cincuenta pies de tierra…! ¡Esa chica tiene más suerte que mi abuela, que tiene ochenta y…!

—Tenemos que seguir. Esto no es más que una inocente pasada, Josuah.

—Sí, señor.

* * *

Debajo de ella, Brigitte veía ya perfectamente las formas de los

árboles. Quizás había tardado demasiado en abrir el paracaídas, pero desde luego iba a llegar antes de lo previsto, lo cual compensaba el susto inicial…

Tuvo que dar un tirón a las cuerdas, en el último segundo, para evitar que el paracaídas se enganchase en una palmera. Cayó bien, con demasiada fuerza, pero rebotó ágilmente, rodó por el suelo, y se apresuró a ponerse en pie, frenando el paracaídas negro. Todavía no se lo había quitado cuando media docena de hombres aparecieron, rodeándola, jadeantes. El primero en llegar se detuvo de pronto ante ella, le puso las manos en los hombros, y exclamó:

—¡No había tanta prisa! Están rodando unas escenas nocturnas de esa película que titulan «El camino de la Luna»…

—Me gusta ver filmar películas, Simón. ¿Todo bien?

—Todo mal —gruñó el espía—. Es decir, no ocurre nada que nos ayude a hacer algo productivo. Cualquier observador normal vería que en esa playa se está filmando una película, unos planos nocturnos… Y eso es todo.

—Nosotros no somos observadores normales. ¡Vamos a ver esa filmación!

* * *

Simón le entregó unos prismáticos, a pesar de que la distancia apenas los requería.

—Véalo. Todos están en sus puestos… Ese Tanaka es un hombre de hielo, Baby.

Brigitte estuvo casi un minuto mirando hacia la playa. Se veían las luces de los focos, los actores ataviados con trajes espaciales, el movimiento técnico en torno a los cuatro colosales cohetes espaciales… Las grúas iban y venían, se observaba movimiento de camiones, los dos aviones colocados en la gran rampa estaban ya con los motores en marcha, el director de la película daba órdenes por medio del megáfono…

Bajo el toldo, Noboru Tanaka asistía, impávido, al rodaje de la película «El camino de la Luna». Parecía absorto, como si aquello no le importara, lo cual no podía extrañar a quien estuviera enterado de sus verdaderos proyectos…

De pronto, todo quedó en silencio. El director de la película se

colocó en un lugar visible desde todos lados, y alzó el megáfono hasta su boca.

—¡Atención! —aulló—. ¡Se va a rodar! Todos a sus puestos. La escena de la llegada enemiga… Tengan bien presente la situación: cuando Japón está a punto de enviar sus naves espaciales hacia la luna, llegan los enemigos… En esta ocasión, son aviones de gran alcance soviéticos. Llegarán dentro de tres minutos, según informes por radio… ¡Listas las cámaras infrarrojas! ¡Todo el mundo a sus puestos! Quiero realismo, veracidad en la acción… Somos japoneses dispuestos a llegar a la luna, y Rusia pretende impedirlo enviando cinco de sus bombarderos para destruir las naves espaciales… Cuando esos bombarderos lleguen, todo quedará en silencio y a oscuras, nadie se moverá… Vamos a dejar aterrizar los aviones rusos en la rampa, aprovechando la coyuntura de que ellos preferirán apoderarse de las naves espaciales en lugar de destruirlas… Recuerden la escena… El campo de lanzamiento de Shikoku está en descanso, solitario…, llegan los soviéticos, desembarcan sus astronautas que tienen que entrar en nuestras naves para llevárselas a Rusia… Hay que dejarles moverse, que, aparentemente, se apoderen de todo. Y en el momento que…

El director de «El camino de la Luna» continuó dando instrucciones, pero Brigitte no pudo atenderlas, porque oyó el zumbido de su maletín. Sacó la radio y admitió la llamada.

—Adelante.

—¡Brigitte! ¡Me has traicionado!

—Lo lamento, Clarence.

—¡Estás loca! ¡Has tenido que recurrir a mí, ¿no lo comprendes?! ¡Eso es demasiado para ti sola!

—No estoy sola.

—¡Eres una… una traidora! Me has dejado aquí con algunos de la CIA, encargándome de los japoneses que quedaban en la quinta de Noboru Tanaka, y te has marchado sin esperarme…

—Perdóname, Clarence.

—¡No te perdono! ¿Dónde estás?

—A menos de doscientas yardas de las naves espaciales japonesas. Se está rodando una escena muy interesante… Es decir, va a empezar muy pronto el rodaje.

—¿Lo sabes ya? ¿Lo has descubierto?

—Desde luego, querido.

—Está bien… ¡Está bien! ¡Estoy volando hacia ahí en un helicóptero! Si tú fallas, intervendré yo… ¡Ten cuidado, Brigitte!

—Lo tendré… en lo posible. ¿Y el señor… Smith?

—Lo hemos colocado en un avión que lo llevará directamente a Nassau. No tenemos nada contra el MI5.

—¿Qué ha dicho él? —Rio Brigitte quedamente.

—Nos ha jurado que tanto el FBI como la CIA le pagaremos esta sucia jugada. Quería intervenir.

—Mala suerte. Otra vez será. Perdona que corte, Clarence, pero creo que ya oigo los motores de unos cuantos aviones que se están acercando.

—¡Esos aviones vienen a por…!

Brigitte cerró la radio, la guardó en el maletín y pasó el asa de este por uno de sus bracitos. Volvió o enfocar los prismáticos hacia la playa. Apenas pudo distinguir a Noboru Tanaka, sentado en el mismo sitio, impávido, inmóvil. Todo estaba a oscuras.

El zumbido de los motores de aviación se iba acercando. Poco después se vieron cinco luces verdes en el cielo, acercándose a la costa. Solamente esas luces, lo cual era por completo antirreglamentario en la navegación aérea formal.

Pero aquello era solo una película de espionaje espacial…

En la arena se movían numerosas sombras. Se habían abierto las compuertas de las naves espaciales, y los japoneses estaban entrando en aquellos cohetes que Brigitte sabía muy bien que eran de cartón-piedra.

Aparecieron los aviones, casi de pronto. Uno de ellos inició el descenso, describiendo un amplio arco, mientras los demás, en perfecta formación, se ladeaban, emprendiendo el regreso hacia el mar…

—¡Rampa despejada! —gritó el director—. Ese es el primero de los aparatos enemigos. Querrá llevarse una nave espacial, y luego vendrán los otros, sucesivamente… ¡Hay que dejarlo aterrizar!

Brigitte ladeó la dirección de los prismáticos, hacia las cámaras de rodaje, que se movían, siempre enfocando aquel primer avión que se disponía a tomar tierra. Menos una, que seguía el regreso de los otros cuatro hacia el mar…

—¡Dejen que el primer avión consiga su propósito, con la nave

falsa! —gritó el director.

El avión, con las letras CCCP en el fuselaje, acabó su descenso, a más de media milla, en el extremo de la rampa de aterrizaje, y se deslizó por esta hasta poco más de su mitad. Inmediatamente, una docena de hombres salieron del avión, descolgándose por una escala de cuerda, mientras la gran rampa de acceso se abría mecánicamente. Parte de los supuestos aviadores soviéticos corrieron hacia una de las grúas móviles, disparando contra los sirvientes japoneses, que parecieron «pillados por sorpresa». Los rusos subieron a la grúa, y rodaron en esta, por la arena, con la tracción-oruga, hacia el más cercano de los cohetes espaciales, que se estaba moviendo ya, bamboleándose, bajo las simuladas cargas explosivas que los demás rusos habían colocado en su base… El coloso del espacio, con su bandera nipona y sus brillantes letras que decían JAPAN se vino abajo, alzando un gran remolino de arena… y partiéndose, saltando los trozos de cartón piedra hacia todos lados…

Y dejando ver lo que contenía la simulada nave espacial de cartón-piedra: un objeto metálico, de unos veinticinco pies de largo, brillante, precisamente con las letras CCCP en su estructura.

El camión-oruga llegó hasta él, saltaron sus ocupantes, y un grueso cable fue aplicado al morro del enorme proyectil en verdad metálico, con la auténtica sigla que indicaba su procedencia rusa. Inmediatamente, fue remolcado, arrastrándolo por la arena, hacia la rampa, hacia el avión cuya compuerta de carga se había abierto. Otras dos grúas rodaban ya por la arena, hacia allí, dispuestas a intervenir en la carga del verdadero proyectil atómico.

—La… la… la… —tartamudeó Simón.

—Esa es una de las auténticas bombas atómicas —dijo calmosamente Brigitte—. La rusa. Y ahora, Simón, ya no están filmando. Pero consideran que los observadores de la CIA, FBI y otros organismos no lo están comprendiendo bien… Es el último juego desesperado de Noboru Tanaka. No creo que tenga verdaderas esperanzas de poderse llevar nada menos que las cuatro atómicas… Pero lo está intentando.

—¡Vamos a…!

—Calma. Hay que dejar que los otros cuatro aviones regresen a la costa. Son cinco, porque estaban convencidos de que

conseguirían una auténtica bomba norteamericana. Las cosas han salido mal, se conforman con cuatro, y, además, este es un intento de locos… No obstante, creo que Tanaka se conformaría con que permitiésemos que una sola bomba se alzase hacia el cielo… Se conformaría con lanzar una sola, que, naturalmente, es cien veces más potente que la de Hiroshima.

—¡La están cargando! —chilló Simón—. ¡Va a conseguirlo! ¡Va a conseguir lanzar una de esas bombas…!

—Déjelo que se lo crea.

—¡Pero es que lo está consiguiendo! ¡Esa primera bomba ya casi está cargada en el avión!

—Calma, Simón. Los queremos a todos. Deje que los otros cuatro aparatos comprados por Tanaka a Rusia lleguen de nuevo a la playa.

—¡¡¡Están cargando la bomba!!!

—Calma. Ahora, hay que dejar que lo hagan. Tengo el tiempo bien calculado.

—¿El… el tiempo… el tiempo bien… bien calcu… calcu…?

—No tartamudee, Simón. Ahí llegan los otros cuatro aviones. Eso no les gustará a los rusos. Apuesto a que hace algunos años creían que esos viejos aparatos los vendían a alguna firma comercial aérea de Japón, o algo así… Se llevarán un berrinche cuando sepan para qué los querían realmente.

Simón se puso en pie de un salto.

—¡Usted está loca! —chilló—. Está aquí charlando mientras esa bomba ya está cargada en el primer avión, que despegará de un momento a otro…

—Tiene razón. Es la hora «H», Simón —sacó su radio, la accionó, y dijo—: Agente Baby de la CIA llamando a todas las fuerzas requeridas para la operación «Aniversario Atómico», según instrucciones pasadas en vuelo de helicóptero. Esta es la hora «H». Buena suerte.

Apenas había tenido tiempo de cerrar la radio y dejarla caer en el maletín, cuando dentro del mar, a poca distancia de la costa, empezaron a brotar potentes luces que se dirigían hacia la playa a toda velocidad. Simultáneamente, brotaron luces por detrás, y el bosque empezó a llenarse de marines, con uniforme de campaña, provistos de ametralladoras ligeras, bazookas, morteros especiales…

Simón apenas pudo girar la cabeza de un lado a otro: de las lanchas torpederas del mar, hacia los marines que atacaban por tierra…

—Voy a por Tanaka, Simón.

—¿Eh…?

Empezó a oírse un intenso rugido en el cielo. También del mar brotaron de pronto potentísimos reflectores, que cazaron en pleno vuelo a los cuatro aviones de gran capacidad que se estaban acercando a la costa, ahora con claro intento de variar de rumbo, de volver mar adentro a toda prisa. Pero cuatro escuadrones de cazas volaban ya raudos hacia ellos, precedidos por el tono cárdeno-rojizo de sus disparos de pequeños cohetes dirigidos… Ante los ojos de Simón, como si todo estuviera sucediendo allí mismo en lugar de a una milla o poco menos de distancia, uno de los aviones se desintegró completamente, en una gran llamarada…

—¡Baby! —gritó de pronto Simón.

La vio de pronto, corriendo por entre las luces, descalza, directa hacia el entoldado donde estaba el equipo directo de la Japamerican en aquella producción denominada «El camino de la Luna».

Estremecido de espanto. Simón echó a correr tras ella. A su alrededor todo era fuego y luces, gritos, rugidos de motores, disparos, cañonazos… Otro avión del grupo de cuatro estalló en el cielo, reventando en miles de pedazos al rojo vivo…

* * *

Noboru Tanaka, pese a sus noventa y dos años, consiguió llegar, corriendo, junto al avión que ya había cargado la primera bomba atómica. La rampa de acceso todavía permanecía abierta, y subió por ella a toda prisa, como un mono diminuto, vivaracho, gritando órdenes a algunos de los hombres que se encogían bajo la protección del aparato.

—¡Arriba! —gritaba en japonés—. ¡Arriba, arriba…! ¡Vamos a despegar!

No menos de media docena de japoneses hicieron caso omiso de la orden, y empezaron a correr hacia el interior, hacia el borde del bosque inundado de marines, mientras otros corrían hacia la playa, bajo la rampa, donde las lanchas rápidas de la US Navy estaban

deteniéndose y descargando docenas de hombres…

Pero cuatro de los nipones obedecieron a Noboru Tanaka, corriendo rampa arriba.

El cuarto estaba a punto de apretar el resorte de recogida de la rampa cuando aquella mujer que llevaba las piernas desnudas, el corpiño desgarrado, los cabellos sueltos, descalza…, apareció ante él, justo al pie de la rampa.

Y antes de que el japonés pudiera ni siquiera gritar, la pistolita que había en la mano derecha de la hermosa mujer disparó una sola vez, enviando una bala a la frente del japonés, que saltó hacia atrás, desapareciendo en el interior del aparato.

Baby Montfort subió a toda prisa, apretó el pulsador de recogida de la rampa, y se zambulló en la oscuridad del avión, detrás de unos bultos que no pudo identificar. Casi en el acto, el avión, que había estado con los motores en marcha, empezó a elevarse, recorriendo la rampa hacia el mar. Por un instante pareció que iba directo al agua, pero se alzó, ascendió…

Y en su vientre de bombardero llevaba una bomba atómica. Un japonés apareció en el compartimiento de recogida de transportes, llamando a su compañero, diciendo cosas en japonés que Brigitte no comprendió… No le interesaba tampoco comprender nada.

Alzó la pistolita y disparó. Plop.

El japonés se llevó las manos a la cara, se dobló hacia atrás, acabó cayendo de rodillas, y, finalmente, de bruces. Brigitte saltó hacia él, le cogió por una mano, y lo arrastró hacia el interior del compartimiento de transporte.

Luego, volvió hacia la abertura de separación, y asomó la cabeza un instante. Noboru Tanaka estaba junto a los dos pilotos del enorme aparato, chillando órdenes en japonés. Y como consecuencia de ellas, el aparato ascendía más y más, desviándose tierra adentro… En pocos segundos, estuvo sobre el centro de la ciudad de Los Ángeles, cerniéndose como un inevitable presagio de muerte sobre una de las mayores ciudades de los Estados Unidos… y del mundo.

Brigitte Montfort alzó la pistola, apuntó a la nuca de Noboru Tanaka…, y justo cuando iba a apretar el gatillo, el viejo nipón se volvió, desorbitados los ojos por la furia, a punto de dar una orden…

Plop.

Tanaka se había encogido como un mico asustado, y la bala, pasando por encima de él, dio en la espalda del copiloto, que cayó de bruces sobre los mandos. Simultáneamente, el avión dio un gran bandazo, desplazando de lugar todo lo que contenía, volviéndolo todo al revés, lanzándolo todo contra el fuselaje de babor…, excepto la bomba atómica, que permaneció fijada en su lugar de descarga.

Brigitte salió disparada, se golpeó de cabeza, y con un hombro rebotó…, y se encontró sin la pistola, todo lejos de su alcance, todo desquiciado… El piloto estaba enderezando el avión, hábilmente.

La mirada de la espía se cruzó con la de Noboru Tanaka, que, sentado en el sillón del bombardero, estaba buscando la palanca de mandos que abriría las compuertas en el vientre del avión…

Brigitte se puso en pie de un salto que le llevó hasta el viejo nipón, que le lanzó un rabioso zarpazo con la mano izquierda… Las uñas envenenadas brillaron un instante ante los ojos de Brigitte, que se encogió, esquivando el arañazo mortal. Y cuando la mano de Tanaka hubo pasado ante sus ojos, se colocó de lleno a su espalda, por encima del sillón, sujetándole la derecha, que estaba ya casi tocando la palanca de apertura del depósito de bombas. Los finos dedos de la espía se crisparon en aquella delgadísima muñeca, haciéndola crujir, y atrajeron el brazo… Tanaka se soltó de un tirón, insistió en llegar a la palanca de bombardeo, y de nuevo la manita de la espía aferró su muñeca…

Con la otra mano, el japonés lanzó un nuevo zarpazo hacia atrás, pero Baby, instintivamente, lo estaba esperando, sabía que así tenía que suceder… Esquivó fácilmente la mano izquierda de Tanaka, la aferró también por la muñeca, y tiró de ambos brazos hacia atrás, impidiéndole todo movimiento.

—¡Suba! —gritó con toda su alma, dirigiéndose al piloto japonés que parecía olvidado de todo—. ¡Por el amor de Dios, suba, alejémonos de aquí…! ¡Subaaaa…!

Tanaka hacía esfuerzos por soltarse, y el piloto parecía no oírla.

—¡Kamikaze! —jadeó Tanaka—. ¡¡¡Kamikaze!!!

El piloto tapones volvió un instante la cabeza, miró fríamente a Brigitte, y asintió con la cabeza. Aceptaba la orden: «kamikaze», el piloto suicida japonés. Y esto sí lo entendió Baby Montfort. Ella

estaba impidiendo a Tanaka que soltase la bomba, pero el piloto iba a estrellar el avión con todos los pasajeros que contenía, y con la bomba atómica, en plena ciudad de Los Ángeles…

El avión comenzó a picar, despacio. La gran mole se movía con lenta majestuosidad. Ya no importaba que lo derribaran, ni lo que ocurriera allí dentro. De un modo u otro, aquella bomba iba a caer en la ciudad.

—¡No! —aulló Brigitte—. ¡No le haga caso, está loco, está loco…! ¡Suba! ¡Hacia el cielo, hacia el mar…!

De pronto, comprendió que el piloto no pensaba hacerle el menor caso. Estaba llevando el avión hacia abajo, le haría describir un arco y lo estrellaría en el centro de Los Ángeles. Lo haría.

Desesperada, Brigitte miró a todos lados, desorbitados los ojos, buscando una solución. Si atacaba al piloto, tenía que soltar las manos de Tanaka, que se apresuraría a mover la palanca que abría las compuertas del depósito de bombas. Si no atacaba al piloto, este estrellaría el avión.

Tanaka hizo un intento de soltarse, lanzando un zarpazo hacia atrás, queriendo alcanzar el bello rostro de la espía, ahora lívido, crispado, demudado, lleno de sudor frío… Y aquel intento de zarpazo fue el punto final para la vida de Noboru Tanaka, porque llevó a la casi desquiciada mente de Brigitte la solución a aquel espantoso apuro.

Empleando toda su fuerza, ya sin querer sorprenderse por el vigor del viejo nipón, empezó a retorcer uno de sus brazos, acercando una mano al rostro de Noboru Tanaka. Este lanzó un grito en japonés, se estremeció frenéticamente… Pero sus músculos, a fuerza bruta, no podían compararse a los de una espía en plena juventud. Tanaka empezó a chillar sin descanso cuando su propia mano fue acercándose a su rostro, con las uñas por delante, casi rota la muñeca. Tenía el brazo tenso, doblado, soportando la tracción de Birigitte…

De pronto, algo pareció fallar en aquel seco brazo, la mano fue raudamente hacia el rostro, dos de las uñas se clavaron en el ojo derecho de Noboru Tanaka…, y en dos segundos el viejo japonés se relajó bruscamente, se deslizó en el asiento, quedó inerte, crispado el arrugado rostro amarillento…

Brigitte miró con expresión alocada por la ventanilla. El gran

bombardero estaba a menos de media milla de tierra firme, girando ahora de nuevo hacia el centro de la ciudad, directo hacia allí en un picado suave…

—¡Suba! —ordenó—. ¡¡¡Suba!!!

El japonés volvió el rostro, sonrió de un modo extraño, y continuó manteniendo los mandos en posición de descenso, Brigitte no vaciló, no esperó más. Se acercó más a él, blandió la mano sobre su cabeza, y lanzó el mortal golpe de karate justo en el centro del cráneo. Pareció que su mano se hundía un instante entre los negros cabellos del japonés, como si la cabeza fuera de goma… Pero no era de goma. La tapa del cráneo se partió, el cerebro fue seccionado por las esquirlas de hueso…

Jadeando, Brigitte pasó al asiento del copiloto, y siempre con ojos desorbitados examinó los mandos, a toda prisa, temblorosas las manos y la barbilla… Asió la rueda, tiró hacia ella…, y el avión se enderezó de un lado solamente, de modo que viró hacia estribor, pero elevándose un poco. Quitó una mano del volante, asió al japonés por un hombro y lo echó hacia atrás, quitándolo de encima de los mandos. Volvió a tirar de su volante hacia arriba…, y el aparato, que iba directo hacia una blanca cúpula, pasó a diez pies escasos, en claro ascenso.

—Dios… Dios mío…

Todo lo que se le ocurría era tirar hacia atrás del volante, de modo que el aparato ascendía, ascendía, ascendía… En un minuto, se encontró a una altura tal sobre Los Ángeles, que hasta se atrevió a soltar el volante, para pasarse las manos por la frente, el cuello, el nacimiento del seno…, todo empapado en sudor. Se secó las manos en lo que quedaba de su vestido de noche, y volvió a tomar el volante.

Su espantada mirada cayó de pronto sobre la radio. La abrió, pero no recibió comunicación ninguna. Se quedó mirando el dial de la frecuencia, desconcertada, durante unos segundos. Luego, con una mano, empezó a moverlo, lentamente, mientras con la otra mantenía fijo el volante, y el avión continuaba su ascenso…

Los Ángeles iba convirtiéndose en un punto luminoso cada vez más pequeño…

De pronto, oyó una voz en la radio, y volvió el dial hacia atrás, hacia la posición donde había sido captada la voz.

—¡¿… oyendo, Brigitte?!

—¡Clarence! —gimió ella—. ¡Dios mío, Clarence, no sé qué hacer…! ¡Estoy subiendo, subiendo…!

La voz de Clarence Hadaway, que antes había sonado tensa, excitada, brotó de pronto suave, amable, sedante, por encima del ruido de los parásitos aéreos:

—Brigitte, escucha atentamente… Conozco esa clase de aviones soviéticos muy bien… ¿Estás en los mandos?

—Sí… ¡Sí!

—Bien… Cálmate, espía… ¿O no eres una espía? ¿No estoy hablando con la agente Baby de la CIA?

—Sí… Sí, Clarence, sí…

—Perfecto. Estás a mucha altura… Relájate… Déjate dominar por el aparato durante quince segundos… Quince segundos, Brigitte… ¿Me estás oyendo?

—Va a caer…

—Quince segundos de relajación… Empiezo a contar: uno, dos, tres cuatro…

Brigitte cerró los ojos. Supo que el avión frenaba la subida, que se enderezaba, que iniciaba un suave descenso…

—… y quince. Brigitte, todo está bien aquí abajo. Tenemos las tres bombas. Igual que la que tú llevas, estaban dentro de las naves espaciales con bandera japonesa… Todo está bien aquí, todos se han rendido… Todo va bien… ¿Me estás oyendo?

—Sí, Clarence.

—Okay, Baby —y Brigitte casi vio la viril sonrisa del hombre número uno del FBI—. Ahora, vas a tomar tierra. Lo harás despacio, dando vueltas concéntricas con toda suavidad. No tienes que precipitarte, no hay prisa… Mira hacia la rampa de la Japamerican, y piensa que tienes que llegar ahí como un experto piloto si no quieres que ocho o diez millones de americanos mueran esta noche… ¿Entendido?

—Sí… Entendido.

—Eres una chica formidable. Casi podría enamorarme de ti si no fuera por mi historia de amor… ¿La recuerdas, Brigitte?

—Sí…

—La quise tanto, Brigitte… No… No subas otra vez… Baja el volante… Eso es… Te estamos observando… Baja el volante un

poco… Así… Magnífico… La recuerdo como si fuera ahora mismo. Se llamaba Nadia, y era una espía de la MVD. Era rubia, Brigitte, y tenía los ojos… Sigue bajando… Perfecto… Tenía los ojos de color entre verde y azul, muy grandes… No querrás creerlo, Brigitte, pero ella me amaba también a mí, y hasta el último momento… Alerón derecho, Brigitte… Pulsador diestro, conoces el ruso… ¡Magnífico! Endereza un poco… Así vas bien… Ella, Brigitte, me amó hasta el último momento, estuvo confiando en mí hasta… Baja otro poco más… Bien… No tengas prisa: llegarás a la rampa… Nadia estuvo confiando en mí hasta el último momento, te lo aseguro… Pero yo no podía hacer otra cosa, no podía hacer más que lo que hice… ¿Me estás oyendo?

—Sí, Clarence, sí…

—Pudo haber sido un hermoso amor de toda la vida, Brigitte… De toda la vida. Pero ella era una espía soviética, y yo era un hombre del FBI. Tuve que engañarla, igual que ella me hubiera engañado a mí… Alerón izquierdo… Magnífico, Brigitte… Antes de un cuarto de hora estarás en la rampa… Te decía que Nadia me hubiese amado toda la vida, pero…

* * *

El enorme avión de construcción soviética se detuvo en la rampa, los motores se detuvieron, solo se oyó el rumor del mar…

Y entonces un centenar de hombres echaron a correr hacia el aparato, encabezados por Simón, que estaba empapado de sudor de angustia… Clarence Hadaway quedó inmóvil junto a la potente radio de baterías, pálido, hermético el rostro. Junto a él había tres hombres que lo miraban en silencio, todos sudando, todavía con los nervios en tensión.

—Ha sido un buen trabajo el suyo, Clarence —musitó uno de los hombres.

—¿El mío? ¿Qué decir entonces del de ella?

—También. Pero sus nervios no habrían resistido si usted no le hubiera estado hablando en todo momento, contándole esa… esa historia de amor que…

—Tonterías —musitó roncamente Hadaway—. Tonterías Me lo he inventado todo, para tener ocupada a Brigitte en otras cosas que

en el pensamiento de lo que estaba haciendo. Había que quitarle importancia al asunto…, y he improvisado.

—Claro… Claro, Hadaway… Ha improvisado.

—Bueno —una sonrisa tembló en los prietos labios del número uno de los G-men—. Creo que ahora ya puedo ir a decirle a Brigitte que le he contado un divertido cuento de amor…

Este es el final

En Flamingo, Florida, USA, hay un hermoso lugar de recreo silencioso llamado Mc
Vay’s
. No se oye nada, solo se ve el azul del cielo, el verdiazul del mar, y se ven pasar bandadas de gaviotas, de flamencos rosados, de patos… Todo es verde, o color rojo de flores, o azul transparente de piscinas de formas exóticas, o multicolor de parasoles de grato ambiente…

Bajo uno de esos parasoles, ante una mesita, la más bella mujer del mundo, con los ojos más azules que el mar, o que el propio cielo. Ante ella, un hombre rubio, de ojos claros, mirada irónica pero en verdad amable.

—Bien… Ha sido un agradable aperitivo, Brigitte. Y ahora, hablemos en serio. ¿Qué me dices de la bomba?

—¿Qué bomba, Fantasma?

—La bomba atómica perteneciente a Inglaterra.

—¿Cómo? ¿Una bomba atómica perteneciente a…? Interesante… Muy interesante. ¿Qué pasa con ella?

—¿Os la vais a quedar?

—¿Quiénes?

—¡Los yanquis! —explotó John Pearson.

Brigitte alzó un dedito hacia sus hermosos labios dulcísimos.

—Ssst… ¿Dónde crees que estás?

—Brigitte… Quedamos en vernos aquí hoy, seis días después de lo que pasó en la costa del Pacífico, cerca de Los Ángeles…

—¿Qué pasó?

—Lo de las bombas… Nos citamos para tomar algo aquí…

—No recuerdo. ¿Vas a decirme que este encuentro no ha sido casual, querido Fantasma?

—¡Casual! ¡Tú sabes muy bien que…!

—Ssst… Por favor, querido John. Estamos quedando en evidencia.

—Mmm… Bien. —John Pearson sonrió, de pronto—. En verdad que este ha sido un agradable encuentro casual… ¿No es cierto, Baby?

—Muy cierto. Hacía tiempo que no te veía, John. Y estoy muy contenta.

El hombre del MI5 encogió los hombros, resignado.

—Agente Baby, eres una astuta bruja que roba bombas a sus amigos. Pero como supongo que no puedo hacer nada…, tomemos lo que queda de nuestro tiempo libre: cinco minutos.

—Oh… Cuánto lo siento, John… ¿Tienes que marcharte?

—Mmm… Debo volver a Londres, a… explicar que ya jamás podrá ser recuperada cierta bomba atómica que… Oh, pero tú no sabes nada de esto, y no quiero fastidiarte tus días de descanso… ¿Cómo van las cosas? ¿Algo nuevo en el mundo?

—Nada nuevo… Todo en paz, todo en calma… Hasta los espías nos permitimos el lujo de tomarnos unas vacaciones.

—Demonios —mascculló Pearson—. Me pregunto cómo se van a tomar en el MI5 el hecho de que yo regrese sin la bomba.

—¿Acaso solo teníais una?

—No —rio Fantasma—. Tenemos muchas más. Bueno, creo que me has dado la solución… Adiós, ladrona de bombas.

—No sé de qué me estás hablando. Espero que volveremos a encontrarnos, John Pearson.

—Pero no te dejaré acercarte a mis bombas. —La besó en los labios, de pronto, mientras se ponía en pie—. Adiós, ladrona… de bombas y de corazones.

—Buen viaje, John. Y… hasta siempre.

John Pearson se alejó, sonriendo con no poca ironía hacia sí mismo. Bien… Al menos, era de esperar que Estados Unidos haría mucho mejor uso que Noboru Tanaka de aquella bomba robada a Inglaterra…

Brigitte alzó la cabeza cuando la sombra se proyectó en su mesa, poco después. Se quedó mirando al hombre de mediana edad, abundantes cabellos grises, ancho de hombros, poderoso vientre, manos grandes y tostadas que sostenían una bolsa con palos de golf…

—¿Se ha quedado sola, señorita?

—Pues… sí.

—Emmm… Yo también estoy solo… No me interprete mal, no soy un… conquistador de damas solitarias. A mi edad… Cincuenta y seis ya… Pero sucede que mis ojos todavía admiran la belleza… ¿Juega usted al golf?

—En ocasiones —sonrió Brigitte.

—¡Bien! Tengo una semana de vacaciones… ¿Qué tal si…? Bueno, le iba a decir que podíamos pasarla juntos… Pero, eso sí, en plan… solamente amistoso… Oh, toma usted champaña… ¡con guindas! ¡Asombroso! ¿Está celebrando algo?

—Así es, Clarence Hadaway —rio dulcemente la espía Baby—. Y tú me acompañarás: vamos a celebrar juntos, como buenos amigos, un aniversario atómico… en paz. Jugando al golf. ¿No es maravilloso?

FIN

Notas

[1] Clarence Hadaway, uno de los personajes favoritos del autor, ha sido utilizado por este en la novela Subasta en Capri, de esta colección, y en varias de la serie «FBI»). <<